



La PRÁCTICA de la PIEDAD

Lewis Bayly

Dirige al cristiano para andar agradando a Dios.

La Práctica de la Piedad

Versión en inglés: Practice of Piety

Año de la tercera publicación original: 1613 Se estima que la publicación original salió en 1611

Autor: Lewis Bayly

Los textos Bíblicos han sido tomados de la versión Reina Valera®1960. Este material puede ser usado, reproducido y distribuido sin ninguna limitación. Solamente pedimos citar la fuente de su autor, como conviene a los santos en honestidad reconociendo el trabajo de otros.

QUEDA UNIVERSALMENTE PROHIBIDA LA VENTA.

El libro “La Práctica de la Piedad” es un manual devocional puritano, que dirige al cristiano a cómo vivir para agradar a Dios.

Es uno de los libros devocionales más vendidos e influyentes de todos los tiempos. Su propósito es: “Dirigir a un cristiano a cómo andar para poder agradar a Dios”. Un libro eminentemente práctico que da a los creyentes consejos para varias fases de la vida y varias partes del día, “La Práctica de la Piedad” de Bayly fue inmensamente popular en su tiempo. Dos ejemplos muestran que era uno de esos "libros estándar" que podría esperarse encontrar en todas partes: cuando John Bunyan se casó, su esposa trajo dos libros al matrimonio, y uno de ellos era el de Bayly. Y cuando John Eliot terminó de traducir la Biblia al algonquino para los nativos americanos, su siguiente proyecto fue traducir a Bayly.

Bayly se educó en Oxford (universidad de Exeter) y luego se desempeñó como capellán del príncipe de Gales y de Jacobo I. Fue obispo, a pesar de ello su libro fue popular entre los puritanos. A veces se publicaba de forma anónima para audiencias que no querían leer libros de obispos.

Bayly habla desde una tradición que considera que toda nuestra sabiduría consiste en el conocimiento de Dios o en el conocimiento de uno mismo. La fuente próxima de esta distinción es probablemente Calvino, quien abre sus Institutos de esa manera. Sin embargo, Bayly tiene una interpretación interesante: su libro trata sobre la práctica y la piedad, y explica cómo se relacionan los dos:

Por cuanto no puede haber verdadera piedad sin el conocimiento de Dios; ni ninguna buena práctica sin el conocimiento del propio ser del hombre; estableceremos, por lo tanto, el conocimiento de la majestad de Dios y la miseria del hombre, como la base primera y principal de la práctica de la piedad.

Lo que llama la atención en Bayly es que tiene una noción exaltada de lo que es ese “conocimiento de Dios”. Recuerda que este es un manual de devoción, un trabajo práctico.

Aparentemente, Bayly no vio ninguna razón para apresurarse más allá de la doctrina de Dios para llegar a los consejos y sugerencias prácticos. De hecho, se establece y hace varias páginas de teología trinitaria bastante seria.

Lo que busca Bayly es el conocimiento personal de Dios en tres personas. Y sabe que, si vas a llegar a conocer a las tres personas, tienes que reconocerlas en su profundidad trinitaria. Entonces presenta a las tres personas no por cómo las experimentamos, sino primero por su eterno ser trinitario:

La primer Persona se llama el Padre; primero, con respecto a su Hijo natural, Cristo (Mateo 11:27; 3:17;) segundo, con respecto a los elegidos, sus hijos adoptivos (Isaías 63:16; Efesios 3:14, 15;) es decir, los que, no siendo sus hijos por naturaleza, son hechos sus hijos adoptivos por gracia.

La segunda Persona se llama Hijo, porque es engendrado de la sustancia o naturaleza del Padre (Proverbios 30:4; Salmos 2:7; Hebreos 1:3; Filipenses 2:6;) y se le llama la Palabra, el Verbo; también se le llama la Sabiduría de su Padre (Proverbios 8:12).

La tercera Persona se llama Espíritu Santo (2 Corintios 13:14); En primer lugar, porque es espiritual, sin cuerpo (1 Juan 4:13; 2 Corintios 3:17). En segundo lugar, porque es inspirado, y como si fuera el aliento del Padre y del Hijo (Juan 20:21, 22; Gálatas 4:6), es decir, procede de ambos; y se le llama Santo, tanto porque es santo en su propia naturaleza (1 Pedro 1:15, 16), como también el santificador inmediato de todo el pueblo elegido de Dios (2 Corintios 3:18; 1 Pedro 1:2).

Este maestro, que tenía un talento especial para escribir sobre la piedad de una manera que hacía que la gente quisiera poseer su libro y llevarlo consigo, también sabía que no había atajos para obtener esos resultados prácticos: si quieres conocer a Dios, debes estudiar la Trinidad.

Lewis Bayly (c.1575-1631)

Lewis Bayly, obispo anglicano, nació tal vez en Carmarthen, Gales, o tal vez en Lamington, a 10 kilómetros al sudoeste de Bigger, Escocia, en año desconocido y murió en Bangor, Gales, el 26 de octubre de 1631. Fue educado en Oxford, probablemente en Exeter College, donde se licenció en teología en 1611 y obtuvo el doctorado en 1613. Wood dice que se convirtió en vicario de Evesham, donde predicó una serie de sermones que se convirtieron en la base de la famosa obra devocional, *Practice of Piety*, por la que es mejor conocido. Su fama como predicador pudo haberle llevado a Londres, donde se convirtió en rector de St. Matthew, Friday Street, en los primeros años del siglo XVII. Fue nombrado capellán de Enrique, príncipe de Gales, a quien le dedicó *Practice of Piety*. A la muerte de su patrón en 1612 predicó un sermón, notorio en ese momento, en el que mostró su devoción por el príncipe muerto e inclinaciones puritanas, al verter acusaciones de papismo contra algunos miembros del consejo privado. Esto provocó el desfavor de la corte, del que, sin embargo, pronto se recuperó, al ser designado capellán del rey, siendo consagrado el 8 de diciembre de 1616 obispo de Bangor. Es difícil determinar el carácter de la administración de su diócesis. Si hubiera sido uno de los pocos obispos galeses nativos de ese tiempo, habría sido popular; pero el puritanismo que repudiaba la corte era en esos días no menos desagradable para los habitantes de Gales del Norte, por lo que tuvo constantes disputas tanto en su remota diócesis como en la corte.

En 1619 fue reprendido por el consejo y en 1621 encarcelado por un corto tiempo en la Fleet, ya sea por su oposición al matrimonio español o por su aversión al Book of Sports. El surgimiento de la facción arminiana y anglicana hizo que su puritanismo fuera más desdeñado. En 1626 se presentaron nuevos cargos contra él y su respaldo por Laud, entonces obispo de Saint David, muestra la dirección que estaban tomando los asuntos. Finalmente, en 1630, estaba de nuevo en problemas y su elaborada defensa muestra el carácter general de sus delitos. Fue acusado de ordenar al clero que no aceptara completamente la disciplina y la doctrina de la Iglesia, cargo que rebate a la vez que muestra que alentó a predicar tanto por ejemplo como por precepto, ejerciendo una cuidadosa supervisión sobre su clero, mostrando hospitalidad más allá de sus posibilidades y gastando 600 libras en la restauración de su catedral. Pero lamenta las crecientes dificultades que le incapacitaron para el trabajo activo, no pareciendo que se tomaran medidas adicionales en su contra. Se casó con Ann, hija de Sir Henry Bagenal, teniendo cuatro hijos, Nicholas, Theodore, John y Thomas, de los cuales los dos últimos lograron cierta celebridad y a quienes dejó beneficios y prebendas con una libertad usual en aquel tiempo.

La fama del obispo Bayly procede de *Practice of Piety*, que, publicada a principios de siglo, obtuvo inmediatamente gran popularidad, que se mantuvo en círculos puritanos. La fecha de su primera publicación no se conoce, pero en 1613 iba por la tercera edición y en 1619 por la undécima. En 1630 por la vigésimo quinta y en 1735 por la quincuagésima novena. Su fama no se limitó a Inglaterra. En 1630, cuando el desfavor del obispo por el anglicanismo dominante de la corte estaba en su apogeo, su libro fue traducido al galés. Ya en 1625, una edición francesa se había publicado en Ginebra y en 1629 una versión alemana en Zúrich. En 1647 se publicó en polaco y en 1665 los puritanos de Nueva Inglaterra publicaron en Cambridge, Massachusetts, una traducción en el idioma de los indios de esa región, mientras que en 1668 fue vertido al romanche. Tan grande era su fama de piedad en los círculos puritanos que algunos fanáticos rencorosos atribuyeron la gloria de tan buen trabajo a un obispo de la Iglesia anglicana y escandalosos relatos, fácilmente refutados, procuraron privar a Bayly del crédito de su autoría. Pero la fama de la obra no se redujo de ninguna manera por esta acusación. Rivalizó con *Whole Duty of Man* en una popularidad que pronto llegó más allá de los límites de la facción. Fue parte de la escasa dote que la esposa de Bunyan trajo al hogar de su esposo, y a su lectura atribuye el primer amanecer de sus fervientes experiencias espirituales. Un ministro puritano se quejó de que su rebaño consideraba la obra de autoridad igual a la Biblia.

CONTENIDO

- I. Meditaciones sobre el miserable estado de los no reconciliados con Dios en Cristo
- II. Meditaciones sobre el estado bendito de los reconciliados con Dios en Cristo
- III. Meditaciones para los enfermos
- IV. Consuelo ante la impaciencia en la enfermedad
- V. Meditaciones para alguien que probablemente muera
- VI. Instrucciones para caminar cómodamente con Dios
- VII. Siete obstáculos para la práctica de la piedad
- VIII. Cómo empezar la mañana con meditaciones piadosas y oración

Capítulo I

Meditaciones sobre el miserable estado de los no reconciliados con Dios en Cristo.

¡Oh, Miserable hombre! por dónde empezaré a describir tu infinita miseria, los hombres son condenados tan pronto como son concebidos; y juzgados a la muerte eterna, ¡antes de nacer a la vida temporal! Un comienzo, en efecto un encuentro, pero no el final de tus miserias. Porque cuando Adán y Eva, creados a la imagen de Dios y colocados en el Paraíso, vivían en un estado de vida bienaventurado e inmortal, dominando sobre todas las criaturas terrenales, y sólo restringidos del fruto de un sólo árbol, como signo de su sujeción al Creador todopoderoso; aunque Dios les prohibió esta pequeña cosa, bajo el castigo de la muerte eterna; sin embargo, creyeron la palabra del diablo antes que la palabra de Dios, haciendo a Dios un mentiroso.

Y como no estaban agradecidos por todos los beneficios que Dios les había concedido, se volvieron descontentos con su estado presente, como si Dios los hubiera tratado con envidia o negligencia; y creían que el diablo los haría partícipes de cosas mucho más gloriosas que las que Dios les había concedido; y en su orgullo cayeron contra el Altísimo; y desdeñando ser súbditos de Dios, intentaron blasfemar para ser ellos mismos dioses, iguales a Dios. Así que, hasta que se arrepintieron, llegaron a ser como el diablo; y así toda su posteridad, como una cría traidora (mientras permanecen impenitentes, como tú) y están sujetos en esta vida a todas las miserias malditas, y en la vida venidera, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles caídos.

Dejen a un lado por un momento sus vanidades, y miren conmigo sus miserias; que debidamente estudiadas, no dudo, concluirán que es mucho mejor no haber nacido nunca, que no ser por gracia, un practicante de la piedad religiosa.

Considera, pues, tu miseria:

1. En tu vida.
2. En tu muerte.
3. Después de la muerte.

En tu vida:

1. Las miserias que acompañan tu cuerpo
2. Las miserias que deforman tu alma.

En tu muerte:

Las miserias que oprimirán tu cuerpo y tu alma.

Después de la muerte:

Las miserias que abruman el cuerpo y el alma juntos en el infierno.

Misérias en esta VIDA PRESENTE.

A. Las miserías del CUERPO desde la infancia hasta la vejez.

Primeramente, veamos las miserías que acompañan al cuerpo en las cuatro edades de la vida, es decir, la infancia, la juventud, la edad adulta y la vejez.

1. ¿Qué eras, cuando eras un **BEBÉ**, sino una criatura indefensa e inconsciente, teniendo la forma humana, pero sin habla ni razón?

Nacistes con la mancha del pecado original, y fuiste arrojado desnudo sobre la tierra. ¿Qué causa tienes entonces para jactarte de tu nacimiento, que fue dolor y angustia para tu madre, y para ti mismo la entrada en una vida problemática? La grandeza de las miserías, aunque no podías pronunciar con palabras, las expresabas tan bien como podías con lágrimas llorosas.

2. ¿Qué es **LA JUVENTUD**, sino una bestia indomable?

Todos cuyos actos son imprudentes y groseros, incapaces de recibir un buen consejo, cuando se les da; y, como simios, ¿deleitándose en nada más que en juguetes y baratijas? Por lo tanto, tan pronto como comenzaste a tener un poco de fuerza y discreción, inmediatamente te mantuviste bajo la vara y el temor de tus padres y amos; como si hubieras nacido para vivir bajo la disciplina de otros, en lugar de estar a disposición de tu propia voluntad. Ningún caballo cansado estaba más dispuesto a librarse de su carga, que tú a salir del estado servil de esta esclavitud, un estado que no vale la pena describir.

3. ¿Qué es el **ADULTO** sino un mar, en el que, como las olas, una aflicción surge en la cima de otra, la segunda peor que la primera?

Apenas entraron en los asuntos de este mundo, pero estaban envueltos en una nube de miserías. Tu carne te provoca a la lujuria, el mundo te atrae a los placeres, y el diablo te tienta a toda clase de pecados; los temores de los enemigos te atemorizan; las demandas te molestan; los males del prójimo te oprimen; el cuidado de la esposa y de los hijos te consumen; y la inquietud de los enemigos abiertos y de los falsos amigos te confunden; el pecado te muerde; Satanás te tiende trampas; la conciencia de los pecados pasados, como un perro, te persigue.

Ahora la adversidad en la mano izquierda te inquieta; ¡anónimamente, la prosperidad en tu mano derecha te halaga! La venganza de Dios por encima de tu cabeza debido a tu pecado está lista para caer sobre ti; y bajo tus pies, la boca del infierno está lista para tragarte. Y en este estado miserable, ¿adónde irás a descansar y a consolarte? La casa está llena de preocupaciones, el campo está lleno de trabajo y de crudeza, la ciudad está llena de divisiones, el patio está lleno de envidia, la iglesia está llena de sectas, el mar está lleno de piratas, la tierra está llena de ladrones. ¿O en qué estado vivirán, viendo que la riqueza es envidiada y la pobreza despreciada; el ingenio es desconfiado y la simplicidad es ridiculizada; la superstición es burlada y la religión es sospechada; el vicio es alabado y la virtud es deshonorada?

Oh, con qué cuerpo de pecado estás rodeado, ¡en este mundo de maldad! ¿Qué son tus ojos, sino ventanas para contemplar las vanidades? ¿Qué son tus oídos, sino compuertas para dejar entrar las corrientes de perversidad? ¿Qué son tus sentidos, sino fósforos para dar fuego a tus lujurias? ¿Qué es tu corazón, sino el yunque en el que Satanás ha forjado la forma espantosa de todos los afectos lascivos? ¿Eres descendiente de la nobleza? Debes ponerte en peligro en guerras extranjeras para obtener la reputación de honor terrenal; a menudo arriesgas tu vida en un combate desesperado para evitar la aspersion de un cobarde.

¿Nacistes en la pobreza? Qué dolores y fatigas tendréis que soportar en casa y en el extranjero

para conseguir mantenimiento; y tal vez todo esto sea apenas suficiente para satisfacer tus necesidades. Y cuando, después de mucho servicio y trabajo, un hombre tiene algo, ¿cuán poca certeza hay en lo que se obtiene?

Observa en la experiencia diaria, que el que ayer era rico, hoy es un mendigo; el que ayer tenía salud, hoy está enfermo; el que ayer era alegre y reía, hoy tiene motivos para llorar y sollozar; el que ayer tenía favor, hoy está en desgracia; y el que ayer estaba en contra, hoy está a favor; y el que ayer estaba en contra, hoy está en contra de su voluntad. ¡Y el que ayer estaba vivo, hoy está muerto! ¡Y no sabes cuán pronto, ni de qué manera morirás tú mismo! ¿Y quién puede enumerar las pérdidas, las cruces, las aflicciones, las desgracias, las enfermedades y las calamidades, que son incidentes para el hombre pecador? Por no hablar de la muerte de amigos y niños, que muchas veces nos parece mucho más amarga que la muerte presente misma.

4. ¿Qué es **LA VEJEZ**, sino el recipiente de todas las enfermedades? Porque si la suerte de ustedes es llevar sus días a una larga cita, llega la vieja edad calva, encorvada bajo el cansancio, con la cara arrugada, los dientes cariados y el aliento ofensivo; irritable, marchita, se oscurece de ceguera, se ensombrece de sordera, se agobia de enfermedad, se inclina junto con la debilidad; no teniendo ningún uso de ningún sentido, sino del sentido del dolor, que desgarrar de tal manera a cada miembro de su cuerpo, que nunca lo alivia de la pena, hasta que lo ha arrojado a la tumba.

Hasta aquí de las miserias que acompañan al cuerpo. Ahora de las miserias que acompañan principalmente al alma en esta vida.

B. Las miserias del ALMA desde la infancia hasta la vejez.

La miseria de tu alma aparecerá más evidentemente.

1. La felicidad que el alma ha perdido.
2. La miseria que se ha causado a sí misma por el pecado.

1. La felicidad que el alma ha perdido es:

Primero, la realización de la imagen de Dios, por medio de la cual el alma era como Dios en conocimiento, permitiéndole entender perfectamente la voluntad revelada de Dios (Col. 3:10; Rom. 12:2).

Segundo, la verdadera santidad, por la cual ella era librada de todo error desenfrenado.

Tercero, la justicia, por la cual ella fue capaz de inclinar todos sus poderes naturales. Y para enmarcar con rectitud todas sus acciones, procediendo de esos poderes. Con la pérdida de esta imagen divina, perdió el amor de Dios, y la comunión bendita que tuvo con Él, en la que consiste su vida y su felicidad. Si la pérdida de las riquezas terrenales los irrita tanto, ¿cómo no los va a desconcertar mucho más la pérdida de este tesoro divino?

2. La miseria que el alma ha traído sobre sí misma por el pecado, dos cosas: Pecaminosidad y Maldición.

La **PECAMINOSIDAD**, la corrupción universal tanto de la naturaleza como de las acciones del alma.

La naturaleza del alma está enferma con una predisposición a todo pecado continuamente (Efesios 2:3; Génesis 6:5).

La mente está llena de vanidad (Romanos 12:2; Efesios 4:17).
El entendimiento se oscurece con la ignorancia (1 Corintios 2:14).
La voluntad no afecta más que a las cosas viles y vanas (Filipenses 2:3).
Las acciones del alma son malas (Romanos 3:12).

Sí, esta deformidad es tan violenta, que a menudo en el alma regenerada, el apetito no obedece al gobierno de la razón, y la voluntad deambula tras ella y da su consentimiento a los movimientos pecaminosos.

¡Cuán grande, entonces, es la violencia del apetito y de la voluntad en el alma reprobada, que todavía permanece en su corrupción natural! Así, pues, tu alma miserable está tan deformada por el pecado, contaminada por la lujuria, contaminada por la inmundicia, ultrajada por las pasiones, llena de afectos viles, llena de envidia, cargada de gula, llena de borracheras, hirviendo de venganza, transportada con rabia, y la gloriosa imagen de Dios transformada en la fea forma del diablo (Juan 8:44), hasta el punto de que una vez "se arrepintió el Señor de haber hecho hombre en la tierra, y le dolió en el corazón" Génesis 6:6.

De la primera fluye la otra parte de las miserias del alma, llamada **MALDICIÓN** (Deuteronomio 27:26; Gálatas 3:10; Salmos 119:21); de la cual hay dos grados:

La maldición en **PARTE** es lo que se inflige al alma en vida, y es común a ella con el cuerpo. La maldición del alma en vida es la ira de Dios, que está sobre las criaturas, porque todas las cosas, no sólo las calamidades, sino también las mismas bendiciones y gracias se convierten en ruinas (Romanos 2:4-5; Jeremías 28:13; Isa.28:13); el terror de la conciencia aleja de Dios y de su servicio, para que no se atrevan a venir a Su presencia y a Sus estatutos (Génesis 3:8,10; 4:14; Hebreos 2:15), sino que son entregados a la esclavitud de Satanás, y a sus propias concupiscencias y viles deseos (Romanos 1:21, 24, 26; Efesios 2:2; Colosenses 1:13).

Esta es la maldición del alma en la vida. Ahora sigue la maldición del alma y del cuerpo en la muerte.

La miseria del cuerpo y del alma en la MUERTE.

Después de eso, el anciano ha luchado con una larga enfermedad, y habiendo soportado la mayor parte del dolor, ahora espera algo de alivio: la muerte, que es el homicida de la naturaleza humana, la maldición de Dios, y guía del infierno. Mira al anciano con cara sombría y obscurecida. La muerte golpea todas las partes principales de su cuerpo, y lo arresta para que comparezca ante el terrible Juez. Cuántos dardos de calamidades dispara a través de él: dolores, dolencias, calambres, fiebres, obstrucciones, corazón débil, falta de aliento, cólicos, cálculos renales, etc. Oh, cuán espantoso es verlo entonces en su lecho, ¡cuando la muerte le ha dado su herida mortal! ¡Qué sudor frío invade todo su cuerpo, qué temblor poseen todos sus miembros! La cabeza cuelga flácida, la cara se pone pálida, la nariz púrpura, el hueso de la mandíbula cuelga, las cuerdas de los ojos se rompen, la lengua vacila, el aliento se acorta y huele mal, y en cada jadeo las cuerdas del corazón están listas para romperse en pedazos.

Ahora el alma miserable percibe sensatamente que su cuerpo terrenal comienza a morir; porque hacia la disolución del marco universal del gran mundo, el sol se convertirá en tinieblas, la luna en sangre, y las estrellas caerán del cielo, el aire estará lleno de tormentas y meteoros centelleantes, la tierra temblará, y el mar rugirá, y los corazones de los hombres se derretirán de miedo, esperando el fin de tan doloroso comienzo; de igual manera, hacia la

disolución del hombre, que es su pequeño mundo, sus ojos, que son como el sol y la luna, pierden su luz, y no ven nada más que la sangre del pecado; el resto de los sentidos, como las estrellas menores, se suceden una tras otra, fallan y caen; su mente, razón y memoria, como poderes celestiales de su alma, son sacudidos por terribles tormentas de desesperación, y feroces destellos de fuego infernal; su cuerpo terrenal comienza a temblar y a temblar, y la flema, como un mar desbordante, rugido y cascabeleo en su garganta, aun esperando el lamentable final de estos espantosos comienzos.

Mientras es así llamado a comparecer ante las grandes dimensiones del juicio de Dios, he aquí que se celebra en sí mismo un cuarto de sesión y la entrega en la cárcel; donde la razón se sienta como juez, el diablo presenta un acta de acusación, en la que se alega todas sus malas obras que haya cometido, y todas las buenas obras que haya omitido, y todas las maldiciones y los juicios que se deben a cada pecado. Su propia conciencia lo acusará, y su memoria le dará amarga evidencia, y la muerte está a la barra, lista como un cruel verdugo, para despacharle. Si así se condena, ¿cómo escapará de la justa condenación de Dios, que conoce todas sus fechorías mejor que él mismo? (1Jn. 3:20). Alegremente sacaría de su mente el recuerdo de sus malas obras que lo perturban; pero ellas fluyen rápido en su memoria, y no serán quitadas, sino que clamarán: ¡Somos tus obras, y te seguiremos!

Y mientras su alma está así por dentro, fuera de paz y orden, sus hijos, su esposa y sus amigos le señalan, que ponga rápido sus bienes en orden; unos llorando, otros deseando, otros compadeciéndose, otros vitoreando; todos, como moscas de la carne, ayudando a hacer más dolorosos sus dolores (Lucas 12:20).

Ahora los demonios, que han venido del infierno para llevarse su alma, comienzan a aparecer; y esperan, tan pronto como ella sale la toman y se la llevan. A su alma le gustaría quedarse dentro, pero siente que el cuerpo comienza a morir por grados, y que está listo, como una casa en ruinas, para caer sobre su cabeza.

Temerosa de salir, a causa de esos sabuesos del infierno, que esperan su llegada. Oh, ella que pasó tantos días y noches en vanos y ociosos pasatiempos, ahora daría al mundo entero, si lo tuviera, por una hora de retraso, para que pudiera tener espacio para arrepentirse, ¡y reconciliarse con Dios! Pero no puede ser, porque su cuerpo, que se unió a ella en las acciones del pecado, ahora es totalmente incapaz de unirse a ella en el ejercicio del arrepentimiento, y el arrepentimiento debe ser de todo el hombre.

Ahora ve que todos sus placeres se han ido, como si nunca hubieran existido; y que sólo quedan los tormentos, que nunca tendrán fin de ser. ¿Quién puede expresar suficientemente su remordimiento por sus pecados pasados, su angustia por su miseria presente y su terror por sus tormentos venideros? En esta extremidad busca ayuda en todas partes, y se encuentra indefensa en todos los sentidos. Así, en su mayor miseria, deseosa de escuchar la más mínima palabra de consuelo, dirige este o aquel discurso a sus ojos: ¿O ojos, que en tiempos pasados eran tan veloces, no pueden espiar ningún consuelo, ni cómo podría escapar de este terrible peligro? Pero las cuerdas de los ojos están rotas, no pueden ver la vela que arde delante de ellos, ni discernir si es de día o de noche.

El alma, al no encontrar consuelo en los ojos, habla a los oídos; oh oídos, que estaban acostumbrados a recrearse a sí mismos escuchando nuevos discursos placenteros y la más dulce armonía de la música, ¿pueden escuchar alguna noticia o noticia de la menor comodidad

para mí? Los oídos están tan sordos que no pueden oír nada, o el sentido del oído se ha vuelto tan débil que no soporta escuchar hablar a sus amigos más queridos. ¿Y por qué esos oídos deberían escuchar alguna noticia de gozo en la muerte, que no podían soportar escuchar las buenas nuevas del Evangelio en la vida? El oído no puede ministrar consuelo.

Entonces, ella manifiesta su dolor a la lengua. La lengua, que estaba acostumbrada a alardear con los más valientes, ¿dónde están ahora tus grandes y atrevidas palabras? Ahora, en mi mayor necesidad, ¿puedes hablar en mi defensa? ¿No puedes desalentar a estos enemigos con palabras amenazantes, ni suplicarles con discursos justos? ¡Ay! La lengua hace dos días está sin habla; no puede, en su mayor desesperación, pedir un poco de bebida, ni suplicar que un amigo le quite con su dedo la flema que está lista para ahogarlo. Al no encontrar aquí esperanza de ayuda, ella les habla a los pies; ¿dónde están, oh pies, que una vez fueron tan ágiles al correr? ¿Pueden llevarme a alguna parte fuera de este peligroso lugar? Los pies ya están muertos como una piedra; no pueden moverse.

Luego dirige su discurso a sus manos: Sus manos, que tan a menudo han sido aprobadas para la hombría, en paz y en guerra, y con las cuales se ha defendido tan a menudo, y ha conquistado a sus enemigos, nunca ha tenido más necesidad que ahora. La muerte lo mira a la cara y lo mata, demonios que esperan en su cama para devorarlo, lo ayudan ahora, o parece para siempre. ¡Ay! las manos son tan débiles, y tiemblan tanto, que no pueden alcanzar a la boca una cucharada de líquido, para aliviar la naturaleza que languidece.

El alma desdichada, viéndose a sí misma así de desolada, y completamente desprovista de amigos, ayuda y consuelo, y sabiendo que dentro de una hora debe estar en dolores eternos, se retira al corazón (el cual de todos los miembros es la principal facultad), donde hace esta lamentación para sí misma.

¡Oh, miserable cobarde que soy! ¡Cómo me rodean las penas de la muerte! ¡Cómo me asustan las inundaciones de Belial! (2 Sam. 22:5) Ahora, en verdad, las trampas de la primera y segunda muerte me han alcanzado a la vez. ¡Oh, cuán repentinamente la muerte me ha robado! ¡Cómo es que la muerte me abate con su rencor sin piedad! El Dios de la misericordia me ha abandonado por completo; y el diablo, que no conoce misericordia, espera para llevarme. ¡Cuántas veces he sido advertido de este triste día por los fieles predicadores de la palabra de Dios, y no he hecho más que bromear! ¿Qué provecho tengo ahora de todo mi orgullo, de mi hermosa casa y de mi lujosa vestimenta? ¿Qué ha sido del dulce sabor de todos mis deliciosos alimentos?

Todos los bienes mundanos que recogí con tanto cuidado, los daría ahora por una buena conciencia, que descuidé tan descuidadamente. ¿Y qué gozo queda ahora de todos mis antiguos placeres carnales, en los cuales puse mi mayor deleite? Esos estúpidos placeres no eran más que sueños engañosos, y ahorahan pasado como sombras que desaparecen. Pero pensar en esos dolores eternos que debo soportar por esos pequeños placeres; me angustia el infierno, antes de ingresar al infierno. Sin embargo, confieso con justicia, como me lo merezco, que he sido servido; que siendo hecho a imagen de Dios un alma razonable, capaz de juzgar mi propio estado, y teniendo misericordia tan a menudo ofrecida, no imploré para recibirla - descuidé la gracia de Dios, y preferí los placeres del pecado antes que el cuidado piadoso de agradar a Dios; y pasé mi corto tiempo lascivamente.

¡Y ahora que todos los placeres de mi vida están juntos, no compensan ni la más mínima parte

de mis dolores actuales! Mis alegrías no fueron más que momentáneas, y se fueron antes de que pudiera apenas disfrutarlas; mis miserias son eternas, y nunca conocerán un final. Oh, que hubiera pasado las horas que consumí en banalidades, juegos de cartas, tirando dados y otros ejercicios viles, leyendo las Escrituras, escuchando sermones, llorando por mis pecados, ayunando, velando, orando y preparando mi alma, ¡para que yo pudiera haber partido ahora con la esperanza segura de la salvación eterna! ¡Oh, que ahora comenzara mi vida de nuevo! ¡Cómo despreciaría el mundo y sus vanidades! ¡Qué piadosa y pura sería mi vida! ¡Cómo frecuentaría la iglesia, y usaría los medios de gracia!

Si Satanás me ofreciera todos los tesoros, placeres y promociones de este mundo, nunca podría inducirme a olvidar estos terrores de esta última hora terrible. Pero ¡oh, cadáver corrupto y carroña repugnante! ¡Cómo nos ha engañado el diablo! ¡Y cómo nos hemos servido y engañado los unos a los otros, y cómo nos hemos condenado rápidamente! Ahora es mi caso más miserable que el de la bestia que perece en una zanja, pues debo ir a responder ante el tribunal del Justo Juez del cielo y de la tierra, donde no tendré a nadie que hable por mí.

Y estos demonios malvados, que están al tanto de todas mis malas obras, me acusarán, y no puedo excusarme; mi propio corazón ya me condena; debo, por lo tanto, ser condenado ante el trono de juicio, y de allí ser llevado por estos demonios infernales a esa horrible prisión de tormentos sin fin y oscuridad total, donde nunca más veré la luz, esa primera cosa más excelente que Dios hizo. Yo, que hasta ahora me había glorificado en ser un hombre libre, ahora estoy encerrado en las mismas garras de Satanás, como la temblorosa paloma que está dentro de las garras del voraz halcón. ¿Dónde me alojaré esta noche, y quiénes serán mis compañeros? ¡Oh, horror al pensar! ¡Oh dolor a considerar! ¡Oh, maldito sea el día en que yo nací; que no sea bendecido el día en que mi madre me dio a luz! Maldito el hombre que mostró a mi padre, diciendo: "Un niño te ha nacido", y lo consoló; ¡maldito sea ese hombre porque no me mató! ¡Oh, que el vientre de mi madre pudiera haber sido mi tumba! ¿Cómo es que salí del vientre para soportar estos dolores infernales, y que mis días terminen así con la vergüenza eterna? ¡Maldito sea el día en que me uní a un cuerpo tan vil! ¡Oh, que tuviera tanto favor como para no volver a verte nunca más!

La partida es amarga y dolorosa; pero el encuentro de nuevo, para recibir en ese día terrible la plenitud de la merecida venganza, será mucho más terrible e intolerable. Pero ¿qué es lo que quiero decir con esta lamentación demasiado tarde, tratando de prolongar el tiempo? Ha llegado mi última hora, ¡escucho cómo se rompen las cuerdas del corazón! ¡Está sucia casa de arcilla cae sobre mi cabeza! Aquí no hay ni esperanza, ni ayuda, ni lugar de permanencia. ¿Y tengo que irme, sucio cadáver? ¡Oh, sucio cadáver! ¡Adiós, debo dejarte!

Pues Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será? (Lucas 12:20) Y así, temblando, el alma perdida sale del cuerpo, e instantáneamente es arrebatada por demonios infernales, que la llevan con violencia al lago sin fondo que arde con fuego y azufre; donde es mantenida prisionera en tormentos hasta el juicio general del gran día (Apocalipsis 21:8; 1 Pedro 3:19).

El repugnante cadáver es luego enterrado en la tumba. En cuya acción, en su mayor parte, los muertos entierran a los muertos; es decir, los que están muertos en pecado, entierran a los que están muertos por el pecado. Y así el mundano incrédulo y no regenerado, que hizo de la tierra su paraíso, de su vientre su dios, de su lujuria su ley; así como en su vida sembró la vanidad, así ahora está muerto, y cosecha la miseria. En su prosperidad descuidó servir a Dios; en su

adversidad, Dios se niega a salvarlo. Y el diablo, a quien sirvió por mucho tiempo, ahora le paga su salario. Detestable era su vida, condenable es su muerte. El diablo tiene su alma, el sepulcro tiene su cadáver, en cuyo foso de corrupción, guarida de muerte y mazmorra de dolor, se deja al miserable pecador, pudriéndose con su boca llena de tierra, su vientre lleno de gusanos y su cuerpo lleno de hedor; esperando una resurrección aterradora, cuando el cuerpo se reunirá con el alma, para que, al pecar juntos, sean eternamente atormentados juntos.

Hasta aquí de las miserias del alma y del cuerpo hasta la muerte, que no es sino maldición en parte; ahora sigue la plenitud de la maldición, que es la miseria del alma y del cuerpo después de la muerte.

La miseria del hombre DESPUÉS de la muerte, como la plenitud de la maldición.

La plenitud de la maldición cuando cae sobre una criatura que no puede soportarla, la empuja a ese abismo sin fondo de la ira sin fin del Dios Todopoderoso, que se llama la condenación del infierno (Lucas 8:28; 16:23; 1 Tesalonicenses 1:10; Mateo 23:33). Esta plenitud de maldición es particular y al mismo tiempo general.

PARTICULAR es aquello que, en una menor medida de plenitud, ilumina el alma inmediatamente, tan pronto como es separada del cuerpo (Lucas 16:22,23; 1 Pedro 3:19; Judas 6,7); porque en el instante mismo de la disolución, ella está a la vista y delante de Dios, porque cuando deja de ver con los ojos carnales, ve de una manera espiritual; como Esteban, que vio la gloria de Dios y a Jesús parado a su diestra (Hechos 7:5); o como un hombre que, habiendo nacido ciego, y milagrosamente restaurada su vista, debería ver el sol, el cual nunca antes había visto. Y allí, por el testimonio de su propia conciencia, Cristo, el Juez justo, que sabe todas las cosas, la toma, por su poder omnipresente, para entender la perdición y el juicio que se debe a sus pecados, y lo que debe ser su estado eterno. Y así, estando delante de los ojos del cielo, no apta para venir al cielo por su inmundicia, se dice que está delante del trono de Dios. Y así inmediatamente es llevada por los demonios malvados, que vienen a llevarla con violencia al infierno, donde es guardada, como en una prisión, con dolores y cadenas eternos, bajo la oscuridad, para el juicio del gran día; pero no en esa extremidad de tormentos que finalmente recibirá en el último día.

La plenitud **GENERAL** de la maldición es en una mayor medida de la plenitud que se infligirá sobre el alma y el cuerpo, cuando, por el poder poderoso de Cristo, el Juez Supremo del cielo y la tierra, el alma será sacada del infierno, y el cuerpo del sepulcro, como prisioneros, para recibir su terrible condenación, de acuerdo con sus malas obras (2 Pedro 2:9; Judas 7; Apocalipsis 11:18; Juan 5:28-29; Apocalipsis 20:13). ¿Cómo el réprobo, por el rugido del mar, el temblor de la tierra, el temblor de las potestades del cielo (Mateo 24:29; Lucas 21:24-25) y los terrores de las señales celestiales, será llevado al fin del mundo? Oh, qué triste saludo habrá entre el alma y el cuerpo condenados, ¡cuando se reúnan en ese día terrible!

Oh, sumidero de pecado, oh masa de inmundicia (el alma dirá a su cuerpo), ¡cómo me veo obligado a volver a entrar en ti, no como una habitación para descansar, sino como una prisión, para ser atormentado! ¿Cómo te presentas ante mis ojos, como la hija de Jefe, a mi gran tormento? Ojalá te hubieras podrido perpetuamente en la tumba, para que yo no te volviera a ver.

¡Cómo vamos a ser confundidos juntos para escuchar, delante de Dios, a los ángeles y a los hombres, dispuestos a abrir todos esos pecados secretos que cometimos juntos! ¿He perdido el cielo por el amor de una carroña tan asquerosa? ¿Eres tú la carne por cuyos placeres he cedido para cometer tantas fornicaciones? ¡Oh, vientre asqueroso! ¡Cómo me convertí en un tonto para

convertirte en mi dios! ¡Cuán loco estaba yo, por alegrías momentáneas, al incurrir en estos tormentos de dolores eternos! Rocas y montañas, ¿por qué se alejan de mí y no caen sobre mí, para esconderme del rostro de Aquel que viene a sentarse en el trono? Porque ha llegado el gran día de su ira, ¿y quién podrá estar de pie? (Apocalipsis 6:16-17) ¿Por qué tiembles así, oh tierra, ante la presencia del Señor, y no abrieras tu boca, y me tragaras, como hiciste con Coré, para que no se me vea más? ¡Oh, demonios! Yo quisiera que me desgarraran sin demora en pedazos, con la condición de que me desgarraran en la nada.

Pero mientras estás así lamentando en vano tu miseria, los ángeles de Dios (Mateo 13:41) te arrastran violentamente fuera de tu tumba a algún lugar cerca de la sede del tribunal de Cristo; donde siendo como un macho cabrío maldito, separado para pararse a la mano izquierda del Juez-Cristo te sentenciarán (Mateo 25:33). Dentro de ti, tu propia conciencia, como más de mil testigos, te acusará.

Por un lado, los demonios, que te tentaron a toda tu lascivia, testificarán junto con tu conciencia contra ti. Y en el otro lado estarán los santos y los ángeles aprobando la justicia de Cristo. ¡Detrás de ti, un ruido espantoso de innumerables compañeros reprobados, esperando recibirte en su compañía! ¡Ante ti, todo el mundo ardiendo en fuego ardiente! Sobre ti, un Juez iracundo de merecida venganza, ¡listo para pronunciar su sentencia sobre ti! Debajo de ti, la boca ardiente y sulfurosa del pozo sin fondo, ¡abriéndose para recibirte!

En este lamentable estado, ocultarte será imposible, pues desearías que la roca más grande cayera sobre ti (Apocalipsis 6:16,17). Comparecer ante el Santo Cordero será intolerable, sin embargo, debes ponerte de pie junto con otros reprobados para recibir esta frase: "¡Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles!

Apártate de Mí, hay una separación de toda alegría y felicidad.

Maldito seas, hay una negra y espantosa exclusión de un Dios santo.

En el fuego, está la crueldad del dolor.

Eterno, hay una perpetuidad de castigo.

Preparados para el diablo y sus demonios, allí están los infernales compañeros atormentadores y atormentados.

¡Oh, terrible sentencia! de la cual el condenado no puede escapar; a la cual no puede resistirse; contra la cual un hombre no puede negarse, y de la cual un hombre no puede apelar en ninguna parte, de modo que, al condenado, ¡nada le queda excepto tormentos infernales, que no conocen la intensidad del dolor, ni el fin del tiempo!

De este tribunal, los ángeles, junto con todos los demonios y reprobados, han de empujarte al lago sin fondo de la oscuridad total, que arde perpetuamente con fuego y azufre (Apocalipsis 21:8), donde habrá tal llanto, aflicción y lamento, que el clamor de la compañía de Coré, Datán y Abiram, cuando la tierra se los tragó, no fue nada comparable a este aullido. No, te parecerá un infierno, antes de que vayas al mismo.

En ese lago, después de haberte hundido, estarás siempre cayendo, y nunca encontrarás un fondo; y en él te lamentarás siempre, y nadie te compadecerá; siempre llorarás por el dolor del

fuego, y sin embargo crujirás los dientes por la extremidad del frío; llorarás al pensar que tus miserias ya no tienen remedio; llorarás al pensar que arrepentirse no tiene ningún propósito, llorarás al pensar cómo, por las "sombras de los placeres cortos", has incurrido en estos dolores eternos; llorarás al ver cómo el llanto mismo no puede prevalecer; sí, al llorar, llorarás más lágrimas que el agua del mar; pues el agua del mar es finita; pero el llanto de un réprobo será infinito.

Allí serán afligidos tus ojos lascivos con vistas de espantosos espíritus; tus curiosos oídos afligidos por el horrible ruido de los demonios, y el llanto y crujir de dientes de réprobos; tu nariz delicada será tapada con un olor a azufre; tu delicado gusto, atacado por un hambre intolerable; tu garganta ebria se secará de sed insaciable; tu mente se atormentará al pensar cómo, por amor a los placeres, que perecieron antes de que brotaran, se perdieron de forma tan insensata las alegrías del cielo, e incurriste en dolores infernales, que duran más allá de la eternidad.

Tu conciencia te aguijoneará siempre como una víbora, cuando pienses con cuánta frecuencia Cristo, por medio de sus predicadores, te ofreció gratuitamente la remisión de los pecados y el reino de los cielos, si tan sólo quisieras creer y arrepentirte; y cuán fácilmente podrías haber obtenido misericordia en esos días; cuántas veces estuviste cerca de arrepentirte y, sin embargo, permitiste que el diablo y el mundo te mantuvieran en la impenitencia.

Cómo será atormentado tu entendimiento al considerar que, por riquezas momentáneas, has perdido el tesoro eterno, y has intercambiado la felicidad del cielo por la miseria del infierno; donde cada parte de tu cuerpo, sin interrupción de dolor, será continuamente atormentada.

En estos tormentos infernales serás privado para siempre de la hermosa vista de Dios, en la que consiste el bien y la vida soberana del alma; nunca más verás la luz, ni la más mínima luz de gozo; sino que yacerás en una prisión perpetua de absoluta oscuridad, en la que no habrá orden, sino horror; en la que no habrá voz, sino de blasfemos y aulladores; donde no habrá ruido, sino torturas y más torturas; donde no habrá sociedad, sino del diablo y de sus ángeles caídos, que siendo atormentados ellos mismos, no tendrán otro consuelo que el de desatar su furia atormentándote; donde habrá castigo sin piedad; miseria sin misericordia; tristeza sin aliento; llanto sin consuelo; maldad sin medida; tormento sin alivio; donde el gusano no muere y el fuego nunca se apaga; donde la ira de Dios se apodera del alma y del cuerpo, como la llama de fuego se apodera del azufre.

En esa llama estarás siempre ardiendo, y nunca consumido; nunca muriendo, y nunca muerto; siempre rugiendo en las punzadas de la muerte, para nunca librarte de esas punzadas. De tal forma que después de haber soportado durante miles y miles de años, como hay hierba en la tierra, o arena en la orilla del mar, no estarás más cerca de tener un fin de los tormentos, que el primer día en que fuiste arrojado en el infierno. Sí, están tan lejos de terminar, ¡que no son más que el principio!

Pero si, después de mil veces mil años, tu alma perdida pudiera concebir una esperanza de que sus tormentos tuvieran un fin, esto sería un consuelo: pensar que al final llegará un fin. Pero por más que la mente piense en esta expresión "YA NO MÁS", es como otro infierno en medio del infierno. Este pensamiento obligará a los condenados a gritar: "¡Ay! ¡Ay!" tanto como si dijeran, ya no más, ya no más, ya no más, oh, Señor, ya no más, ya no más, ya no más, que no

nos continúen atormentando así. Pero su conciencia les responderá como un eco: "¡Para siempre! ¡Para siempre!" Por lo tanto, se mantendrá su dolor, por desgracia, para siempre.

Esta es la muerte segunda, la plenitud general completa de toda maldición y miseria, que todo condenado réprobo debe sufrir, mientras Dios y sus santos disfrutan de la bienaventuranza y la felicidad en el cielo para siempre.

Hasta aquí de la miseria del hombre en su estado de corrupción, a menos que sea renovado por la gracia en Cristo.

Capítulo II

Meditaciones sobre el estado bendito de los reconciliados con Dios en Cristo.

Ahora veamos cuán feliz es un hombre piadoso en su estado de renovación, siendo reconciliado con Dios en Cristo. El hombre piadoso cuya naturaleza corrupta es renovada por la gracia en Cristo y se convierte en una nueva criatura, es bendecido por triple partida: primero, en su vida; segundo, en su muerte; tercero, después de la muerte.

Meditaciones sobre el estado bendito de un cristiano durante su VIDA
Esto no es más que una parte, y consiste en siete cosas.

1. Porque él es nacido del Espíritu (Juan 3:5) no de sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios (Juan 1:13), quien en Cristo es su Padre (Gálatas 4:6,7; 2 Corintios 9:8), de modo que la imagen de Dios, su Padre, se renueva en él cada día más y más (Efesios 4:2-3,13; Colosenses 3:10).

2. Él tiene, por los méritos de los sufrimientos de Cristo, todos sus pecados perdonados, originales y actuales, con la culpabilidad y el castigo que les pertenece (Romanos 4:8, 25; 8:1-2; 1 Pedro 2:24). Dios le perdonó libre y plenamente; y toda la justicia de Cristo como libre y plena le fue imputada a él (Romanos 4:19); y así Dios es reconciliado con él (2 Corintios 5:19); y lo aprueba como justo ante sus ojos, por los méritos de Cristo (Romanos 8:33-34).

3. Él es liberado de la esclavitud de Satanás (Hechos 16:18; Efesios 2:2), y es hecho hermano de Cristo (Juan 20:17; Romanos 8:20), coheredero de su reino celestial (Romanos 8:17), y rey y sacerdote espiritual (Apocalipsis 1:6), para ofrecer sacrificios espirituales a Dios por medio de Jesucristo (1 Pedro 2:5; Malaquías 3:17).

4. Dios lo perdona como un hombre perdona a su propio hijo que le sirve. Y este salvamento consiste en:

- a. No tomando en cuenta cada falta, sino soportando sus debilidades (Éxodo 34:6-7). Un padre amoroso no desechará a su hijo, sólo porque está enfermo.
- b. No castigando conforme a sus iniquidades (Salmo 103:10).
- c. Castigarlo moderadamente cuando ve que no será corregido de ninguna otra manera (2 Samuel 7:14-15; 1 Corintios 11:32).
- d. Aceptar con gracia sus esfuerzos, a pesar de la imperfección de su obediencia; y así preferir la voluntad de su mente antes que el valor de su trabajo (2 Corintios 8:12).
- e. Transformando las maldiciones que merecía en correcciones paternas. Sí, convirtiendo todas las cosas, todas las calamidades de esta vida, la muerte misma, sí, sus propios pecados, a su bien (Romanos 8:28; Salmos 89:31-33; 119:71; Hebreos 12:10; 2 Corintios

12:7; 1 Corintios 15:54-55; Hebreos 2:14-15; Lucas 22:31-32; Salmos 51:13-14; Romanos 5:20-21).

5. Dios le da su Espíritu Santo que:

- a. Lo santifica por grados a través de todo su ser (1 Tesalonicenses 5:23), para que más y más muera al pecado y viva a la justicia (Romanos 8:5,10).
- b. Le asegura de su adopción, siendo por gracia hijo de Dios (Romanos 8:16).
- c. Le anima a venir con audacia y confianza a la presencia de Dios (Hebreos 4:16; Efesios 3:12).
- d. Lo mueve sin temor a decirle: “Abba, Padre” (Gálatas 4:6; Romanos 8:15-16)
- e. Vierte en su corazón el don de la oración santificada.
- f. Le convence de que tanto él como sus oraciones son aceptadas y escuchadas por Dios, a través de Cristo su mediador.
- g. Lo llena de paz de conciencia (Romanos 5:1; 14:17); alegría en el Espíritu Santo (Romanos 14:17), en comparación con lo cual todas las alegrías terrenales le parecen vanas y viles.

6. Él tiene una garantía de su soberanía sobre las criaturas (Salmo 8:5; Hebreos 2:7-8), la cual perdió por la caída de Adán; y de allí la libertad (Romanos 14:14; 1 Timoteo 4:2) de usar todas las cosas que Dios no ha restringido (1 Corintios 9:19-20), para que pueda usarlas con una buena conciencia (1 Corintios 3:22, 32; Hebreos 1:7). Porque a todas las cosas en el cielo y en la tierra él tiene un título seguro en esta vida (1 Corintios 3:22); y tendrá la posesión completa y pacífica de ellas en la vida venidera (Mateo 25:34; 1 Pedro 1:4). Así, pues, todos los reprobados no son sino “usurpadores” de todo lo que poseen, y no tienen lugar propio sino el infierno (Hechos 1:25).

7. Él tiene la seguridad del cuidado paterno y la protección de Dios día y noche sobre él; cuyo cuidado consiste en tres cosas:

- a. Al proveer todas las cosas necesarias para su alma y cuerpo, en cuanto a esta vida (Mateo 6:32; 2 Corintios 12:14; Salmos 23; 34, 9.10.10), y lo que ha de venir; para que esté seguro de tener suficiente o paciencia para estar contento con lo que tiene.
- b. En que Dios da a sus santos ángeles, como ministros, el encargo de atenderle siempre para su bien (Hebreos 1:14; Salmos 34:7; 91:11).
Sí, en tiempos de peligro para levantar sus tiendas de campaña alrededor de él para su seguridad dondequiera que esté. Sí, la protección de Dios lo defenderá como una nube de día, y como una columna de fuego de noche (Isaías 4:5) y Su providencia lo protegerá del poder del diablo (Job 1:10).
- c. En que los ojos del Señor están sobre él, y sus oídos continuamente abiertos, para ver su estado (Salmo 3:15; Génesis 7:1), y para oír sus súplicas de ayuda, y en su buen tiempo para liberarlo de todas sus angustias (Salmo 34:19).

Hasta aquí del estado bendito del hombre piadoso y regenerado en esta vida. Ahora de su bendito estado en la muerte.

Meditaciones sobre el estado bendito de un cristiano en su MUERTE.

Cuando Dios envía la muerte como su mensajero para el hombre regenerado, lo encuentra a mitad de camino al cielo, porque sus pensamientos y afectos ya están en el cielo delante de él (Filipenses 3:20; Colosenses 3:2). La muerte nunca le es extraña ni temible, no le es extraña, porque murió diariamente ni temible, porque mientras vivía, estaba muerto, y su vida estaba escondida con Cristo en Dios (1Cor. 1:31; Col. 3:3). Morir, pues, no es para él nada más, en efecto, sino descansar de su trabajo en este mundo, ir a la casa de Su Padre, a la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial, a una innumerable compañía de ángeles, a la asamblea general y a la iglesia de los primogénitos, a Dios el Juez de todos, y a los espíritus de los hombres justos hechos perfectos, y a Jesús el Mediador del nuevo pacto (Apocalipsis 14:13; 2 Corintios 5:6; Juan 14:2; Hebreos 12:22).

Mientras su cuerpo está enfermo, su mente está sana; porque Dios lo fortalece con fe y paciencia en su lecho de dolor (Salmo 41:3). Y cuando comienza a entrar en la muerte -el camino de todo el mundo- da a sus hijos y amigos (como a Jacob, Moisés y Josué) exhortaciones y consejos piadosos, para servir al Dios verdadero, para adorarlo verdaderamente todos los días de su vida (Génesis 49). Su alma bendita no respira nada más que bendiciones, y discursos tales como el de saborear un espíritu santificado. Al decaer su hombre exterior, aumenta su hombre interior y se fortalece; cuando el habla su lengua vacila, los suspiros de su corazón hablan más fuerte a Dios; cuando la vista de los ojos falla, el Espíritu Santo lo ilumina interiormente con abundancia de luz espiritual. Su alma no teme, pero se atreve a salir del cuerpo y a morar para siempre con su Señor (2 Corintios 5:8).

Suspira con Pablo: "Quiero irme y estar con Cristo" Filipenses 1:23. Y suspira con David, "Como el ciervo se desploma tras las corrientes de agua, así mi alma se desploma tras ti, oh, Dios". Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo, ¿cuándo vendré y me presentaré ante Dios?" Salmo 42:2. Él ora con los santos: "¿Hasta cuándo, oh, Señor, santo y verdadero?" Apocalipsis 6:10. "Ven, Señor Jesús, ven pronto" Apocalipsis 22:10.

Y cuando el tiempo señalado de su muerte ha llegado (Job 14:5), sabiendo que él va a su Padre y Redentor en la paz de una buena conciencia (Salmo 31:5) y el convencimiento seguro del perdón de todos sus pecados, en la sangre del Cordero, él canta con el bendito viejo Simeón su Nunc dimittis, "Señor, ahora despide en paz a tu siervo" (Lucas 2:29; Salmo 37:37; Isaías 57:2), y entrega su alma, por decirlo así, con sus propias manos, en las manos de su Padre celestial, diciendo con David: "En tus manos, oh Padre, encomiendo mi alma, porque tú me has redimido, oh, Dios de la verdad" Salmo 31:5. Y diciendo con Esteban: "Señor Jesús, recibe mi espíritu" Hechos 7:59.

Él no sólo entrega el Espíritu, sino que inmediatamente los santos ángeles (Mateo 18:10; Hechos 12:15; 27, 23), que lo acompañaron desde su nacimiento hasta su muerte, llevan y acompañan su alma al cielo, como hicieron con el alma de Lázaro en el seno de Abraham (Lucas 16:22), que es el reino de los cielos, donde sólo los ángeles buenos y las buenas obras acompañan el alma (Mateo 8:11; Lucas 13:28; Hechos 15:10-11; Efesios 1:10; Hebreos 11:9-10; Lucas 19:9).

El cuerpo, en tiempo conveniente, como el templo santificado del Espíritu Santo (1 Corintios 6:19) es puesto reverentemente por sus hermanos a dormir en el sepulcro como en el lecho de

Cristo (1 Tesolonicenses 1:15) en una esperanza segura de despertar en la resurrección de los justos, en el último día, para participar, con el alma, de la vida y la gloria eternas (Daniel 12:2; Juan 5:28-29; Lucas 14:14; 1 Tesalonicenses 4:16-17; Apocalipsis 14:13). Y en este sentido no sólo las almas, sino también los mismos cuerpos de los fieles son llamados bienaventurados.

Hasta aquí de la bienaventuranza del alma y del cuerpo del hombre regenerado en la muerte, ahora veamos la bienaventuranza de su alma y de su cuerpo después de la muerte.

Meditaciones sobre el estado de bienaventuranza del cristiano después de la muerte.

Este estado tiene tres grados.

I. Desde el día de la muerte hasta la resurrección.

II. De la resurrección hasta el pronunciamiento de la sentencia.

III. Después de la sentencia, que dura eternamente.

I. Desde el día de la muerte hasta la resurrección.

Tan pronto como el hombre regenerado ha entregado su alma a Cristo, los santos ángeles la toman en su custodia, y la llevan inmediatamente al cielo (Lucas 16:22), y allí la presentan ante Cristo, donde es coronada con una corona de justicia y gloria, no que ella haya sido merecida por sus buenas obras, sino que Dios ha prometido de su bondad gratuita a todos los que, por amor, le han servido sinceramente en esta vida, y buscado su gloria (Hebreos 1:14; 12:24; 2 Timoteo 4:8; Apocalipsis 2:10; 1 Pedro 5:4).

Oh, qué alegría será para tu alma, que estaba acostumbrada a ver nada más que miseria y pecadores en la tierra, ¡ahora que contemplas el rostro del Dios de la gloria! Sí, ver a Cristo dándote la bienvenida, tan pronto como seas presentado ante Él por los santos ángeles, con un "¡Bien hecho! Bienvenido siervo bueno y fiel! Entra en el gozo de tu Maestro".

¡Y qué alegría será ésta, al contemplar miles de miles de querubines, serafines, ángeles, tronos, dominios, principados, potestades! Todos los santos patriarcas, sacerdotes, profetas, apóstoles, mártires, confesores y todas las almas de vuestros amigos cristianos, padres, esposos, esposas, hijos y el resto de los santos de Dios, que partieron antes que vosotros en la verdadera fe de Cristo, delante del trono de Dios, ¡en gozo y gloria!

Si la reina de Sabá, al contemplar la gloria y la majestad de Salomón, fue arrebatada con ella, y estalló y dijo: "Bienaventurados tus hombres, bienaventurados éstos tus siervos que están siempre delante de ti, y oyen tu sabiduría" (1 Reyes 10:8), ¡cómo se deleitará tu alma al verse, por gracia, admitida a estar con esta gloriosa compañía, para contemplar el rostro bendito de Cristo, y oír todos los tesoros de Su divina sabiduría! ¿Cómo te regocijarás al ver tantos miles de miles acogtiéndote en su sociedad celestial (Lucas 15), porque, así como todos se regocijaron por tu conversión -así serán ahora mucho más gozosos al contemplar tu coronación- y al verte recibir tu corona, que fue reservada para tu venida (1 Timoteo 4:8).

Allí la corona del martirio será puesta sobre la cabeza del mártir, que por causa del evangelio de Cristo sufrió tormentos. La corona de la piedad se pondrá sobre la cabeza de los que profesaron sinceramente a Cristo. La corona de las buenas obras se pondrá sobre la cabeza del buen limosnero, que alivió generosamente a los pobres. La corona de gloria incorruptible será

puesta en la cabeza de aquellos que por su predicación y buen ejemplo han convertido las almas de la corrupción del pecado, para glorificar a Dios en la santidad de vida. ¿Quién puede expresar suficientemente el regocijo de esta compañía celestial, para verte así coronado de gloria (Apocalipsis 7:9), revestido de las brillantes vestiduras de justicia, y ver la palma de la victoria puesta en tu mano?

Oh, qué agradecimiento y alabanza tendrás, que, por la gracia de Dios, has escapado de todas las miserias del mundo, de todas las trampas del diablo, de todos los dolores del infierno, ¡y has recibido el descanso y la felicidad eternos! Porque allí cada uno se regocija tanto en la felicidad del otro como en la suya propia, porque lo verá tan amado por Dios como por sí mismo; sí, tienen tantas alegrías distintas como copartícipes de su gozo. Y en este estado alegre y bendito, el alma descansa con Cristo en el cielo hasta la resurrección, cuando el número de sus conserivos y hermanos se habrá cumplido, lo que el Señor llama "un poquito de tiempo" (Apocalipsis 7:9).

II. El segundo grado de la bendición del hombre después de la muerte, es desde la resurrección hasta la pronunciaci3n de la sentencia final.

Porque en el 3ltimo d3a:

1. Los cielos elementales, la tierra y todas las cosas que est3n en ellos, ser3n disueltos y purificados con fuego (2 Pedro 2:10,12-13.)

2. Al sonido de la 3ltima trompeta, o voz de Cristo, los mismos cuerpos que los elegidos ten3an antes (aunque convertidos en polvo y tierra) se levantar3n de nuevo (1Corintios 15:52; 1 Tesalonicenses 4:16; Juan 5:28; Ezequiel 37:7-8).

Y en el mismo instante, el alma de cada hombre volver3 a entrar en su propio cuerpo, en virtud de la resurrecci3n de Cristo, su cabeza (Romanos 8:11; Filipenses 3:10-11; 1 Tesalonicenses 4:14), y ser3 vivificada y se levantar3 de su tumba, como si se despertara de su lecho de sue1o (Romanos 5:17; 1 Corintios 15:22). Y como quiera que los tiranos despedazaron sus cuerpos, o los consumieron hasta la ceniza, aun as3, los elegidos encontrar3n que es verdad en aquel d3a que ni un cabello de su cabeza a perecido (Mateo 19:30).

3. Saldr3n de sus tumbas, como tantos Jos3s de la c3rcel; o Danieles del foso de los leones; o Jon3s del vientre de la ballena (1 Tesalonicenses 4:14; Daniel 6:23).

4. Todos los cuerpos de los elegidos as3 vivificados se levantar3n en esa perfecci3n de la naturaleza a la que habr3an llegado por su temperamento natural, si ning3n impedimento lo hubiera impedido (Isa3as 65:20); y en ese vigor de edad que tiene un hombre perfecto -a unos treinta y tres a1os, cada uno en su propio g3nero. A lo que los divinos piensan que el ap3stol alude cuando dice: "Hasta que todos lleguemos a un var3n perfecto, a la medida de la edad (o estatura) de la plenitud de Cristo" Efesios 4:13. Cualquier imperfecci3n que antes hab3a en el cuerpo (como ceguera, cojera, torcedura) ser3 entonces eliminada.

Jacob no se renguear3, ni Isaac ser3 ciego, ni Lea d3bil de ojos, ni Mefi-boset cojo. Porque si David no quiere que los ciegos y los cojos entren en su casa, mucho menos Cristo tendr3 ceguera y cojera para habitar en su morada celestial. Cristo hizo que todos los ciegos vieran, los mudos hablaran, los

sordos oyeran, los cojos caminaran, los que vinieron a 3l para buscar su gracia en la tierra, y mucho m3s sanar3n todas sus imperfecciones, a quienes admitir3 para su gloria en el cielo.

Entre estas tribus, no hay ni uno solo débil; pero el cojo saltará como un ciervo, y la lengua del mudo cantará (Salmo 105:37; Isaías 35:6). Y es muy probable que, viendo que Dios creó a nuestros primeros padres, no infantes, ni ancianos, sino de una edad o estatura perfectas, la nueva creación después de la muerte será en todo sentido más perfecta que la primera estructura del hombre, de la cual cayó en el estado de muerto. Tampoco es como ese tiempo de la infancia, que es de imperfección, o de la vejez, que es de corrupción, que no son consistentes con el estado de un cuerpo glorificado perfecto.

5. Los cuerpos de los elegidos que sean así levantados, tendrán cuatro cualidades excelentes y sobrenaturales. "Así sucede con la resurrección de los muertos: Sembrado en corrupción, resucitado en incorrupción; sembrado en deshonra, resucitado en gloria; sembrado en debilidad, resucitado en poder; sembrado un cuerpo natural, resucitado un cuerpo espiritual". (1 Corintios 15:42-44).

- a. Serán levantados en poder, por el cual serán liberados para siempre de todas las carencias y debilidades, y habilitados para continuar, sin el uso de comida, bebida, sueño y otras ayudas anteriores (1 Corintios 15:43).
- b. En la incorrupción, por la cual nunca estarán sujetos a ningún tipo de imperfecciones, manchas, enfermedades o muerte (1 Corintios 15:41; Isaías 65:20).
- c. En la gloria, por la cual sus cuerpos resplandecerán como el sol en los cielos (Mateo 13:43; Lucas 9:31;) y que, al hacerse transparentes, sus almas resplandecerán por mucho más gloriosas que sus cuerpos (1 Tesalonicenses 4:17).

Hay tres visiones de las cuales la gloria fue vista: Primero, en el rostro de Moisés (Éxodo 34:29); segundo, en la Transfiguración (Mateo 17:2); tercero, en el rostro de Esteban (Hechos 6:15). Estos son tres ejemplos y garantías de la glorificación de nuestros cuerpos en ese glorioso día. Entonces el doliente se quitará sus vestidos de luto y se pondrá el manto del Hijo del Rey, Jesús. Entonces todo verdadero Mardoqueo (que lloró bajo el saco de esta carne corrompida) se vestirá con el vestido real del Rey (Esther 6:4), y tendrá la corona real puesta sobre su cabeza, para que todo el mundo vea lo que se hará con aquel a quien el Rey de reyes quiere honrar. Si ahora la salida de un sol hace la mañana tan gloriosa, ¡cuán glorioso será aquel día, cuando millones de millones de cuerpos de santos y ángeles aparecerán más gloriosos que el resplandor del sol, el cuerpo de Cristo en gloria superando a todos!

En la agilidad, por la cual nuestros cuerpos podrán ascender y encontrar al Señor en su gloriosa venida en el aire, como las águilas volando a sus hogares benditos. A esta agilidad de los cuerpos gloriosos de los santos alude el profeta, diciendo: "Renovarán sus fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán", Isaías 40:31. Y a este estado puede referirse aquel dicho de la Sabiduría: "En el tiempo de su visión resplandecerán, y correrán de aquí para allá, como chispas entre los rastrojos". Y con respecto a estas cuatro cualidades, Pablo llama a los cuerpos levantados de los elegidos espirituales (1 Corintios 15:46) -porque serán espirituales en cualidades-, pero lo mismo todavía en sustancia. Y como quiera que el pecado y la corrupción hacen al hombre, en este estado de mortalidad, más bajo que los ángeles, pero seguramente, cuando Dios lo corone así con gloria y honor (Salmo 8:5), el hombre será superior a los ángeles.

Así es el hombre también en cuanto a su alma -sí, más que esto, tendrán también un cuerpo

espiritual, semejante al cuerpo glorioso del Señor Jesucristo (Filipenses 3:21), una honra que él nunca dio a los ángeles-, y en este sentido el hombre tiene una prerrogativa sobre ellos. No son sino espíritus designados para ser ministros de los elegidos (Hebreos 1:14; Salmo 91:11); y como muchos de ellos, que al principio despreciaron este oficio, y no quisieron guardar su primer estado, fueron por su orgullo arrojados al infierno (Judas 6; 2 Pedro 2:4). Esto no disminuye la dignidad de los ángeles, sino que exalta la grandeza del amor de Dios hacia su pueblo redimido.

Pero en cuanto a todos los elegidos, que en aquella segunda y repentina venida de Cristo serán hallados todavía vivos, el fuego que quemará la corrupción del mundo y las obras que hay en él, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, quemará la escoria y la corrupción de su mortalidad, y los hará cuerpos inmortales. Este cambio será para ellos, en lugar de la muerte.

Entonces el alma saludará con gozo a su cuerpo, diciendo: "¡nos encontramos de nuevo, mi querida hermano! ¡Cuán dulce es tu voz! ¡Cuán hermoso es tu rostro, aun después de haber permanecido oculto por tanto tiempo en las hendiduras de las rocas y en los lugares secretos de la tumba! (Cantares 2:14). Tú eres en verdad una morada adecuada, no sólo para que yo habite en ella, sino tal como el Espíritu Santo piensa que es adecuado que resida en su templo, para siempre. El invierno de nuestra aflicción ya ha pasado; la tormenta de nuestra miseria ha pasado y se ha ido. Los cuerpos de nuestros hermanos elegidos parecen más gloriosos que las flores de lirio en la tierra; el tiempo de cantar aleluya ha llegado, y la voz de la trompeta se oye en la tierra. Tú has sido mi socio en las labores del Señor, y compañero en las persecuciones e injusticias, por Cristo y su evangelio. Ahora entraremos juntos en el gozo de nuestro Maestro. Así como has llevado conmigo la cruz, así llevarás conmigo la corona. Como habéis sembrado conmigo abundantemente en lágrimas, así segaréis conmigo abundantemente en alegría.

Oh, bendito, siempre bendito sea ese Dios que, cuando los reprobados de allá pasaron todo su tiempo en el orgullo, los deseos carnales, comiendo, bebiendo y las vanidades profanas, nos dio la gracia de unirnos para velar, ayunar, orar, leer las Escrituras, guardar sus mandamientos, escuchar sermones, recibir la santa comunión, aliviar a los pobres, ejercitar, con toda humildad, las obras de piedad para con Dios, y caminar con rectitud en todos nuestros deberes para con los hombres. En adelante, no oirás ninguna mención de tus pecados, porque están perdonados y cubiertos (Salmo 32:1). Pero toda buena obra que has hecho por el Señor será probada y recompensada. Anima tu corazón, porque tu Juez es carne de tu carne y hueso de tu hueso (Daniel 9:21). Levanta tu cabeza, y mira estos ángeles gloriosos, como tantos Gabrieles, volando hacia nosotros, para decirnos que el día de nuestra redención ha llegado (Lucas 21:28), y para llevarnos en las nubes a encontrar a nuestro Redentor en el aire. Levántate, pues, paloma mía, amor mío, hermosa mía, y vete (Cantar 2:1-3). Y así, como ciervos jóvenes, corren con los ángeles hacia Cristo, sobre las temblorosas "montañas de la división".

Tanto los vivos como los muertos, así resucitados y glorificados, serán reunidos al instante, por el ministerio de los santos ángeles de Dios (Lucas 17:34-36), de todos los lugares y partes del mundo, y arrebatados juntos en las nubes, para encontrar al Señor en el aire (1 Tesalonicenses 4:17), y así vendrán con él, como parte de su séquito glorioso, para juzgar a los reprobados y a los ángeles malos (1 Corintios 6:1-3). Los doce apóstoles se sentarán en doce tronos (después de Cristo) para juzgar a las doce tribus, que rehusaron oír el evangelio predicado por su ministerio. Y todos los santos, en honor y orden, estarán a su lado, como jueces también, para juzgar a los ángeles malos, y a los hombres de mente terrenal (1 Corintios 6:2-3). Y como

algunos de ellos recibieron gracia en esta vida para ser más celosos para su gloria, y más fieles en su servicio, que otros -así será su gloria y recompensa más grande que la de otros en aquel día (Apocalipsis 22:12; 2 Corintios 5:6).

El lugar donde serán reunidos a Cristo, y donde Cristo se sentará en juicio, será en el aire (1 Tesalonicenses 4:17), sobre el valle de Josafat, junto al Monte de los Olivos, cerca de Jerusalén, al este del templo, como es probable, por cuatro razones:

1. Porque la Santa Escritura parece inducir tanto en palabras sencillas: "Reuniré a todas las naciones en el valle de Josafat, y allí les rogaré. Porque tu poderoso para bajar, oh, Señor; despierta a las naciones y sube al valle de Josafat; porque allí me sentaré para juzgar a todas las naciones de alrededor" Joel 3:1-2,11-12. Josafat significa: "el Señor juzgará". Y este valle fue llamado así por la gran victoria que el Señor dio a Josafat y a su pueblo sobre los amonitas, moabitas, y habitantes del monte Seir (2 Crónicas 20) esta victoria fue un tipo de la victoria final que Cristo, el Juez Supremo, dará a sus elegidos sobre todos sus enemigos en este lugar en el último día, como también los judíos lo interpretan (Zacarías 14:4-5; Salmo 51:1-2), todos acordando que el lugar estará allí.

2. Porque, así como Cristo fue crucificado y avergonzado, así sobre este lugar Su trono glorioso será levantado en el aire, cuando Él aparecerá en juicio para manifestar Su majestad y gloria. Porque conviene que Cristo juzgue en ese lugar al mundo con un juicio justo, donde él mismo fue juzgado y condenado injustamente.

3. Porque al ver que los ángeles serán enviados a reunir a los elegidos de los cuatro vientos, de un extremo al otro del cielo, es muy probable que el lugar donde serán reunidos esté cerca de Jerusalén y del valle de Josafat, que según los geógrafos está en medio de la superficie de la tierra.

4. Porque los ángeles dijeron a los discípulos que como vieron a Cristo subir del monte de los Olivos (Hechos 1:11), que está sobre el valle de Josafat, así también él bajará del cielo.

5. Finalmente, cuando Cristo esté sentado en Su trono glorioso, y todos sus miles de santos y ángeles, resplandeciendo más que tantos soles en gloria sentados alrededor de Él (Mateo 25:31), siendo los réprobos separados, y permaneciendo abajo en la tierra (porque la mano derecha significa un estado bendito, la izquierda un estado maldito) Cristo pronunciará primero la sentencia de bienaventuranza sobre los escogidos (Mateo 19:28), y así aumentará la pena de los réprobos, que la oirán, y se mostrará más propenso a la misericordia que al juicio (Salmo 145:9; Isaías 28:21). Y así, desde Su trono de majestad en el aire, Él pronunciará, a la vista y al oído de todo el mundo, a sus elegidos: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde el principio del mundo". Porque tuve hambre, etc." Mateo 25:34.

Venid vosotros. Aquí está nuestra bendita unión con Cristo, y, por él, con toda la Trinidad Bendita. Aquí está nuestra absolución de todos los pecados, y nuestra dotación completa de toda gracia y felicidad.

Por mi Padre. Aquí está el autor del que procede nuestra felicidad.

Heredad. Aquí está nuestra adopción.

El reino. Contempla nuestro derecho de nacimiento y posesión.

Preparado. Vean el cuidado paternal de Dios por sus elegidos.

Desde la fundación del mundo. ¡Oh, la libre, eterna e inmutable elección de Dios!

Cuánto están obligadas a amar a Dios aquellas almas que, por Su mera buena voluntad y placer, las eligió y amó antes de que hicieran el bien o el mal (Romanos 9:3).

Porque tuve hambre, etc. Oh, ¡la bondad de Cristo, que toma nota de todas las buenas obras de sus hijos para recompensarlos! ¡Cuán grande es Su amor por los pobres cristianos, que toma cada obra de misericordia que se les hace, como si se la hubiera hecho a Él mismo!

Venid a mí, en quien habéis creído sin haberle visto (Juan 20:29; 1 Pedro 1:8), y a quien habéis amado y buscado con tanta devoción y a través de tantas tribulaciones. Ven ahora del trabajo al descanso; de la desgracia a la gloria; ¡de las fauces de la muerte a los gozos de la vida eterna!

Por mi causa habéis sido maldecidos, injuriados y perseguidos (Mateo 5:11); pero ahora les parecerá a todos esos malditos de Esaú, que sois los verdaderos Jacobos que recibirán la bendición de vuestro Padre celestial; y seréis bendecidos.

Sus padres, madres y parientes más cercanos los abandonaron y desecharon por causa de mi verdad, la cual mantuvieron (Salmo 27:10; Mateo 19:29) pero ahora mi Padre será para ustedes un padre, y ustedes serán sus hijos e hijas para siempre (Juan 20:17; 2 Corintios 6:18). Fueron expulsados de sus tierras y vidas, y lo dejaste todo por mi causa y la del evangelio -pero para que parezca que no han perdido su ganancia- sino que ganaron por su pérdida, en vez de una herencia y posesiones terrenales, poseerán conmigo la herencia de mi reino celestial; donde estarán para los hijos por amor; para los herederos por derecho de nacimiento; para los reyes por dignidad; para los sacerdotes por santidad; ¡y pueden atreverse a entrar en posesión de Él ahora, porque mi Padre lo preparó y lo guardó para ustedes desde que se estableció la primera fundación del mundo!

Inmediatamente después de esta sentencia de absolución del pecado y bendición de bendiciones, cada creyente recibe su corona, que Cristo el justo Juez pone sobre su cabeza, como la recompensa que Él ha prometido, de Su gracia y misericordia -a la fe y las buenas obras de todos aquellos que amaron Su venida (2 Timoteo 4:8; 1 Pedro 5:4). Entonces todos los que tomen su corona de su cabeza, la pondrán, por así decirlo, a los pies de Cristo; y postrándose, con un corazón y una voz, de manera celestial y en armonía, dirán: "¡Alabanza, y honra, y gloria, y poder, y gracias, a ti, Cordero bendito, que estás sentado en el trono! Tú fuiste muerto, y nos has redimido para Dios por tu sangre, de todo linaje, y lengua, y pueblo, y nación, y nos has hecho reyes y sacerdotes nuestro Dios, para reinar contigo en tu reino para siempre. Amén". (Apocalipsis 4:10) Entonces se sentarán en sus tronos como jueces de los reprobados y de los ángeles malos (1Corintios 6:1-3; Mateo 19:13), aprobando y dando testimonio de la justa sentencia y el juicio de Cristo el Juez Supremo.

Después de pronunciar la sentencia y la condenación de los reprobados, Cristo realizará dos acciones solemnes:

1. La presentación de todos los elegidos a su Padre. "He aquí, oh, Padre justo, éstos son los que me has dado; los he guardado, y ninguno de ellos se ha perdido. Les di tu palabra, y la creyeron, y el mundo los odió, porque no eran del mundo, como tampoco yo era del mundo. Y ahora, Padre, deseo que aquellos que me has dado estén conmigo donde yo estoy, para que puedan contemplar mi gloria, que tú me has dado; y que yo esté en ellos, y tú en mí, para que sean hechos perfectos en la unidad, para que el mundo sepa que tú me has enviado, y que los has amado a ellos, como me has amado a mí". (Juan 17:12, 14, 23, 24.)

2. Cristo entregará el reino a Dios, al Padre. Es decir, dejará de ejercer su oficio de Mediador (1 Corintios 15:25-29); por el cual, siendo Rey, Sacerdote, Profeta, y Cabeza Suprema de la Iglesia, suprimió a Sus enemigos, y gobernó a Su pueblo fiel por Su Espíritu, palabra, y ordenanzas -para que Su reino de gracia sobre Su iglesia en este mundo cese, gobernará directamente en Su reino de gloria para siempre. No es que la dignidad de su hombría será disminuida, sino que la gloria de su divinidad será más manifiesta- de modo que, como él es Dios, gobernará desde ahora en adelante en toda plenitud, sin todos los medios externos.

De esta sede del tribunal, Cristo se levantará, y con toda su gloriosa compañía de ángeles y santos elegidos, subirá triunfante, en orden y en disposición al cielo de los cielos, con gran sonido y música celestiales, que ahora podrá verificarse verdaderamente ese canto de David: "Dios ha subido con triunfo, el Señor con el sonido de las trompetas. Cantad a Dios, cantad alabanzas, cantad a nuestro Rey, cantad alabanzas; pues Dios es el Rey de toda la tierra, debe ser grandemente exaltado". (Salmos 47:4-6, 8) Y esta canción de bodas de Juan: "Gocémonos y alegrémonos, y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado.

Aleluya; porque el Señor Dios Omnipotente reina". (Apocalipsis 19:6,7) El tercer y último grado del estado bendito del hombre regenerado después de la muerte, comienza después de la pronunciación de la sentencia, y dura eternamente sin fin.

Meditaciones del bendito estado de un hombre regenerado en el CIELO.

Aquí mi meditación me deslumbra, y mi pluma se cae de mi mano para describir esa bienaventuranza más excelente, y el peso eterno de la gloria (2 Corintios 4:17; Romanos 8:18) -donde todas las aflicciones de esta vida presente no son dignas de ser comparadas- que todos los elegidos disfrutarán con la bendita Trinidad, desde ese momento que serán recibidos con Cristo, como coherederos (Romanos 8:17) en ese reino eterno de gozo.

No obstante, podemos vislumbrar esto. Las Sagradas Escrituras establecen así (de acuerdo a nuestra capacidad) la gloria de nuestra vida eterna y celestial después de la muerte, en cuatro aspectos:

1. Del lugar del cielo.
2. Del objeto del cielo.
3. De los privilegios de los elegidos en el cielo.
4. De los efectos de estos privilegios.

1. El LUGAR del cielo.

El lugar es el cielo de los cielos, o el tercer cielo, llamado paraíso (Salmo 19:5; 2 Corintios 12:24); donde Cristo (en Su naturaleza humana) ascendió muy por encima de todos los cielos visibles. La cámara del esposo (Salmo 19:6; Mateo 25:10), que, por los cielos, como por una cortina azul labrada con estrellas brillantes, y planetas gloriosos, está escondida, que no podemos contemplar con estos ojos corruptibles de la carne.

El Espíritu Santo, condescendiendo a nuestra debilidad, describe la gloria de ese lugar (que nadie puede estimar) por las cosas más preciosas en la estimación del hombre; y por lo tanto lo compara con una ciudad grande y santa, llamada la Jerusalén celestial (Apocalipsis 21), donde sólo Dios y su pueblo de salvos, y escrito en el libro del Cordero, habitan. Esta ciudad celestial está toda construida de oro puro, como vidrio o cristal transparente; los muros de piedra de jaspe -los cimientos de los muros adornados con doce clases de piedras preciosas, teniendo

doce puertas, cada una construida de una perla- tres puertas hacia cada una de las cuatro esquinas del mundo, y en cada puerta un ángel, como tantos guardianes, para que ninguna cosa inmunda entre en ella.

La ciudad está dispuesta en una plaza, por lo tanto, es perfecta. Su longitud, anchura y altura son iguales, 12.000 kilómetros de largo en cada dirección; por lo tanto, es gloriosa y espaciosa. Por medio de sus calles corre siempre un río puro de agua de vida, claro como el cristal (Apocalipsis 22:1); y al otro lado del río está el árbol de la vida, siempre creciendo, que da doce clases de frutos, y da fruto cada mes; y las hojas del árbol son salud para las naciones.

No hay, pues, un lugar tan glorioso en la creación, tan bello con deleite, tan rico en posesión, tan cómodo para la habitación. Porque allí, el rey es Cristo, la ley es el amor, el honor es la verdad, la paz es la felicidad y la vida es eternidad. Hay luz sin tinieblas, alegría sin tristeza, salud sin enfermedad, riqueza sin necesidad, mérito sin desgracia, belleza sin mancha, facilidad sin trabajo, riqueza sin herrumbre, bendición sin miseria, y consuelo sin fin. Cuán verdaderamente podemos clamar juntamente con David, de esta ciudad, "Se habla de ti, ciudad de Dios, ¡gloriosas cosas"! (Salmo 87:3). Y, sin embargo, todas estas cosas son habladas, pero según la debilidad de nuestra capacidad. Porque el cielo sobrepasa todo esto en gloria, hasta el punto de que ninguna lengua puede expresar, ni corazón de hombre concebir, su gloria, como lo atestigua Pablo (2 Corintios 12:4; 1 Corintios 2:5), que estaba en ella, y la vio. Oh, no nos preocupemos tanto por nuestras actuales cabañas de madera y casas de barro cocido, que no son sino tiendas de impiedad y moradas de pecadores; sino que miremos y anhelemos esta ciudad celestial, cuyo constructor y hacedor es Dios (Hebreos 11:10); la cual él, que no se avergüenza de ser llamado nuestro Dios, ha preparado para nosotros (Hebreos 11:6).

2. El OBJETO del cielo.

El objeto dichoso y glorioso de todas las criaturas con intelecto y razón en el cielo es la Divinidad, representada en la Trinidad, sin la cual no hay ni gozo ni felicidad; la plenitud del gozo consiste en disfrutar de la Trinidad.

Este objeto lo disfrutaremos de dos maneras

1. Por una visión bienaventurada de Dios.
2. Por la posesión de una comunión inmediata con esta naturaleza divina.

La visión beatífica de Dios es la única que puede contener la mente finita del hombre. Porque todo tiende a su centro. Dios es el centro del alma; por lo tanto, como la paloma de Noé, ella no puede descansar ni gozar hasta que regrese y lo disfrute.

Todo lo que Dios otorgó a Moisés no puede satisfacer su mente, a menos que pueda ver el rostro de Dios (Éxodo 3:13); por lo tanto, toda la iglesia ora fervientemente: "Dios sea misericordioso con nosotros, y haga resplandecer su rostro sobre nosotros". (Salmo 67:1 y 80:1). Cuando Pablo vio este bendito espectáculo, siempre consideró todas las riquezas y la gloria del mundo como basura (Filipenses 3:8,11); y toda su vida después fue sólo un suspiro: "Quiero ser disuelto, y estar con Cristo". (Filipenses 1:23). Y Cristo oró por todos sus elegidos en su última oración, para que ellos pudieran obtener esta bendita visión - "Padre, quiero que donde estén los que me has dado, estén también donde yo estoy"- . ¿Con qué fin? Para que vean mi gloria". (Juan 17:14).

Si el rostro de Moisés resplandeció así, cuando estuvo con Dios sólo cuarenta días, y vio sólo sus espaldas (Éxodo 34:29; 33, 31), ¿cómo resplandeceremos nosotros, cuando lo veamos cara a cara para siempre, y lo conozcamos como somos conocidos, y como Él es? (1 Corintios 13:12; 2

Corintios 3:18; 1 Juan 3:2) Entonces el alma ya no será llamada Mara, amargura, sino Noemí, hermosura; porque el Señor convertirá su corta amargura en una belleza y bendición eternas (Rut 1:20).

El segundo medio para disfrutar de este objeto es tener una comunión inmediata y eterna con Dios en el cielo. Esto lo tenemos primero, al estar, como miembros de Cristo, unidos a su hombría, y como por la hombría, unidos personalmente a la Palabra, estamos unidos a él, como él es Dios; y, por su Divinidad, a toda la Trinidad.

Los reprobados en el último día ven a Dios, como a un Juez justo, para castigarlos; pero, por falta de esta comunión, no tendrán ni gracia con Él, ni gloria de Él. Por falta de esta comunión, los demonios, cuando vieron a Cristo, clamaron: "¿Qué tenemos que ver contigo, oh, Hijo del Dios Altísimo?". (Marcos 5:7)

Pero, en virtud de esta comunión, el alma arrepentida puede ir y decir a Cristo, como Rut a Booz (Rut 3:9): "Extiende, oh Cristo, el ala del manto de tu misericordia sobre tu sierva, porque eres mi pariente". Esta comunión que Dios prometió a Abraham, cuando se dio a sí mismo para su gran recompensa (Génesis 15:1), y Cristo ora por toda su iglesia para obtenerla (Juan 17:20-21).

Esta comunión Pablo la expresa, diciendo que Dios será todo en todos para nosotros (1 Corintios 15:28). Pero en el cielo, Dios mismo inmediatamente, en la plenitud de la medida, sin todos los medios, será para nosotros todas las cosas buenas que nuestras almas y cuerpos pueden desear o desear.

Él mismo será la salvación y el gozo para nuestras almas, la vida y la salud para nuestros cuerpos, la belleza para nuestros ojos, la música para nuestros oídos, la miel para nuestras bocas, el perfume para nuestras narices, la luz para nuestros entendimientos, el contentamiento para nuestras voluntades, y el deleite para nuestros corazones.

¿Y qué puede faltar, donde Dios mismo será el alma de nuestras almas? Sí, toda la fuerza, el ingenio, los placeres, las virtudes, los colores, las bellezas, la armonía, y la bondad, que están en los hombres, los animales, los peces, las aves, los árboles, las hierbas, y todas las criaturas, no son nada más que destellos de estas cosas que están en perfección infinita en Dios. Y en Él las disfrutaremos de una manera mucho más perfecta y bendita.

Él mismo proveerá entonces su uso. No, las mejores criaturas que nos sirven ahora, no tendrán el honor de servirnos entonces. No habrá necesidad del sol ni de la luna para brillar en esta ciudad, porque la gloria de Dios la ilumina (Apocalipsis 21:23). No habrá más necesidad ni uso de ninguna criatura, cuando disfrutemos del Creador.

Por tanto, cuando veamos algo que sea excelente en cualquier criatura, digámonos a nosotros mismos: ¡cuánto más excelente es quien les dio esta excelencia! Cuando contemplamos la sabiduría de los hombres, que anula a las criaturas más fuertes que ellos mismos; superan al sol y a la luna en el discurso; digámonos a nosotros mismos: ¡cuán admirable es la sabiduría de Dios, que hizo a los hombres tan sabios! Cuando consideramos la fuerza de las ballenas y los elefantes, la tempestad de los vientos, y el terror del trueno, nos decimos a nosotros mismos: ¡cuán fuerte, cuán poderoso, cuán terrible es ese Dios, que hace cosas tan poderosas y temibles! Cuando probamos cosas que son delicadamente dulces, digámonos a nosotros mismos: ¡cuán dulce es ese Dios de quien todas estas criaturas han recibido su dulzura!

Cuando contemplemos los admirables colores de las flores y de los pájaros, y toda la encantadora belleza de la naturaleza, digamos: ¡cuán hermoso es ese Dios, que los hizo tan hermosos!

Si, pues, nuestro amoroso Dios nos ha provisto de tantas delicias excelentes en nuestro pasaje por este valle de lágrimas, ¡qué serán esos placeres que Él nos ha preparado para cuando hagamos nuestra entrada al palacio del gozo de nuestro Señor! ¡Cuán embelesadas estarán nuestras almas por el amor de un Dios tan amoroso! ¡Cuán glorioso es el objeto de los santos celestiales — cuán afable será ver a nuestro Salvador tan lleno de gracia!

3. De los privilegios que los escogidos disfrutarán en el cielo.

A causa de esta comunión con Dios, los escogidos en el cielo tendrán cuatro privilegios de excelencia suprema:

i. Tendrán el reino de los cielos como herencia (Mateo 25:1 Pedro 1:4), y serán ciudadanos libres pertenecientes a la Jerusalén celestial (Efesios 2:19; Hebreos 12:22).

Pablo, siendo un ciudadano libre de Roma (Hechos 21:26), escapó habiendo sido azotado; mas los que algún día serán ciudadanos de la Jerusalén celestial, serán libertados de los azotes de los tormentos eternos, pues esta libertad ha sido comprada para nosotros, no con una gran suma de dinero (Hechos 22:28) — sino con la preciosa sangre del Hijo de Dios (1 Pedro 1:18).

ii. Todos serán reyes y sacerdotes (Apocalipsis 5:10; 1 Pedro 2:9; Romanos 16:10) — reyes espirituales que reinarán con Cristo, y triunfarán sobre Satanás y el mundo; y sacerdotes espirituales, que ofrendarán a Dios el sacrificio espiritual de alabanza y acciones de gracias por la eternidad (1 Pedro 2:5; Hebreos 13:15). Y además, se dice que llevarán coronas y vestiduras. ¡Oh, qué gran consolación es esto para los padres que tienen muchos hijos! Si los crían en el temor de Dios para que sean verdaderos cristianos, entonces serán padres de muchos reyes y sacerdotes.

iii. Sus cuerpos brillarán al igual que el resplandor del sol en los cielos, como el glorioso cuerpo de Cristo (Mt. 13:43), el cual resplandeció más que el sol del mediodía cuando se le apareció a Pablo (Filipenses 3:21; Hechos 12:6). Un destello de ese brillo glorioso apareció en los cuerpos de Moisés y Elías, transfigurados con nuestro Señor en el Monte Santo (Lucas 9:30; Marcos 9:5). Por tanto, dice el apóstol, resucitaré con un cuerpo glorioso; sí, un cuerpo espiritual, no en sustancia — sino en calidad (1Corintios 15:43-44) — preservado por medios espirituales, y teniendo (al igual que un ángel) la agilidad para ascender o descender. ¡Oh, qué honor será, que nuestros cuerpos (que siendo más viles que la carroña) resucitarán en gloria, en semejanza del cuerpo del Hijo de Dios! (1 Tesalonicenses 4:1)

iv. Por último, allí, (junto con todos los santos ángeles) guardarán, sin labor alguna que les distraiga, un reposo perpetuo para la gloria, honor y alabanza de Dios, por crear, redimir y santificar la Iglesia; y por Su poder, sabiduría, justicia, misericordia y bondad en el gobierno del cielo y de la tierra.

Cuando oigas un dulce concierto de música, medita en cuán feliz serás cuando, junto al coro de los ángeles y santos celestiales, cantarás tu parte en ese Aleluya espiritual, en ese reposo eterno y bendito, donde habrá tal variedad de delicias y plenitud de gozo — pues no conocerás el cansancio al hacerlo, ni habrá fin de los deleites.

4. Los efectos de los privilegios que los escogidos disfrutarán en el cielo.

De estos privilegios se desprenderán cinco efectos notables que los escogidos disfrutarán en el cielo—

i. Conocerán a Dios con un conocimiento perfecto (1Corintios 1:10),

muchísimo más de lo que a las criaturas les es posible comprender al Creador. Pues veremos a la Palabra, al Creador; y en la Palabra, a todas las criaturas que fueron creadas por medio de ella. Las criaturas más excelentes de esta vida no son más que un velo oscuro (1 Corintios 23:12; 2 Corintios 3:16) entre Dios y nosotros; pero cuando este velo nos sea quitado, entonces veremos a Dios cara a cara, y le conoceremos como somos conocidos. Conoceremos el poder del Padre, la sabiduría del Hijo, la gracia del Espíritu Santo y la naturaleza indivisible de la bendita Trinidad. Y en Él podremos conocer, no solo a nuestros amigos que murieron en la fe de Cristo —sino también a todos los fieles que alguna vez vivieron, o vivirán. Porque,

(a.) Cristo les dice a los judíos que verán a Abraham, Isaac y a Jacob, y a todos los profetas, en el reino de Dios (Lucas 13:28); por tanto, nosotros también los conoceremos,

(b.) Adán en su inocencia conoció a Eva como hueso de sus huesos, y carne de su carne (Génesis 2:23), tan pronto como despertó; entonces, con más razón, conoceremos a nuestros semejantes, cuando despertemos perfeccionados y glorificados en la resurrección.

(c.) Los apóstoles conocieron a Cristo después de Su resurrección, al igual que los santos que resucitaron con Él, y aparecieron en la Santa Ciudad (Mateo 27:53).

(d.) Pedro, Santiago y Juan conocieron a Moisés y a Elías en la transfiguración (Mateo 17:4); ¿cuánto más nos conoceremos unos a otros cuando todos seamos glorificados?

(e.) El Hades conoció a Lázaro en el seno de Abraham (Lucas 16:23); más de lo que los escogidos se conocerán unos a otros en el cielo.

(f.) Cristo dice que los doce apóstoles se sentarán sobre doce tronos (Mateo 19:28), para juzgar (en aquel día) a las doce tribus (1 Corintios 6:2-3); por tanto, serán conocidos al igual que el resto de los santos.

(g.) Pablo dice que, en aquel día, conoceremos como somos conocidos por Dios (1 Corintios 13:11); y tal como lo hace Agustín al consolar a una viuda, asegurándole que, así como en esta vida ella veía a su marido con ojos externos, del mismo modo en la vida venidera, ella conocerá el corazón de él, lo que había en sus pensamientos y en su imaginación. Así que, maridos y esposas, tengan cuidado con sus acciones y pensamientos; pues un día, todo será manifiesto (Ver 1 Corintios 4:5).

(h.) Se dice que los fieles del Antiguo Testamento se reunirán con sus padres (Génesis 25:35; 2 Reyes 22); por consiguiente, el conocimiento de nuestros amigos permanecerá.

(i.) El amor nunca deja de ser (1 Corintios 13:8); por tanto, el conocimiento, la misma tierra, permanece en la otra vida.

(j.) Puesto que el día final será una declaración del justo juicio de Dios, cuando Él recompensará a cada hombre conforme a sus obras (Romanos 2:5; Apocalipsis 22:12; Eclesiastés 12:14; Romanos 2:16); y si las obras de cada hombre serán traídas a la luz, mucho más lo será el hacedor de tales obras. Y si los impíos darán cuenta de cada palabra ociosa (Mateo 12:36), mucho más serán conocidos los que pronuncian tales palabras. Y si tales personas no serán conocidas, en vano serán las palabras manifiestas. "Para que", dice el apóstol, "cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo" (2 Corintios 5:10).

Aunque el respeto por las diversidades de grados y llamados en magistratura, ministerio y

negocios se acabará; sí, Cristo cesará de gobernar, pues Él es Mediador (1 Corintios 15:14,28), y gobernará después de todo, ya que Él es Dios al igual que el Padre y el Espíritu Santo.

El mayor conocimiento que los hombres pueden alcanzar de Él en la vida (1 Corintios 13:11) es muchísimo más escaso que el conocimiento que tendremos en el cielo; pues, así como el conocimiento de un niño que no puede hablar claramente, tal es el conocimiento del filósofo más grande de este mundo.

Porque toda la luz por la cual conocemos cualquier cosa de este mundo no es más que la misma sombra de Dios; pero cuando conozcamos a Dios en el cielo, en Él conoceremos la obra de la creación, los misterios de la obra de nuestra redención; sí, será demasiado el conocimiento que ninguna criatura puede concebir y comprender del Creador y de Sus obras. Mas, mientras estemos en esta vida, podemos decir como Job: "¡Y cuán leve es el susurro que hemos oído de él!" Job 26:14.

ii. Podrán amar a Dios con un amor tan perfecto y absoluto como jamás ha podido hacerlo criatura alguna. La forma en que hemos de amar a Dios es la de amarlo por quien es Él (1 Corintios 13:12); la medida de amarlo es amarlo sin medida. Porque en esta vida, conocemos a Dios en parte y le amamos en parte; pero cuando los escogidos en el cielo conozcan plenamente a Dios, entonces podrán amarle perfectamente – y gracias a las infinitas causas del amor, por las que sabrán que están en Él, estarán infinitamente embelesados por el amor de Dios.

iii. Estarán rebosantes de las delicias divinas. "A tu diestra", dice David, "hay delicias para siempre" (Salmos 16:11); "Sí, beberán", dice él, "del torrente de Sus delicias" (Salmos 36:8). Porque tan pronto como el alma es admitida en el cumplimiento real de la esencia beatífica de Dios, tiene toda la bondad, la hermosura, la gloria y la perfección de todas las criaturas de todos los mundos juntos, apenas se presente a la vista de Dios. Si existe el deleite en la belleza, la mayor hermosura no es más que una sombra oscura comparada a ella. Aquel que se deleite en las delicias hallará una infinita variedad de ellas, sin interrupción alguna de tristezas ni distracción por causa del dolor.

El que ama la honra allí la disfrutará, sin la desgracia de la envidia que carcome. El que ama los tesoros allí los poseerá y jamás será engañado por ellos. Allí tendrán el conocimiento desprovisto de toda ignorancia, la salud que las enfermedades no podrán dañar, y la vida que la muerte no podrá terminar. ¡Cuán dichosos seremos, pues, cuando nuestra vida sea cambiada y seamos trasladados allí!

iv. Serán llenos de un gozo indecible. "En tu presencia", dice David, "hay plenitud de gozo". (Salmos 16:11) Y este gozo surgirá principalmente de la visión de Dios, y en parte de la visión de todos los santos ángeles, y las benditas almas de los hombres justos y perfectos, que están en dicha y gloria con ellos; pero especialmente de la visión beatífica de Jesús, el Mediador del nuevo pacto, nuestro Emanuel, Dios hecho hombre. La visión de Jesús será la causa principal de nuestra bienaventuranza y de nuestro gozo. Si los israelitas en Jerusalén gritaron con tal júbilo que la tierra volvió a girar, al ver coronado a Salomón, ¡cuánto más se regocijarán los escogidos en el cielo, al ver a Cristo, el verdadero Salomón, adornado en gloria!

Si Juan el Bautista, en Su presencia, saltó de júbilo en el vientre de su madre, ¡cuánto nos regocijaremos nosotros cuando estemos con Él en el cielo! Si los reyes sabios se regocijaron grandemente al verle cuando era un bebé, acostado en un pesebre, ¡cuán grande será el gozo de

los escogidos al verlo sentado como Rey en Su trono celestial! Si Simeón se alegró al verlo cuando era un niño en el templo, presentado en las manos del sacerdote, ¡cuánto mayor será nuestro gozo al verlo como Rey, gobernando sobre todas las cosas, a la diestra de Su Padre! Si José y María estaban tan gozosos de encontrarle en medio de los doctores en el templo, ¡cuánto más se alegrarán nuestras almas al verlo sentado como Señor entre los ángeles en el cielo! Ese es el gozo de nuestro Señor que, como dice el apóstol: "Ningún ojo ha visto, ningún oído ha escuchado, ninguna mente humana ha concebido". (1 Corintios 2:9 NVI; Mateo 25:21); el cual, pues, no puede entrar en nosotros, sino que nosotros hemos de entrar en él.

v. Por último, DISFRUTARÁN DE ESE ESTADO BIENAVENTURADO Y GLORIOSO POR LA ETERNIDAD— a esto se llama la vida eterna (Juan 17:3). Y Cristo dice, que ningún hombre puede quitarnos ese gozo. Todas las demás dichas, tan grandes como hayan sido, alguna vez acabarán. Las fiestas de Asuero duraron ciento ochenta días (Ester 1:3)— sin embargo, esos banquetes y todas sus alegrías ya no están. Pues para que el hombre mortal sea admitido en la Gloria celestial, para que sea asociado con los ángeles, para que sea saciado con todos los deleites y los goces —aunque por un tiempo sean muchos— mas para disfrutarlos eternamente, sin treguas ni final, ¿quién podrá oírlo sin admirarse? Todos los santos de Cristo, tan pronto como gustaron el sabor verdadero de estos goces eternos, contaron todas sus riquezas y placeres de esta vida como pérdida y basura, en comparación con ellos (Filipenses 3:8). Y por tanto, con oraciones incesantes, ayunos, limosnas, lágrimas, fe y una vida santa, se esforzaron para cerciorarse de tener esta vida eterna; y por amor de ella, estuvieron dispuestos a vender y separarse de todos sus bienes y posesiones terrenales (Hechos 2:45).

Cristo llama a los cristianos mercaderes (Lucas 14), y a la vida eterna, perla preciosa, la cual un mercader sabio compró, aunque le costó todo lo que tenía (Mateo 13). Alejandro, al oír el informe de las grandes riquezas en el país oriental, dividió inmediatamente su reino de Macedonia entre sus capitanes y soldados. Cuando Hefestión le preguntó qué significaba todo aquello, Alejandro le respondió que él prefería todas las riquezas de India (donde esperaba gobernar pronto) antes que su padre Felipe le dejara todo en Macedonia. ¿No deberían los cristianos, entonces, preferir las riquezas eternas del cielo, tan grandemente renombradas (que disfrutarán pronto), antes que las cosas corruptibles de este mundo, que duran solamente un momento?

Abraham y Sara dejaron su propia tierra y posesiones para buscar una ciudad cuyo constructor y arquitecto es Dios (Hebreos 11:10,15,16); por lo tanto, no compraron tierras, sino un lugar de entierro. David prefería un día con Dios más que mil años en otro lugar; sí, prefería estar a la puerta de la casa de su Dios, que habitar en las moradas de maldad (Salmos 84:10). Elías suplicaba fervorosamente al Señor que recibiera su alma en Su reino (1 Reyes 19:4), y se fue hasta allí, de buena gana, aunque en una carroza de fuego (2 Reyes 2:11). Pablo, habiendo visto el cielo, deseaba continuamente ser desaparecido, de modo que pudiera estar con Cristo (Filipenses 1:23). Pedro, habiendo avistado un atisbo de esa Gloria eterna en el Monte, deseaba que pudiera morar allí todos los días de su vida, diciendo: "Maestro, bueno es que estemos aquí". (Mateo 17:4). ¡Cuánto mejor será ahora para Pedro que ya está en el mismo cielo! Cristo, un poco antes de Su muerte, oró a Su Padre que lo reciba en esa gloria excelente (Juan 17:5). El apóstol atestigua que: "por el gozo puesto delante de él, sufrió la cruz, menospreciando el oprobio". (Hebreos 12:2).

Si alguna vez un hombre conociera los goces eternos (si tal cosa fuera posible), él soportaría

morir cien muertes con tal de disfrutar esa felicidad, aunque fuera un día. Agustín dijo que él se contentaría con soportar los tormentos del infierno con tal de obtener esa dicha, en vez de perderla. Ignacio, el discípulo de Pablo, siendo amenazado mientras iba a sufrir la crueldad de los tormentos, respondió con una gran valentía de la fe: "Fuego y cruz, manadas de fieras, quebrantamientos de huesos, descoyuntamiento de miembros, trituramiento del cuerpo, atroces torturas del diablo vengan sobre mí con tal de alcanzar a Jesucristo y Su reino". Una constancia semejante mostró Policarpo, quien no podía, por ninguno de los terrores de la muerte, ni siquiera mínimamente, ser movido a negar a Cristo.

Con una resolución semejante Basilio respondió a sus perseguidores, cuando éstos le atemorizaban con la muerte: "Jamás", decía él, "temeré a la muerte, que no puede hacerme más que restaurarme a Aquel que me hizo". Si Rut dejó su patria y siguió a Noemí, su suegra, para ir a vivir con ella en la tierra de Canaán (que era un tipo del cielo), solamente por la fama que oyó del Dios de Israel (aunque ella no tuviera la promesa de obtener porción alguna de esa tierra), ¿cómo no seguir a Cristo hacia la Canaán celestial, donde Dios ha concedido una herencia eterna, garantizada por un santo pacto hecho en la Palabra de Dios, firmado con la sangre de Su Hijo, y sellado por Su Espíritu y los sacramentos! Esa será tu felicidad eterna en el reino de los cielos, donde tu vida será una comunión con la bendita Trinidad; tu gozo, la presencia del Cordero; tu tarea, el canto; tu canción, alabanza; tus compañeros, los santos y los ángeles — donde la juventud florece — y jamás envejece; donde la belleza perdura — y jamás se marchita; donde el amor abunda — y jamás se enfría; donde la salud permanece — y jamás se desvanece; y la vida continúa — ¡y jamás se acaba!

Meditaciones que instruyen al cristiano sobre cómo aplicarse sin demora, basado en el conocimiento anterior de Dios y de sí mismo.

¡Ves, pues, oh hombre, cuán miserable y maldita es tu condición a causa de la corrupción de la naturaleza sin Cristo! De modo tal que las Escrituras comparan a los hombres malvados con leones, osos, toros, caballos, perros y semejantes criaturas salvajes en sus vidas — es verdad que la condición de un hombre no regenerado en su muerte es más vil que la de un perro, o la de la criatura más asquerosa de este mundo. Pues a la bestia, habiendo sido hecha para el uso del hombre, se le acaban todas sus miserias con su muerte; mas en cuanto al hombre, investido con la razón y un alma inmortal, hecho a la imagen de Dios para servirle, cuando su vida se acaba junto con las miserias de esta vida, deberá dar cuenta de todos sus delitos y comenzará a padecer tales miserias que jamás tendrán fin.

Ninguna criatura, excepto el hombre, es responsable de dar un recuento de su vida a su muerte. A las criaturas salvajes, al no tener razonamiento, no se les exigirá que hagan recuento alguno de sus actos — y a los ángeles buenos, aunque sí tienen razonamiento, tampoco se les pedirá cuentas, pues ellos no tienen pecado. Pero en cuanto a los ángeles malvados, no tienen esperanza alguna, pues ya han sido condenados; por tanto, no es necesario que rindan cuentas. El hombre, a su muerte, es el único que deberá rendir cuentas a Dios por su vida.

Por otro lado, ves, oh hombre, cuán dichosa y bienaventurada es tu condición, al ser verdaderamente reconciliado con Dios en Cristo; en que, por medio de la restauración de la imagen de Dios y tu restitución a tu soberanía sobre las demás criaturas, eres en esta vida un poco inferior a los ángeles, y serás en la vida venidera igual a ellos — sí, con respecto a tu naturaleza, exaltado por una unión personal con el Hijo de Dios, y con Él a la gloria de la Trinidad, superior a los ángeles, un compañero y hermano con ellos en la gracia espiritual y en

gloria eterna.

Has visto cuán glorioso y perfecto es Dios, y que toda tu dicha y bienaventuranza consiste en tener una comunión eterna con Él.

¡Por tanto ahora, oh pecador impenitente! Por los afectos de Cristo Jesús te ruego, más bien, te imploro, que, si deseas tu salvación, que consideres seriamente conmigo, ¡cuán falsas, cuán vanas, cuán viles son esas cosas que aún te retienen y te encadenan en tu miserable y maldita condición en que vives, y que te impiden recibir el favor de Dios y la esperanza de la vida y la felicidad eternas!

Capítulo III

Meditaciones para los enfermos.

Si tu enfermedad continúa, usa con frecuencia y para tu consuelo estas pocas meditaciones, extraídas de las razones por las cuales Dios envía aflicciones a Sus hijos. He aquí diez de ellas.

1. Por medio de las aflicciones, Dios no solo corrige nuestros pecados pasados, sino que, además, obra en nosotros para que tengamos una repugnancia más profunda por nuestras corrupciones naturales, y de este modo, evita que caigamos en otros muchos pecados que de otro modo cometeríamos. Así como un buen padre que permite que su pequeñuelo se quemara el dedo en una vela, para que de ese modo aprenda a tener cuidado de caer en una llama más grande: el hijo de Dios puede decir como David: "Bueno es para mí haber sido humillado, para que aprenda tus estatutos; porque antes de haber sido afligido, errado andaba; pero ahora guardo tu Palabra". Y, como dijo Pablo (1 Corintios 11:32): "Somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo". Con una sola cruz, Dios hace dos curaciones – el castigo por nuestros pecados pasados y la prevención de los pecados futuros.

Porque, aunque el castigo eterno del pecado procede de la justicia, éste es perdonado completamente en el sacrificio de Cristo; sin embargo, no estamos exentos del castigo temporal del pecado, si no nos juzgamos seriamente a nosotros mismos; **pues esto procede del amor de Dios para nuestro bien.** Esta es la razón por la que Natán le dijo a David de parte del Señor, que sus pecados le habían sido perdonados, pero que la espada del castigo no se apartaría de su casa, y que, con seguridad, su hijo moriría.

Porque Dios, como un médico experto, viendo que el alma es envenenada por el asentamiento del pecado, y sabiendo que el dominio de la carne da como resultado la ruina del Espíritu, ministra la píldora de la aflicción, por medio de la cual los restos del pecado son purgados y el alma queda completamente sana; la carne es sometida y el espíritu, santificado. ¡Oh, la odiosidad del pecado, que provoca que Dios castigue con tanta severidad a Sus hijos, a quienes ama profundamente!

2. Dios envía las aflicciones para sellar en nosotros la adopción, porque "el Señor al que ama, disciplina, Y azota a todo el que recibe por hijo. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos" (Hebreos 12:6-8). Sí, cabe destacar que, si Dios ve el pecado y no azota, eso significa que aborrece y no ama; por eso se dice que permitió que los malvados hijos de Elí continuaran en sus pecados sin ser corregidos, "porque el Señor los iba a matar". Por otra parte, no existe señal más segura del amor y del cuidado paternal de Dios que el ser corregidos por medio de la cruz, según la frecuencia con que cometemos un delito pecaminoso. La aflicción, por lo tanto, es un sello de nuestra adopción y no una señal de reprobación; pues el grano más puro se limpia siendo zarandeado, el oro más fino es probado con más frecuencia, sobre la uva más dulce se ejerce una mayor presión y el verdadero cristiano carga cruces más pesadas.

3. Dios envía las aflicciones para quitar de nuestros corazones nuestro abundante amor por el mundo y por sus vanidades mundanas, y para hacer que deseemos seriamente y anhelemos la vida eterna. Si los hijos de Israel no hubieran sido disuadidos por los maltratos en Egipto,

jamás habrían estado tan dispuestos a irse a Canaán; por tanto, si no hubiera sido por las cruces y las aflicciones de esta vida, los hijos de Dios no anhelarían tan fervientemente ni desearían voluntariamente el reino de los cielos.

Pues vemos a muchos epicúreos que estarían contentos de renunciar al cielo, con tal de que aún pudiesen disfrutar de los placeres terrenales; y, ya que jamás han probado los goces de algo mejor, ¿cómo no habrían de ser reacios a abandonar esta vida?, pese a que el apóstol, quien vio la gloria del cielo, nos dice que no hay más comparación entre los goces de la vida eterna y los placeres de este mundo, de la que existe entre el estiércol más repugnante y la comida más apetitosa; o entre el muladar más fétido y el perfume de la alcoba más hermosa (2 Corintios 12:4; Filipenses 3:8.)

A veces, Dios mezcla las aflicciones con los placeres y la prosperidad de esta vida, para que los hijos de esta generación no se olviden de Dios, y no caigan atrapados en el amor excesivo por este presente mundo malo; y no se vuelvan orgullosos por sus riquezas; ni insolentes por la fama; ni licenciosos por la libertad; y rechacen al Señor al engordar y cubrirse de grasa (Deuteronomio 32:15.)

4. Por medio de la enfermedad y la aflicción, Dios ejercita a Sus hijos y a las gracias que Él les otorga. Él refina y prueba la fe de ellos, así como el orfebre lo hace con el oro en el horno –a fin de que tenga un brillo más reluciente y resplandeciente (1 Pedro 1:7); Él nos aviva para que oremos con más diligencia y mayor celo, y prueba la paciencia que hemos adquirido durante nuestro tiempo en Su escuela de la aflicción. En nuestras experiencias semejantes, Él cultiva la esperanza, el amor y el resto de nuestras virtudes cristianas, las cuales, sin esta prueba, quedarían oxidadas como el hierro o se echarían a perder como las aguas estancadas que no tienen corrientes, o que no fue vaciada de vasija en vasija, y quedó su sabor en él, y su olor no se ha cambiado (Jeremías 48:11). Y si el hombre, en cambio, aún conserva el hedor de su naturaleza corrompida para condenación, ¿quién no desearía ser cambiado de un estado a otro, por medio de cruces y enfermedades para salvación? Pues, así como la manzanilla, al ser pisoteada crece mejor y desprende un aroma más fragante, y así como el pescado que vive en las aguas más saladas sabe más dulce, para Cristo son más preciosas aquellas almas que están más ejercitadas y afligidas por medio de las cruces.

5. Dios envía las aflicciones para demostrar al mundo la veracidad del amor y el servicio de Sus hijos. Todo hipócrita sirve a Dios cuando Él lo prospera y le bendice. El diablo acusó falsamente a Job, quien no dejó de amar y servir a Dios en la adversidad, cuando Éste parecía estar airado y disgustado con él.

Sí, y se aferra a Dios más indisolublemente, cuando parece tener el ceño más fruncido, la desgracia de rechazar a un hombre y de quitarle Su favor; sí, cuando parece herir y matar como un enemigo; y con todo, puede decir como Job: "Aunque me mates, Señor, aún pondré mi confianza en Ti". El amor y el servicio a Dios, y la confianza en Su misericordia en el tiempo de la corrección y la miseria, es la nota más veraz de un hijo y siervo sincero del Señor.

6. La aflicción santificada es una ayuda singular para profundizar nuestra verdadera conversión, y de impulsarnos a venir mediante el arrepentimiento hacia nuestro Padre celestial. "En sus aflicciones", dice el Señor, "me buscarán diligentemente". (Oseas 5:15.) Las cargas de Egipto hicieron que Israel clamara a Dios (Éxodo 3:7.) Los problemas de David lo

hicieron orar (Salmos 86:7). La enfermedad de Ezequías lo hizo llorar (Isaías 38:2-3); y la miseria hizo que el hijo pródigo volviera y rogara la gracia y la misericordia de su padre.

Sí, leemos de muchos en los evangelios que, por medio de las enfermedades y las aflicciones, fueron impulsados a venir a Cristo, aquellos que, si hubieran tenido salud y prosperidad como los demás, habrían desatendido o menospreciado al Salvador, a quien jamás habrían acudido en busca de su salud y gracia salvadoras.

Pues, así como el arca de Noé, que cuanto más alta era arrojada por la inundación, más cerca se encontraba del cielo, así el alma santificada, cuanto más se ejercita por medio de la aflicción, más alta se eleva a Dios. ¡Oh, bendita sea esa cruz, que hace que un pecador venga de rodillas a Cristo de todo corazón, para confesar su propia miseria, y para implorar Su infinita misericordia! ¡Oh, bendito y más bendito sea este Cristo, que jamás rechaza al pecador que se acerca a Él, aunque sea impulsado por los tiempos de aflicción y miseria!

7. La aflicción desarrolla en nosotros el dolor y la compasión por nuestros hermanos que se hallan en angustia y miseria, a través de los cuales aprendemos a tener un sentimiento de comprensión de sus calamidades, y a condolernos de la condición de ellos, como si nosotros también estuviésemos sufriendo (Hebreos 13:3). Y por esta causa, Cristo sufrió y fue tentado en todo como nosotros (sólo que no hubo pecado en Él) para que pudiera ser un sumo Sacerdote misericordioso, conmovido por el sentimiento de nuestras debilidades (Hebreos 4:15; Hebreos 2:18; Hebreos 5:8-9). Nadie puede llorar de todo corazón por la miseria del otro, si el tal no ha padecido la misma aflicción. Por tanto, un pecador en miseria puede acudir confiadamente a Cristo.

8. Dios usa nuestras enfermedades y aflicciones como medios y ejemplos para manifestarles a los demás la fe y las virtudes que Él nos ha concedido, así como para fortalecer a los que no han recibido esa gran medida de fe como la nuestra; porque no puede haber un mayor estímulo para un cristiano débil que contemplar a un verdadero cristiano en medio de una enfermedad extrema en su cuerpo, soportada con gran paciencia y consuelo en su alma. La partida reconfortante y bendita de tal hombre lo protege contra el temor de la muerte y le asegura que la esperanza del piadoso es muchísimo más preciosa de lo que carne y sangre pueden comprender, de lo que nuestros ojos mortales pueden contemplar en este valle de miserias. Si no hubiésemos visto a muchos de los que sabemos que indudablemente son hijos de Dios soportar semejantes aflicciones y calamidades antes que nosotros, la grandeza de las miserias y las cruces que soportamos con frecuencia nos haría dudar si somos hijos de Dios o no. Con este propósito, Santiago dice: "Dios hizo de Job y de los profetas un ejemplo de sufrimiento, adversidad y longanimidad".

9. Por medio de las aflicciones, Dios nos conforma a la imagen de Cristo, Su Hijo (Romanos 8:29; 1 Pedro 4:14), quien, siendo el capitán de nuestra salvación, fue perfeccionado por las aflicciones (Hebreos 2:10). Por tanto, primero tuvo que cargar la cruz en vergüenza, antes de ser coronado en gloria (Hebreos 2:7); tuvo que tomar la hiel (Mateo 27:34), antes de probar la miel (Lucas 24:42); fue ridiculizado por los soldados como el rey de los judíos en la sala del sumo sacerdote, antes de ser aclamado por los ángeles como el Rey de gloria en la Corte de Su Padre (Salmos 24:7).

Cuanto más viva sea la imagen del Hijo natural que el Padre Celestial vea manifestarse en

nosotros, mucho más nos amará; cuando durante un tiempo hemos transmitido Su semejanza en los sufrimientos, hemos peleado (2 Timoteo 4:7-8) y hemos vencido (Apocalipsis 3:21), seremos coronados por Cristo; y con Él, nos sentaremos en Su trono; y de Cristo, recibiremos la preciosa piedra blanca y la estrella de la mañana (Apocalipsis 2:17), que nos hará brillar como Cristo para siempre en Su gloria (Filipenses 3:21).

10. Por último, para que el piadoso sea humillado con respecto a su propia condición y miseria; y Dios sea glorificado al librarlo de sus dificultades y aflicciones, al ser invocado para obtener Su auxilio y apoyo. Pues, aunque no haya hombre alguno que sea tan puro, y si el Señor le marca estrictamente sus iniquidades, Él encontrará en el tal hombre la causa para castigarle por su pecado; y sin embargo, el Señor en Su misericordia y al tratarse de Sus hijos, no siempre respeta sus pecados cuando están en aflicción, pero a veces coloca aflicciones y cruces sobre ellos para Su gloria.

Asimismo, nuestro Salvador Cristo les dijo a Sus discípulos que el hombre no había nacido ciego por su propio pecado ni por el de sus padres, sino que la obra de Dios debía manifestarse en él. Del mismo modo, les dijo que la enfermedad de Lázaro no era para muerte, sino para la gloria de Dios.

¡Oh, la bondad inefable de Dios, que hace de esas aflicciones que son la vergüenza y el castigo por causa de nuestros pecados, el tema de Su honra y gloria! Estos son los fines benditos y provechosos por los cuales Dios envía las enfermedades y las aflicciones sobre Sus hijos; a través de las aflicciones, Dios claramente está mostrando que no son señales de aborrecimiento por nosotros ni de nuestra reprobación, sino que son muestras y pruebas de Su amor paternal por Sus hijos amados, y por tanto, los castiga en esta vida, en la que por medio del arrepentimiento, aún existe la esperanza del perdón; de este modo, evitará el castigo que habrá en aquella vida donde no habrá esperanza alguna del perdón, ni final para tal castigo.

Por este motivo, los cristianos de la iglesia primitiva estaban acostumbrados a agradecerle grandemente a Dios por afligirles en esta vida. Por eso, los apóstoles se regocijaban por ser tenidos por dignos de padecer por el nombre de Cristo (Hechos 5:41). Los cristianos hebreos sufrían con gozo la confiscación de sus bienes, sabiendo que en los cielos tenían una herencia mejor y perdurable (Hebreos 10:34.)

Y en cuanto a estos santos fines, dice el apóstol: "Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados". (Hebreos 2:11). Por tanto, ora de todo corazón para que Dios, quien te ha enviado esa enfermedad, le plazca manifestarse a ti en tu enfermedad para enseñarte a hacer uso de ella con fines santificadores, pues por esa misma razón te la ha infligido.

Capítulo IV

Consuelos contra la impaciencia en la enfermedad.

Si has sido llevado a la impaciencia a causa del dolor extremo en tu enfermedad, medita:

1. Que tus pecados han merecido los Dolores del infierno; por tanto, puedes soportar con mayor paciencia estas correcciones paternas.

2. Que estos son los azotes de tu Padre Celestial, y la vara está en Su mano. Si siendo un hijo has sufrido en reverencia las correcciones de tus padres terrenales, ¡con mayor razón has de sujetarte ahora que eres un hijo de Dios al castigo de tu Padre Celestial, sabiendo que es para tu bien eterno!

3. Que Cristo sufrió en Su cuerpo y alma un castigo mucho más doloroso por ti; por tanto, debes estar más dispuesto a sufrir por su bendito beneplácito por tu propio bien (Isaías 53:4). Porque, dice Pedro, "Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas" (1 Pedro 2:21). Además, dice Pablo, "corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz", etc. (Hebreos 12:1-2.)

4. Que estas aflicciones que hoy sufres no son otras que las que "se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo", como lo atestigua Pedro (1 Pedro 5:9). Sí, las aflicciones de Job fueron mucho más dolorosas. Todos los santos que ahora están en reposo en los goces celestiales han padecido tanto como tú antes de entrar allí; sí, muchos de ellos padecieron voluntariamente todos los tormentos que los tiranos podían imponerles, con tal de disfrutar esos goces celestiales a los que ahora has sido llamado.

Tienes la promesa de que, "Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, Él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca" (1 Pedro 5:10).

5. Que Dios ha determinado el momento en que tu aflicción acabará, así como ha determinado el momento en que comenzó. Treinta y ocho años fueron señalados para el paralítico del estanque de Bethesda (Juan 5:5). Doce años para la mujer que sufría de flujo de sangre (Mateo 9:20). Tres meses para Moisés (Éxodo 2:2). Diez días de tribulación para el ángel de la iglesia en Esmirna (Apocalipsis 2:10). Una plaga de tres días para David (2 Samuel 24:13).

Sí, aún las lágrimas del hombre piadoso están registradas en el libro de Dios –y la cantidad de ellas está guardada en Su redoma (recipiente donde se conservaba el aceite de unción usado por los sacerdotes) (Salmos 56:8).

El tiempo de nuestra dificultad, dice Cristo, es apenas un poco (Juan 16:16). El enojo de Dios dura sólo un momento, dice David (Salmos 30). Un poco de tiempo, dice el Señor (Apocalipsis 6:11); y por tanto, llama a todo el tiempo de nuestra aflicción, la hora de la tristeza (Juan 16:21). Debido a la rapidez con que transcurren, David compara nuestras dificultades presentes con un arroyo (Salmos 110:7) y Atanasio con un chaparrón.

Compara la miseria más larga que soporta un hombre en esta vida con los goces celestiales en la eternidad, ¡y serán como nada!

"Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse" (Romanos 8:18). Así como el hecho de que un hijo ha nacido sano y salvo le hace olvidar a su madre de todos sus grandes dolores (Juan 16:21), el hecho de ver a Cristo en el cielo, quien ha nacido para ti, hará que te olvides de los dolores de la muerte, como si jamás hubieran sucedido. Al igual que Esteban, que tan pronto como vio a Cristo, se olvidó de sus propias heridas, de los horrores de la tumba y del terror de las piedras; y dulcemente, rindió su alma en las manos de su Salvador (Hechos 7). Olvida tus dolores, piensa en las heridas de Cristo. Sé fiel hasta la muerte, y Él te dará la corona de la vida eterna (Apocalipsis 2:10).

6. Que ahora eres llamado a la reincidencia en la escuela de la aflicción de Cristo, a fin de ver cuánta fe, paciencia y piedad has aprendido en todo este tiempo; y si puedes, al igual que Job, recibir de mano de Dios una pequeña cantidad de mal, así como hasta ahora has recibido una gran cantidad de bien (Job 2:10), así como siempre has orado, "Hágase Tu voluntad", no te ofendas si Él procede según Su santa voluntad.

7. Que "todas las cosas obran para el bien de los que aman a Dios", de tal modo que "ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, etc., nos podrán separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro". (Romanos 8:28,38-39).

Asegúrate de que cada punzada sea la prevención de los dolores del infierno, cada respiro, una garantía del reposo celestial; entonces, ¿cuántas marcas determinan el valor del cielo?

Puesto que tu vida ha servido de consuelo a los demás, dales un ejemplo cristiano a tus amistades para morir. La muerte no es más que la cruz de Cristo que fue enviada para crucificar el amor por el mundo en ti, de modo que vayas a vivir eternamente con Cristo, quien fue crucificado por ti. Puesto que eres un verdadero cristiano, toma Su santa cruz con ambos brazos, como Simón de Cirene; cárgala y ve en pos de Él. Tu dolor cesará pronto, pero tus goces no acabarán.

Capítulo V

Meditaciones para alguien cuya muerte es probable.

Si tu enfermedad continúa empeorando hasta acercarse a la muerte, medita en estas tres cosas: En primer lugar, con cuánta gracia Dios trata contigo. Segundo, de cuántos males te librá la muerte. Tercero, el bien que la muerte te traerá.

La primera clase de meditaciones sirve para **considerar el trato favorable de Dios para contigo.**

1. Medita en que Dios usa este castigo sobre tu cuerpo como una medicina para curar tu alma; para recibirte a ti, que estás enfermo en tus pecados, para que vengas en arrepentimiento a Cristo, tu Médico, a fin de que tu alma sea sanada (Mateo 9:12.)

2. Que la enfermedad más dolorosa o la pena más profunda que puedas soportar no es nada, comparado con aquellos dolores y penas que Jesucristo, tu Salvador, ha padecido por ti, cuando al sudar esas gotas de sangre, sufrió la ira de Dios (Salmos 88:7; Isaías 53:6), los lazos del infierno (Salmos 18:5), y una muerte maldita que fue por causa de tus pecados (Hebreos 5:7; Gálatas 3:13; Lamentaciones 1:12).

Con justicia, por lo tanto, Él puede usar las palabras de Jeremías: "Mirad, y ved si hay dolor como mi dolor que me ha venido; Porque Jehová me ha angustiado en el día de su ardiente furor".

¿Si el Hijo de Dios ha soportado tanto por tu redención, por qué tú, que eres hombre pecador, no puedes soportar un poco de enfermedad para Su beneplácito, especialmente cuando es para tu bien?

3. Que cuando tu enfermedad o dolencia es extrema, aún es mucho menor y más liviana de lo que tus pecados merecen.

Deja que tu propia conciencia juzgue, si acaso no merecías algo peor de lo que sufres ahora. Por tanto, no murmures y considera tus muchos pecados gravosos; agradece a Dios que no estás plagado de castigos mucho más dolorosos. Piensa cuán voluntariamente el condenado al infierno soportaría tus dolores extremos por miles de años, con tal de tener la esperanza de ser salvo, y después de muchos años, ser aliviado de sus tormentos eternos. Viendo que es por Su misericordia que eres corregido y no consumido (Lamentaciones 3:22), ¿cómo no puedes sobrellevar pacientemente Su corrección temporal, al ver que el fin es el de salvarte de la condenación eterna (1 Corintios 11:32.)

4. Que en este caso, nada te sucede, que no les haya ocurrido comúnmente a tus demás hermanos, que fueron indudablemente los amados siervos de Dios cuando vivieron en la tierra (Hebreos 11), y que ahora son los más bienaventurados y gloriosos santos con Cristo en el cielo, como Job, David, Lázaro, etc. (1 Pedro 5:9).

Ellos se lamentaron por un tiempo, como tú lo haces ahora con una carga semejante; pero ya han sido librados de todas sus miserias, problemas y calamidades. Del mismo modo y antes de que pase mucho tiempo, si esperas pacientemente en la voluntad de Dios, también serás librado de tu enfermedad y del dolor, sea por la restitución de tu salud al igual que Job; o, mucho mejor aún, al ser recibido en el reposo celestial al igual que Lázaro.

5. Por último, que Dios no te ha entregado en manos del enemigo para ser castigado y desacreditado; sino que como es tu Padre amoroso, te corrige con Su propia mano misericordiosa.

Cuando David tuvo el deseo de escoger su propio castigo, prefirió ser corregido por la mano de Dios antes que por cualquier otro medio: "caigamos ahora en mano de Jehová, porque sus misericordias son muchas, mas no caiga yo en manos de hombres". (2 Samuel 24:14.)

¿Quién no tomaría cualquier aflicción en Buena parte si viene de la mano de Dios, de quien sabemos que nada viene de Él que no sea bueno, aunque ninguna aflicción parece ser causa de gozo en el presente? (Hebreos 12:11). Gracias a que David pudo considerar estas cosas, soportó la maldición de Simei con gran paciencia y se corrigió en otra ocasión por su impaciencia (2 Samuel 16:10); " Enmudecí, no abrí mi boca, porque tú lo hiciste". (Salmos 39:9); y Job reprendió el hablar inconsiderado de su esposa: "Como suele hablar cualquiera de las mujeres fatuas, has hablado.

¿Qué? ¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos?" (Job 2:10). A pesar de que la copa de la ira de Dios por nuestros pecados era tan horrorosa para la naturaleza humana de nuestro Salvador, que Él oró de todo corazón que la copa pasara de Él, al considerar que debía hacerlo de la mano y por la voluntad de Su Padre, voluntariamente se sometió a beberla hasta el final (Mateo 26:39,42).

Nada te armará más de paciencia en tu enfermedad que saber que viene de la mano de tu Padre Celestial, quien jamás te enviará algo que no sea necesario y provechoso.

La segunda clase de meditaciones sirve para **considerar los males de los que la muerte te libraré.**

1. Te libraré de un cuerpo corruptible, que fue concebido en la debilidad de la carne y de la mancha del pecado –la prisión viviente de tu alma, un instrumento vivo del pecado. Así, mientras que los árboles y las plantas producen hojas, flores, frutos y dulces fragancias, el cuerpo natural del hombre no produce más que corrupción. Sus afectos son corrompidos (Salmos 14:1) y los pensamientos de su corazón son continuamente el mal (Génesis 6:5).

Por ello, el impío no está satisfecho con su impiedad, ni el sensual con los placeres, ni el ambicioso con el progreso, ni el malicioso con la venganza, ni el lascivo con la inmundicia, ni el codicioso con las ganancias, ni el borracho con la bebida.

Las nuevas modas y pasiones crecen cada día; los nuevos temores y aflicciones siguen apareciendo: aquí, la ira yace en la espera; allí, la vanagloria desaparece. Aquí, el orgullo se eleva; allí, la vergüenza es abatida.

Todos esperan lo que ha de surgir de las ruinas del otro. El hombre que secretamente es agujoneado por maldicientes, como por serpientes ardientes, corre el peligro de ser abiertamente devorado por sus enemigos, como los leones de Daniel. El hombre piadoso, cualquiera sea el lugar donde viva, será desanimado al igual que Lot, a causa de la inmundicia de Sodoma.

2. La muerte le trae al piadoso el fin de la vida de pecado (Romanos 6:7) y de todas las miserias que son por causa del pecado; de modo que después de la muerte, "enjuagará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor". (Apocalipsis 21:4.)

Sí, por la muerte estaremos separados de la compañía de los malvados; Dios "quita a los justos de delante de los impíos". (Isaías 57:1). De esta manera trató con Josías: " he aquí yo te recogeré con tus padres, y serás llevado a tu sepulcro en paz, y no verán tus ojos todo el mal que yo traigo sobre este lugar". (2 Reyes 22:20). Dios los esconde por un poquito de tiempo en el sepulcro, "en tanto que pasa la indignación" (Isaías 26:20). Así como el paraíso es el refugio para los goces del alma, el sepulcro puede ser considerado el refugio para el descanso del cuerpo.

3. Pese a que este cuerpo malvado vive en un mundo de maldad, así la pobre alma no puede mirar con los ojos sin ser infectada; ni oír con los oídos sin ser distraída; ni oler con su nariz sin ser contaminada; ni gustar con su lengua sin ser seducida; ni tocar con la mano sin ser profanada; y cada uno de los sentidos en cada tentación está listo para traicionar al alma: Por la muerte, el alma será librada de esta esclavitud; y este "cuerpo corruptible se vestirá de incorrupción, y lo mortal se vestirá de inmortalidad". (1 Corintios 15:53).
¡Oh, qué bienaventurada, tres veces bienaventurada es la muerte en el Señor, que nos quita de este mundo tan perverso, y nos liberta de este cuerpo!

Capítulo VI

Instrucciones para caminar cómodamente con Dios.

I. La bondad personal trae bendiciones confortables.

La fama y el honor del nombre de Noé; en este caso él está aquí como el padre del nuevo mundo, y la simiente santa y de progenitor de Jesucristo. Son las generaciones de Noé.

Considerando que la fama y la memoria de todas las familias en la tierra además de yacer enterrada y pudriéndose en el abismo del olvido eterno, así como sus cuerpos en la tumba universal de las aguas; la familia de Noé, un hombre justo y santo, no solo es preservada a salvo del diluvio en general; sino que estas generaciones se registraron y fueron reconocidas en el libro de Dios, y se transmitieron a lo largo de la historia hasta el Señor Jesús, como sus progenitores y precursores de la línea real.

La bondad personal es un buen medio para brindar seguridad, honor y muchas bendiciones cómodas a la posteridad; ver: Deuteronomio 5:29; Éxodo 20:6, Salmos 37:25 y 112: 1-3; Proverbios 20:1 y 11:21, Apocalipsis 2:39.

RAZONES

1.- Los padres que profesan la verdadera religión toman conciencia de orar por sus hijos antes de tenerlos, como lo hicieron Isaac y Ana; cuando sus hijos aún estaban en la matriz.

Cuando nacen, como lo hizo Zacarías. En todo el transcurso de sus vidas, al igual que Job. A su propia muerte, como lo hizo Isaac- Génesis 25:21, 1 Samuel 1:10, Génesis 25:22, San Lucas 1:64; Job 1:5; Génesis 27:4. Y sabemos que las oraciones son para obtener todo favor de manos de Dios, ya sea para nosotros mismos o para otros, sin duda alguna, es el medio soberano que podemos utilizar.

2.- Los padres piadosos tienen un deseo infinito de ver el verdadero temor de Dios plantado en los corazones de sus hijos, en lugar de la diadema imperial de toda la tierra puesta sobre sus cabezas, si esto fuera posible. Y, por lo tanto, su principal cuidado y la corona de su mayor regocijo sería un ejemplo piadoso, educación piadosa, instrucción diaria, reproches razonables, amonestaciones amorosas, restricción de la compañía perversa, la corrupción de los tiempos, etc., por todos los medios más queridos y todos los esfuerzos, dejarlos afables para cuando mueran y salgan de este mundo.

Y la "piedad," dice Pablo "tiene la promesa de esta vida presente y de la venidera" (1 Timoteo 4:8). Otorga un interés pleno y correcto a todo el verdadero honor, bendiciones y comodidades que se tienen en el cielo o en la tierra.

3.- Por lo general, los niños son aptos, por un instinto amable de amor natural, por numerosos motivos fuertes para imitar y seguir a sus padres, sea en deshonra o comportamiento piadoso, ya sea al cielo o al infierno.

4.- Un padre que realmente teme a Dios no se atreve a acumular riquezas ni a comprar puestos altos para sus hijos realizándolo mal, u obteniéndolo de cualquier manera perversa; por lo que tanto él como su familia van mucho mejor, y felizmente evitan el borde llameante de esas tantas maldiciones temibles denunciadas en el libro de Dios contra todos los traficantes injustos.

Tal como dice Eclesiastés 5:13-14 “Hay un mal doloroso que he visto debajo del sol: las riquezas guardadas por sus dueños para su mal; las cuales se pierden en malas ocupaciones, y a los hijos que engendraron, nada les queda en la mano”. “¡Ay del que codicia injusta sea ganancia para su casa, para poner en alto su nido, para escaparse del poder del mal! Tomaste consejo vergonzoso para tu casa, asolaste muchos pueblos, y has pecado contra tu vida”.

USOS

1.- ¿Te gustaría, entonces, permitir que tus pequeños bebés a los cuales amas tanto, sean bendecidos en la tierra, como verdaderamente nobles, los favoritos de Dios, y encontrarlos en el cielo? Entonces ¡Sé tú mismo santo! Los hombres son muy cuidadosos e inquisitivos por tener su semilla de maíz y su rebaño selecto y abundante; pero ¿no se esforzarán por nutrir, administrar y conducir las almas inmortales de sus hijos con gracia, para una educación piadosa, para el mayor progreso del noble carácter del cual son capaces, para la dicha eterna, la realización de todas las alegrías celestiales y el mundo sin fin?

2.- Esto también puede servir para reprobarnos y corregir a esos locos codiciosos que trabajan demasiado para tener a sus hijos más populares que benévolo, más ricos que devotos. Es una locura esta situación que carece de términos para expresarlo: Que un hombre se vaya al infierno por sí mismo y que sus hijos lo sigan, al tratar de erigir su casa y elevar su posteridad con sacrilegio, simonía, cohecho, lucro, opresión, o cualquier otro camino de crueldad y agravio. Porque de esta manera ponen sus fundamentos en fuegos artificiales, ¡que pueden estallar en ellos mismos y en su descendencia, en su cuerpo y alma, en su raíz y rama!

3.- Que esto llene el corazón del cristiano moribundo con la más dulce paz. Porque, mientras que el cuchillo ensangrentado de la negligencia cruel e inconcebible de los hombres profanos en la formación religiosa de sus hijos se clava profundamente en sus almas, y al abandonar esta vida, les heredan (la palabra original es legar) la maldición de Dios, junto con sus ganancias y bienes ilícitos.

Pero el cristiano felizmente encuentra su conciencia, por causa de su antiguo deseo sediento y su esfuerzo sincero por hacer el bien espiritual para con sus hijos, liberado del horror de tal culpabilidad de sangre, y los deja en un estado de comodidad, que externamente ninguna lesión o usura ha de apropiarse de ellos; así como confían en esa providencia inquebrantable de nuestro Padre celestial, que también está familiarizado en trabajar de la manera más misericordiosa y generosa para con nosotros, cuando renunciamos a los recursos de la carne, al favor del hombre, la riqueza o la iniquidad, y todas esas cañas rotas, dependiendo más de Él. Si lo que necesitamos es ser nuestros propios escultores para las cosas de esta vida, ya sea para bien o mal, para defraudar o ser honrados; para que podamos prosperar y crecer en el mundo, entonces estamos justamente desterrados de todo cuidado misericordioso sobre nosotros, expuestos a la ruina y maldición. Pero, si descansamos de manera sincera para nosotros y para nuestra familia en la Providencia todopoderosa, nunca nos fallará ni nos abandonará, sino que siempre estaremos ejercitados y perfeccionándonos en su dulzura y sabiduría para nuestro verdadero bien eterno.

II.- En el segundo punto, tenemos una descripción del estado espiritual de Noé, que es el carácter completo de un verdadero cristiano, el cual consta de tres atributos:

1.- Justicia

2.- Sinceridad

3.- Piedad

Comprendo del primer atributo: Todo hombre verdaderamente religioso es también un hombre justo y verdadero.

Partimos del segundo atributo que: La sinceridad es el nervio y la piedra de toque (piedra de toque Jaspe, generalmente negro, que se emplea para conocer la ley del oro o la plata. Cosa que sirve para demostrar la verdad o autenticidad de algo) del verdadero cristianismo.

Pero estos dos los he mencionado tan a menudo en el curso de mi ministerio, que los pasaré por alto en este momento.

Observe que tipo de honestidad entre los hombres existe, es decir, no está acompañada de la piedad que viene de Dios; lo mismo es esa piedad que viene de Dios la cual no está relacionada con la honestidad de los hombres. La religión deshonesto, la honestidad sin religión, la religión hipócrita y deshonesto, son todas de la misma naturaleza, y todas están fuera del camino correcto.

Si solo respetas los mandamientos de la primera tabla, así como el desempeño externo de los servicios religiosos, pero descuidas los deberes de la segunda, así como la intencional ausencia de relación con tus hermanos, no eres más que un fariseo y un catedrático formal. Si tratas con justicia a tu prójimo, pero eres un extraño para el misterio de la piedad, no puedes orar, ni someterte a un ministerio sincero y escrupuloso, el cual se ordena en la primera tabla; no eres más que un simple hombre moral.

Si pones un rostro amable y de obediencia externa al mismo tiempo, pero no eres sincero en ninguno de los dos, como lo hicieron los fariseos (Mateo 23:14-23), no eres más que un descomunal hipócrita.

Permanece santo hacia Dios, honesto hacia el hombre y verdaderamente sincero en ambos casos, o no serás nada en el Reino de Cristo, encontrándote en la hiel de la amargura y el vínculo que mantiene con la iniquidad. Vestíos de la justicia y la verdadera santidad en esta vida (Efesios 4:24), de lo contrario nunca te pondrás una corona de gloria en la vida venidera.

“En sus generaciones”, que fueron muchas y principalmente corruptas, Noé se destacó y permaneció con Dios a través de tantas edades, contra un mundo tan malvado, en toda esta historia es donde podemos aprender doctrina. Esa consistencia es siempre inseparable del verdadero cristianismo. Pero aquí se implica una doble constancia:

1.- Uno respecto a la continuidad del tiempo.

2.- Otro respecto a la oposición a la corrupción existente en ese tiempo.

Sólo la gracia verdaderamente enraizada en el corazón nunca puede ser eliminada. Para este objetivo ver: Mateo 24:24, 1 Juan 2:19, Juan 10:28, Romanos 8:35, Lucas 22:32; 2 Corintios 1:21,22; Efesios 4:30. Pueden tomarse los textos, como prueba de este punto.

1.- La amabilidad, la fuerza, la constancia, la inevitabilidad del amor de Dios Padre a sus hijos.

Es más amado de lo que una madre ama a su bebé más dulce: Isaías 49:15; es más fuerte que las montañas: Isaías 54:10; es tan constante como los cursos del sol, la luna y las estrellas; del día y de la noche: Jeremías 31:35 y 33:20; es tan seguro como Dios mismo: Salmos 89:33-35.

2.- Cristo triunfante, sentado e intercediendo a la diestra del Padre de manera constante, con la más dulce paz y la libertad del temblor servil; nos asegura nuestro arraigo en Cristo, la

constancia en la gracia y la permanencia eterna con Él en el otro mundo.

Una vez implantados en Cristo por una fe viva y fructífera, y bendecido por su Espíritu, somos aferrados tan fuerte como los nervios de su precioso cuerpo están unidos a sus huesos, su carne a sus tendones y su piel a su carne; quien decida arrancarlo del cuerpo sagrado de Cristo, debe sacarlo del cielo y sacarlo de la mano derecha de su Padre.

¿Qué poder furioso o infernal puede o se atreve a poner un dedo sobre nosotros en esta condición? Cristo ha eliminado el poder del veneno de todo lo que nos haría daño o nos arrastraría al infierno. Él ha conquistado, llevado cautivo, llevado triunfante y encadenado para siempre, a todos los enemigos de nuestras almas y envidiosos de nuestra salvación. Mientras tanto, pueden ejercitarnos para nuestro bien, pero nunca podrán ejecutar sus voluntades maliciosas, o dañarnos mortalmente; aquí o en la vida venidera.

3.- El irrevocable sello del Espíritu Bendito, Efesios 1:13 y 4:30. Y ¿Quién y qué puede o se atreverá a contradecir la escritura, o romper el sello del Espíritu Santo? Entonces, aquí como ven, la bendita Trinidad es el terreno incommovible de nuestra constancia en la gracia.

4.- El poder duradero e inmortal de la palabra una vez arraigado en un corazón bueno y honesto.

5.- La certeza y la dulzura del propósito de sus promesas.

6.- La fuerza y el poder de la fe.

7.- La eficacia de la oración de Cristo.

8.- El vigor duradero de la salvación por gracia. Juan 4:14, Romanos 11:29.

9.- La incapacidad, es decir, la imposibilidad de que cualquier razón o criatura pueda arrancarnos de la mano de Dios, Juan 10:29, o de atraer a cualquiera de sus hijos redimidos a una caída total o final. Ni el mismo maligno puede hacerlo 1 Juan 5:18.

Tampoco el mundo: 1 Juan 5:4, San Juan 16:33. No puede la furia concurrente ni las fuerzas unidas de todo el poder de la oscuridad: Mateo 16:18. Tampoco el pecado: 2 Samuel 7:14-15; Salmos 89:31-32. No lo será la debilidad de la fe u otras gracias: San Mateo 12:20. No podrán el engaño de los falsos profetas: Mateo 24:24. Ni las criaturas o algún poder creado: Romanos 8:38-39.

USO

1.- Este punto, nos confirma; pero confunde a los maestros católicos (y pentecostales) con su triste creencia, que nos dice que un hombre justificado y santificado puede caer al final de manera total de la gracia. Es lo que he mantenido hasta ahora; a comparación de otra ocasión, estando en una audiencia, en donde refuté puntualmente los que creí los mejores argumentos de Belarmino.

Ahora no volveré a molestar con esa dificultad de nuevo.

2.- Esta dulce y preciosa verdad puede llenar los corazones de todos aquellos que verdaderamente son de Cristo con una alegría indescriptible y gloriosa. Dejen que los nuevos conversos y niños en Cristo, que están acostumbrados a ser muy temerosos y cobardes con el

fin de que no resistan, porque al entrar por primera vez en los caminos del cristianismo, se topan astuta y concurrentemente con tantas oposiciones, del diablo, quien luego se enfurece extraordinariamente; del mundo, que luego ofrece cebos cada vez más atractivos; de la carne, que naturalmente es muy impaciente de cualquier restricción espiritual; de amigos carnales, que no pueden soportar su cambio; de sus viejos compañeros, que gritan: "se están volviendo puritano"; de los tiempos, que desaniman y miran amargamente su cielo; a veces del padre que los engendró; de la madre que los cuidó; de la esposa que yace en su seno; de un mundo de enemigos de la gracia.

Yo opino, en el caso anterior, que tomen del escudo de su fe las pruebas y promesas presentadas en los diferentes puntos, y que sigan adelante, debido a la palabra de verdad. Permíteles dulcemente, con total seguridad y resolución inalcanzable, descansar en ese aliento eterno, para la finalización de su edificación espiritual; como Zorobabel recibió de la boca de Dios mismo, para el éxito de la construcción material, y las siguientes palabras como ejemplo: "No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos. ¿Quién eres tú, oh gran monte? Delante de Zorobabel serás reducido a llanura; él sacará la primera piedra con aclamaciones de: Gracia, gracia a ella." Zacarías 4:6,7.

Y para que puedan continuar de manera más cómoda y constante, que a menudo echen un vistazo a estas y otras precauciones similares.

(1) Propón interrogaciones como estas a tu propio corazón: ¿Estás contento con abandonar tu pecado íntimo y la efervescencia sensual de los placeres anteriores, y en adelante deleitarte en Dios, como tu principal alegría?

¿Puedes tomar tu cruz y seguir a Cristo, su verdad y sus caminos santos, en medio de los muchos caminos que conducen al infierno y las diferentes opiniones de multitudes de hombres?

¿Estás dispuesto a sufrir la adversidad, la desgracia y el ridículo con los justos y piadosos despreciados?

¿Puedes soportar tener cosas a tu cargo, lo que nunca hiciste, pensaste o soñaste?

¿Convertirte en el canto del borracho; una palabra que se refiera a los que son más viles en la tierra; ser la canción del ridículo en sus fiestas? Lamentaciones 3:63.

¿Puedes, por el amor de Dios, negarte a ti mismo, a tu sabiduría mundana, ingenio natural, amigos carnales, viejos compañeros, placeres, beneficios, preferencias, facilidades, excelencia en el aprendizaje, aceptación con el mundo, estado exterior, libertad, vida? ¿O cualquier otra cosa que puedas nombrar más querida para la carne y sangre? Si tu corazón no responde afirmativamente (sé que la carne se quejará y reclamará), ciertamente todo se caerá o terminará en formalidad.

(2) Mira que tu arrepentimiento sea sincero, universal, constante, desde el corazón, por todos los pecados conocidos, hasta el día de tu muerte.

- i. Si alguna cruz vana es el motivo de tu arrepentimiento,
- ii. o el capricho de la melancolía,
- iii. si estás confuso por el pecado en general
- iv. o sólo por algún pecado en particular y notorio;
- v. o por pecados menores, con negligencia de los mayores, como diezmar menta, etc.,
- vi. si solamente es una cuestión legal,
- vii. pero solo por algunos pecados, así que siempre se termina dejando como un

pecado conocido, pero sin tomarlo en serio,
viii. lo anterior solo por un tiempo, al final todo quedará reducido a nada.

El fundamento de una tristeza piadosa, deliberada, intencional y sincera puesta al principio, será para siempre un estímulo cómodo para la fe, la alegría espiritual, el hacer el bien y caminar con Dios.

(3) Toma la piedra de toque (piedra de toque Jaspe, generalmente negro, que se emplea para conocer la ley del oro o la plata, cosa que sirve para demostrar la verdad o autenticidad de algo) de las señales provechosas, poderosas y únicas, para discernir, distinguir y evidenciar la fe salvadora de todas las creencias falsas e insuficientes; porque una fe temporal puede llegar lejos.

(4) Deja que el conocimiento y el amor crezcan juntos entre hermanos, y transfundan mutuamente el vigor espiritual entre sí. No presumas de ningún conocimiento, en ausencia de un humilde amor abrasador. Ninguno de los dos construye demasiado sobre el calor del celo, sin la luz del conocimiento; cualquiera de estos puede ser simple y superior en algunos, que luego pueden caer vergonzosamente.

(5) Por encima de todas las cosas, mira tu corazón. Si su renovación externa fuera angelical, en palabras, acciones y todo comportamiento externo, pero, sin embargo, tu corazón permaneció sin cambios, tu no eres más que una lápida blanqueada y no puedes salvarte. Permite que un hombre tome un lobo, le haga moretones, le rompa los huesos, le quite los dientes, le corte las garras, le ponga la piel de oveja, pero aún conserva su naturaleza lobuna. Del mismo modo, que un hombre se vuelva tan inofensivo exteriormente, pero sin un nuevo corazón; todo es en vano.

(6) Súmate a la congregación del pueblo de Dios, mediante todos los compromisos y obligaciones de una comunidad provechosa, íntima y cómoda en el evangelio. Hay un vínculo secreto con la perseverancia, en la comunión de los santos. No es probable que camine mucho el que camina sólo, especialmente si puede disfrutar de una buena compañía. Huir de la asociación con los piadosos, es un signo claro de una fe temporal.

(7) Considera bien (de lo contrario, será notable el descubrimiento de sus falsificaciones) que tu llamado a la gracia debe establecerse con mayor seguridad en particular sobre tu ocupación honesta; hacerte más fiel, cuidadoso y trabajador.

Dejemos que los cristianos de más larga antigüedad, y en quienes son más fuertes los ataques contra su perseverancia, recurran a esta torre de la verdad y trabajen para evitar lo que temen.

1.- Por la perseverancia, en un uso cuidadoso de todos los medios; la palabra, oración, predicación, meditación, sacramentos, etc. A tales cosas, permítales preservar su amor y practicar lo que escuchan, sin omisión ni demora. El que da paso a una negligencia despiadada, o a la dureza de un corazón habitual, en el uso de las ordenanzas, puede sospechar justamente su cercanía a algún pecado terrible, o tentación feroz, a algún juicio grave, o apostasía peligrosa.

2.- Tan pronto como descubran cualquier debilidad espiritual o decadencia, amenaza o

tentación, que huyan hacia el trono de la gracia, y se opongan poderosamente con las oraciones más fervientes de una excepcional humillación privada.

3.- Permítales mantener la perfección como único propósito delante de sus ojos, para lograrlo aprender y familiarizarse con las reglas de la vida santa, las direcciones diarias y el ejemplo de los hombres más santos y abnegados.

4.- Permítales negarse diligentemente de todas las ocasiones que se presenten para retroceder: orgullo espiritual, hipocresía conocida, deseo de ser rico, menospreciar y subestimar los medios de gracia, negligencia en los deberes piadosos, interrupción de la comunión con los santos, etc.

5.- Permítales considerar que todo lo que ha pasado hasta ahora, se pierden si caen.
2 Juan 1:8.

Esta antigua muestra de constancia en la gracia surgió en la consideración del bendito y largo proceso de la bondad de Noé a través de tantas edades. Ahora, acerca del acto que nos habla de que no se ajustó a las inmoralidades de los tiempos, sino que permaneció sin mancha, en medio de las generaciones más malvadas que alguna vez habitaron en la tierra, entiendo la necesidad de otra perseverancia, y esa es con respecto a la oposición de las corrupciones sin fin.

Capítulo VII

Siete obstáculos que alejan a un pecador de la práctica de la piedad.

I. EL PRIMER OBSTÁCULO DE LA PIEDAD.

Un error, ignorando el verdadero significado de ciertos pasajes de las Sagradas Escrituras, y otros motivos principales acerca de la religión cristiana.

Las Escrituras mal interpretadas son estas:

1.- Ezequiel 33:14 y 16 “Si él (el impío) se convirtiere de su pecado, no se le recordará ninguno de sus pecados que había cometido” Por esta razón, el profesante terrenal acumula, para que pueda arrepentirse cuando lo desee. Es verdad que cuando un pecador se arrepiente, Dios perdona; pero el texto no dice que un pecador puede arrepentirse de lo que quiera y cuando quiera, y Dios le dará gracia. Muchos, cuando se quisieron arrepentir, fueron rechazados y no pudieron arrepentirse, aunque lo buscaron cuidadosamente con lágrimas (Hebreos 12:17; Lucas 13:24-27.) ¿Qué consuelo les da este texto a quienes no se han arrepentido? ¿Sabes si tendrás la gracia de arrepentirte de aquí en adelante?

2.- Mateo 11:28 “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”. De ahí que el hombre más deshonesto amontone, para que pueda venir a Cristo cuando quiera; pero debe saber que ningún hombre viene a Cristo, sino aquel que, como dice Pedro, habiendo conocido el camino de la justicia, ha escapado de las contaminaciones del mundo, a través del conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo (2 Pedro 2:20-22.) Venir a Cristo es arrepentirse y creer (Isaías 1:18; San Juan 6:35); y esto nadie puede hacerlo, a menos que el Padre celestial lo atraiga por su gracia (Juan 6:4).

3.- Romanos 8:1 “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.” Esto es verdad, pero se refiere a aquellos que caminan no según la carne; sino según el Espíritu.

4.- 1 Timoteo 1: 15 “Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero” Esto es verdad, pero se refiere a tales pecadores, como Pablo, que se convierten de su vida malvada, no como aquellos, que aún se mantienen en su lascivia, “Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente” (Tito 2:11-12).

5.- Proverbios 24:16 “Porque siete veces cae el justo, y vuelve a levantarse; más los impíos caerán en el mal” (en el texto no habla sobre días). El texto no se refiere a que caemos en pecado, sino que caemos en problemas, los cuales el enemigo malicioso trama contra los justos, y de los cuales Dios los libera (Salmos 34:19) ¿Qué significa esto para el impío, cuyas caídas pueden ver todos los hombres todos los días, pero ni Dios ni el hombre pueden ver su resurrección en ningún momento por arrepentimiento?

6.- Isaías 64:6 “Si bien todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como

trapo de inmundicia". Al ver que las buenas obras de los buenos santos no son las mejores, el profesante terrenal acumula entonces las suyas como lo suficientemente buenas; y por lo tanto no necesita afligirse mucho porque sus devociones sean tan imperfectas. Pero Isaías no quiere decir en este texto que las obras justas de los regenerados, como oraciones fervientes en el nombre de Dios; limosnas caritativas de los afectos de compasión; sufrir en la defensa del evangelio, la confiscación de bienes y el derramamiento de sangre, así como tales obras que Pablo llama el fruto del Espíritu (Gálatas 5:22).

Pero el profeta, en esta ocasión, está haciendo una humilde confesión en nombre de la iglesia judía, cuando ella había caído de Dios a la idolatría, reconoce que mientras estaban separados por sus pecados inmundos de Dios, como los leprosos de los hombres por sus llagas infectadas y sus ropas contaminadas, su principal justicia no podía ser sino abominable a su vista. Y aunque nuestras mejores obras, en comparación con la justicia de Cristo, no son mejores que trapos impuros; sin embargo, en la aceptación de Dios por el amor de Cristo, se les llama vestiduras blancas (Apocalipsis 3:18), sí, lino puro y brillante (Apocalipsis 19: 8), muy diferente de las manchas del leopardo (Jeremías 13:23) y prendas sucias (Zacarías 3: 4).

7.- Santiago 3:2 "Porque todos ofendemos muchas veces". Ciertamente; pero los hijos de Dios no pecan en todas las cosas como los impíos, sin refrenar sus lujurias ni mortificar sus corrupciones. Y aunque las reliquias del pecado continúan existiendo en los hijos más queridos de Dios, los cuales tienen necesidad de llorar diariamente diciendo: "Padre nuestro que estás en el cielo, perdónanos nuestras ofensas", aún con todo esto, en el Nuevo Testamento ninguno se llama a sí mismo pecador, sino: los no regenerados (Gálatas 1:15; Romanos 5:8; Juan 9:31); pero regenerados, con respecto a su celoso esfuerzo por servir a Dios en una santidad no fingida, en todas partes se llaman santos; de tal manera que Juan dice: "El que es nacido de Dios no peca" (1 Juan 3:9; 1 Juan 5:18); es decir, no vive en la inmundicia intencional, permitiendo que el pecado reine en él, como el impío. No te engañes con el nombre de un verdadero cristiano; quien vive en cualquier pecado grave habitual, no vive en estado de gracia. "Por lo tanto", dice Pablo, "apártese de iniquidad todo aquel que invoca en nombre de Cristo" (2 Timoteo 2:19).

Los regenerados pecan en su flaqueza y debilidad, pero se arrepienten, y Dios perdona; en este caso no pecan para muerte (1 Juan 5:16). Los reprobados pecan maliciosamente, pecaminosamente y se deleitan en ello; ellos no decidirán dejar el pecado, no se arrepentirán, y Dios no perdonará; por lo tanto, sus pecados son mortales, dice Juan, o más bien inmortales, como dice Pablo (Romanos 2:5). Como conclusión, no es excusa el texto para decir que todos somos pecadores: Los verdaderos cristianos, como vemos, son todos santos.

8.- Lucas 23:43. El ladrón convertido al último jadeo fue recibido en el paraíso. ¿Entonces qué? si tengo tiempo para decir "Señor, ten piedad de mí" cuando me muera, también seré salvo.

Pero ¿y si no lo haces? Y aún muchos habrán de los que dirán en ese día: Señor, Señor, y el Señor no los conocerá (Mateo 7:22-23.) El ladrón fue salvo, porque se arrepintió; pero su compañero ladrón no tuvo gracia para arrepentirse, y fue condenado. Por lo tanto, ten cuidado, no sea que, confiando en el arrepentimiento tardío en tu último día en la tierra, no te sientas obligado a arrepentirte hasta ser demasiado tarde y terminar en el infierno.

9.- 1 Juan 1:7 "La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado" y 1 Juan 2:1 "Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo", etc. ¡Oh que comfortable!

Pero escuchen lo que Juan dice en el mismo lugar "Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis". Por lo tanto, si dejas tu pecado estas comodidades son tuyas, de lo contrario, no te pertenecen.

10.- Romanos 5:20 "Cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia" ¡Qué dulce! Pero escuche lo que Pablo agrega "¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿Cómo viviremos aún en él?" (Romanos 6:1-2). Esta situación nos enseña a no presumir, pero que tampoco debemos desesperarnos.

Por lo tanto, ninguna de estas promesas brinda esperanza de gracia a nadie, más que al corazón penitente.

Los malentendidos y equivocaciones respecto a la religión son éstos:

1.- Acerca de la doctrina de la justificación solo por la fe, un profesante terrenal deduce que las buenas obras no son necesarias. Elogia a otros que hacen buenas obras, pero se convence a sí mismo de que será salvo por su fe, sin hacer tales cosas. Pero él debe saber que, aunque las buenas obras no son necesarias para la justificación, son necesarias para la salvación:

"Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas" (Efesios 2:1). Por lo tanto, la persona que, en años de recato, no produce buenas obras después de ser llamado, no puede ser salvo; y tampoco estuvo predestinado a la vida eterna.

La Escritura dice que Cristo recompensará a cada hombre según sus obras (Romanos 2:6; 2 Corintios 9:6; Apocalipsis 22:12). Cristo recuerda en los ángeles de las siete iglesias, más que nada sus obras (Apocalipsis 2:2); y en el último día dará la herencia celestial solo a aquellos que hayan hecho buenas obras: alimentar al hambriento, vestir al desnudo, etc. En ese día se les dará la corona de justicia (San Mateo 25:2; Timoteo 4:8). Sin justicia, sin corona, sin buenas obras, de acuerdo con el talento del hombre; sin recompensa de parte de Dios, a menos que sea su ira y enojo (Romanos 2:8).

Ser rico en buenas obras es el fundamento más seguro de nuestra garantía para obtener la vida eterna. (1 Timoteo 6:19); porque las buenas obras son los frutos verdaderos de una fe real que se sujeta a Cristo, y muestra su obediencia para salvación.

Y ninguna otra fe en Cristo es válida, sino la que obra por amor (Gálatas 5:6); y (pero en relación con el tema de justificación) esa fe no solamente justifica, porque nunca está sola, sino que siempre está acompañada de buenas obras: como el árbol con sus frutos, el sol con su luz, el fuego con su calor y el agua con su humedad.

La fe que no se justifica a sí misma mediante las buenas obras ante los hombres, no es más que una fe muerta, que nunca justificará el alma de un hombre ante Dios (Santiago 2:26). Pero una fe justificadora purifica el corazón y santifica a todo el hombre en todo momento (Hechos 15:9; Hechos 16:18; 1 Tesalonicenses 5:23).

2.- Acerca de la doctrina de la predestinación eterna de Dios (Mateo 25:24; Efesios 1:4; Eclesiastés 3:14) y del decreto inmutable, el terrenal deduce que, si está predestinado a ser salvo, no puede ser nada más sino salvo, y si es condenado, de ninguna manera cambiará ese estado para bien, por lo tanto, todas las obras de piedad son en vano. Pero debe aprender, que Dios ha predestinado los recursos, desde el principio hasta al final.

A quien, obtiene el fin de su fe, que es la salvación de su alma (1 Pedro 1:9), también ha predestinado a ciertos para ser llamados, justificados y hechos conforme a la imagen de su Hijo, que es el medio de salvación (Romanos 8:29-30; San Juan 15:16). Y ellos, dice Pedro, quienes son elegidos para salvación, también son elegidos para la santificación del espíritu (1 Pedro 1:2).

Si, como resultado, al llamarte, empiezas a vivir conforme a la palabra y al ejemplo de Cristo,

tu maestro, y obedeces las buenas propuestas del Espíritu Santo, abandonando el pecado y viviendo una vida santa, entonces te aseguras de ser uno de aquellos que son infaliblemente predestinados a la salvación eterna. De lo contrario, no culpes a la predestinación de Dios, sino a tu propio pecado y rebelión.

¿Te vuelves a Dios? ¿Y Dios te recibe misericordiosamente, como lo hizo el padre con el hijo pródigo, y por causa de tu conversión tanto a los ángeles como a los hombres les parece que siempre perteneciste a su elección? (San Lucas 15:10, 24) Si no lo haces así, ¿por qué debería salvarte Dios?

3.- Cuando un profesor terrenal oye que el hombre no tiene libre albedrío para el bien, pierde las riendas ante su propia voluntad corrupta, como si no estuviese en él frenar, ni dominarla: haciendo implícitamente a Dios el autor del pecado, al permitirle al hombre toparse con esta necesidad. Pero él debería saber que Dios le dio a Adán libre albedrío, para que permaneciera en su integridad si él quisiera; pero el hombre, abusando de su libre albedrío, se perdió a sí mismo y a Dios.

Desde la caída, el hombre en su estado de corrupción tiene libre albedrío para el mal, pero no para el bien; porque en este estado, menciona el apóstol Pablo, no somos competentes para pensar bien (2 Corintios 3:5). Y Dios no está obligado a restaurarnos lo que perdimos tan miserablemente, y tampoco está obligado a recuperarnos nuevamente. Pero tan pronto como un hombre es regenerado, la gracia de Dios libera su voluntad para bien; para que haga todas las cosas buenas que hace con su libre albedrío: porque como menciona el apóstol, que Dios, por su buena voluntad, pone en nosotros tanto el querer como el hacer, como lo expone el apóstol, nos limpia de toda inmundicia de la carne y el espíritu, y perfecciona nuestra santificación en el temor de Dios (Filipenses 2: 12-13; 2 Corintios 7:1). Y en este estado, todo cristiano verdadero tiene libre albedrío, y a medida que aumenta en gracia, también lo hace su voluntad en libertad: "Porque cuando el Hijo nos haga libres, entonces seremos libres en verdad" (Juan 8:36;) y donde está el Espíritu del Señor, hay libertad (2 Corintios 3:17); porque el Espíritu Santo atrae sus mentes, no por obligación, sino por medio de las cuerdas del amor (Cantares 1:4), iluminando sus mentes para conocer la verdad; cambiando sus corazones para amar la verdad conocida; y al permitir que cada uno de ellos (de acuerdo con la medida de gracia que ha recibido) haga el bien que Él ama.

Pero no usarás la libertad de tu voluntad, sino sólo hasta donde Dios la haya liberado; porque muchas veces actúas voluntariamente contra la ley de Dios, poniendo en peligro tu alma, lo cual, si la ley del Rey lo prohibiera bajo pena de muerte o la pérdida de tu propiedad terrenal, no lo harías.

4.- Cuando el hombre natural oye que ningún hombre, desde la caída, es capaz de cumplir la ley de Dios y de guardar todos sus mandamientos, presume audazmente de pecar como lo hacen otros; se contenta con algunos buenos pensamientos: y si no es tan malo como el peor, concluye que es tan verdaderamente regenerado como el mejor. Y cada rechazo voluntario de hacer el bien, o resistir el mal, él considera la imposibilidad de la ley.

Pero debe aprender que, sin duda, desde la caída ningún hombre sino Cristo, que era Dios y hombre, cumplió o puede cumplir perfectamente toda la ley, sin embargo, cada verdadero cristiano, tan pronto como se regenera, comienza a guardar todos los mandamientos de Dios en verdad, aunque no puede hacerlo con absoluta perfección. Por lo tanto, junto con David, aplican sus corazones para cumplir los mandamientos de Dios cada día hasta el final (Salmo 119:112). Y luego el Espíritu de gracia, que prometió que se derramaría más abundantemente bajo el nombre del evangelio, los ayuda en sus buenos esfuerzos, y les ayuda a hacer lo que les

ordena que hagan (Joel 2:28-29; Zacarías 12:10). Y al hacerlo, Dios acepta su buena voluntad y esfuerzo (2 Corintios 8:12), Cristo cumplió la ley por nosotros. Y respecto a esto Juan dice que los mandamientos de Dios no son gravosos (1 Juan 5:3). Y Pablo dice: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece" (Filipenses 4:13). Y se dice que Zacarías e Elizabeth caminaban en todos los mandamientos del Señor sin reproche (Lucas 1:6).

A continuación, Cristo recomienda a sus discípulos el cuidado de guardar sus mandamientos, como el verdadero testimonio de nuestro amor a Él (Juan 15:10).

Entonces, un hombre ama a Cristo, mientras hace el discernimiento para caminar en sus mandamientos; y cuanto mayor sea nuestro amor a Cristo, serán menos nuestros dolores al guardar su ley. La maldición de la ley, que, bajo el Antiguo Testamento, era tan terrible, ahora es, bajo el Nuevo Testamento, por la muerte de Cristo, abolida a los regenerados.

El rigor que antes hacía que nuestra naturaleza fuera tan imposible es ahora para el nacido de nuevo, tan apaciguado por el Espíritu, que parece ligero y fácil. Los apóstoles, de hecho, presionaron a los judíos y gentiles inconversos sobre la imposibilidad de guardar la ley por la capacidad de la naturaleza corrompida; pero cuando tienen que ver con cristianos regenerados, requieren de la ley, que es la regla de la justicia, la verdadera obediencia en palabra y obra; la mortificación de sus miembros; la crucifixión de la carne, con los afectos y deseos de la misma; resurrección de la vida nueva; caminando en el Espíritu; superando al mundo por la fe (Romanos 15:18; Colosenses 3:5; Gálatas 5:24-25; Romanos 6:4-5,12-13; Romanos 8:11; 1 Juan 5:4).

De modo que, aunque nadie pueda decir como Cristo: ¿Cuál de ustedes puede reprenderme del pecado? (Juan 8:46), sin embargo, todo cristiano regenerado puede decir de sí mismo: ¿Quién de ustedes puede reprenderme de ser un adúltero, una prostituta, un desdichado, un borracho, un ladrón, un estafador, un opresor, orgulloso, malicioso, codicioso? ¿Mentiroso, negligente del servicio público de Dios y de semejantes pecados graves? de lo contrario, no es un verdadero cristiano.

Cuando un hombre abandona la conciencia de ser gobernado por la ley de Dios, entonces Dios lo entrega para ser guiado por sus propias lujurias, la señal más segura de un sentido reprobado (Romanos 1:24,28). Así que, desde la caída, la ley que ningún hombre por su propia habilidad natural puede cumplir, se cumple de verdad en todo cristiano regenerado, a través de la amable asistencia del Espíritu Santo de Cristo (Romanos 8:9) y este Espíritu de Dios dará a cada cristiano motivos por los cuales orar e inclinará su corazón para guardar sus leyes (Lucas 11:13; Santiago 1:5).

5.- Cuando el hombre no regenerado escucha que la mente interna se deleita más en Dios que en el hombre externo, entonces se imagina que toda reverencia y profesión externa es supersticiosa o innecesaria. Por lo que rara vez se arrodilla en la iglesia, se pone el sombrero al cantar salmos y en las oraciones públicas; lo que el profano vagabundo no brindaría en presencia de un príncipe o un hombre noble. Y según él cuida de mantener su mente en Dios, pensando que puede moldearse, en otros aspectos para el mundo.

Él divide sus pensamientos, y le da mucho a Dios, y mucho a sus propios deseos; sí, él dividirá con Dios el sábado, y le dará casi la mitad, y gastará la otra totalmente en sus propios placeres. ¡Pero sepa, oh hombre carnal, que Dios Todopoderoso no será servido por mitades, porque ha creado y redimido al hombre entero! Y como Dios detesta el servicio del hombre externo, sin el corazón interno, como a la hipocresía; por lo tanto, considera que el servicio interno, sin toda reverencia externa, es una simple blasfemia: ya que se requiere ambos en su adoración. Por lo tanto, en oración dobla las rodillas, en testimonio de tu humillación; levanta tus ojos y tus

manos, en testimonio de tu confianza; baja la cabeza y golpea tu pecho, en señal de tu contrición; pero especialmente invoca a Dios con un corazón sincero: sírvele en santidad, sírvele por completo, sírvele sólo a él; porque Dios y el príncipe de este mundo son dos maestros contrarios y, por lo tanto, ningún hombre puede servir a ambos.

6.- El profesante no regenerado considera que escuchar el evangelio predicado no es más que un asunto indiferente, que puede usar, o no usar, a su gusto. Pero quienquiera que seas, para asegurar en tu corazón que eres una de las ovejas elegidas de Cristo, debes tener especial cuidado y consideración (si es posible) para escuchar la palabra de Dios predicada.

Ya que...

Primero, la predicación del evangelio es el principal medio común que Dios ha designado para convertir las almas de todo aquel que ha predestinado para ser salvo (Hechos 13:48), por lo tanto, se dice "el poder de Dios para salvación para todos los que creen" (Romanos 1:16). Y, sin profecía el pueblo se desenfrena (Proverbios 29:18): y de quien la rechace se dice "De cierto os digo que, en el día del juicio, será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma y de Gomorra" (Mateo 10:15).

En segundo lugar, la predicación del evangelio es el estándar o la insignia de Cristo (Isaías 11:1), a la cual todos los soldados y las personas elegidas deben ser convocadas cuando se muestra esta insignia, como en el día del Señor, él que no es del pueblo de Cristo no se congrega (Isaías 2:2;) pero ni la más mínima gota de la lluvia de su gracia caerá sobre su alma (Zacarías 14:17).

En tercer lugar, es el medio común por el cual el Espíritu Santo engendra fe en nuestros corazones (Romanos 10:14), sin el cual no podemos agradar a Dios (Hebreos 11:6). Si escuchar la voz de Cristo es la marca principal de las ovejas elegidas, y del amigo del novio (Juan 10:27; Juan 3:29), entonces debe ser una marca horrenda para una cabra reprobada (Hebreos 2; Juan 8:47) ya sea descuidar o despreciar escuchar la predicación del evangelio. Que nadie piense que esta posición es tonta, porque "por esta locura de la predicación, le agrada a Dios salvar a los que creen". (1 Corintios 1:18) Por lo tanto, su estado es horrendo si viven en paz, sin preocuparse por la predicación del evangelio. ¿Pueden los hombres buscar la misericordia de Dios y despreciar sus medios? Dice Cristo de los predicadores de su evangelio, "el que te desprecia, me desprecia" (Lucas 10:16.) "El que es de Dios, las palabras de Dios oye; por esto no las oís vosotros, porque no sois de Dios". (Juan 8: 47) Si los israelitas no hubieran escuchado el mensaje del Ángel de Jehová, nunca habrían llorado (Jueces 2: 1), Si Juan el Bautista no hubiera predicado, los judíos nunca se habrían lamentado (Lucas 7: 32-33.) Si los que crucificaron a Cristo no hubieran escuchado el sermón de Pedro, sus corazones nunca hubieran tenido remordimiento (Hechos 2:37). Si los ninivitas no hubieran escuchado la predicación de Jonás, nunca se habrían arrepentido (Jonás 3: 5) y si no escuchas y te arrepientes, nunca serás salvo (Proverbios 28: 9; Lucas 13: 5).

7.- La opinión de que los sacramentos son simples signos y sellos de la promesa y la gracia de Dios para nosotros, no obstaculiza ni un poco la piedad: Mientras que, de hecho, son sellos también de nuestro servicio y obediencia a Dios; si no los realizamos, ¿Qué servicio le ofrecemos a Él?, los sacramentos no nos sellan la gracia. Pero si los recibimos, con la resolución de ser sus servidores fieles y penitentes, entonces los sacramentos no solo tienen importancia y otorgan, sino que también sellan y exhiben de hecho, la gracia espiritual interna que prometen y representan externamente. Y para este propósito el bautismo se llama

"lavamiento de la regeneración y renovación del Espíritu Santo" (Tito 3: 5;) y la Cena del Señor, "la comunión del cuerpo y la sangre de Cristo". (1 Corintios 10:16.) Si se creyera esta verdad, el sacramento sagrado de la Cena del Señor se recibiría con mayor frecuencia y con mayor reverencia.

8.- El último, y no menos importante punto en el que tropieza la piedad en el curso de la religión, es adornando los vicios con los nombres de las virtudes: Como llamar a la borrachera, brindar a su salud; derramar sangre inocente como dar vida; glotonería y codicia como ahorro; la prostitución como el amor a una amante; el sacrilegio como propina; el orgullo como una aparente elegancia; la hipocresía como lisonja; hijos de Belial como buenos amigos; ira como paciencia, comportamiento obsceno como burla, altruismo como vanagloria, devoción como superstición; celo en la religión como puritanismo; humildad como arrodillarse, conciencia escrupulosa como demanda, etc. Y mientras que llamamos al mal bien, y al bien mal, la verdadera piedad se ve muy obstaculizada en su progreso. Y en consecuencia gran parte del primer obstáculo de la piedad, al confundir el verdadero sentido de algunos textos específicos de la Escritura y los fundamentos de la religión cristiana.

II.- EL SEGUNDO OBSTÁCULO DE LA PIEDAD

El mal ejemplo de las personas que destacan, cuyas vidas practican lo profano, ya que prefieren imitarlas antes que seguir los preceptos de la santa palabra de Dios: para que, cuando vean a los hombres más grandes del estado, y a muchos principales en su país, no hagan nada para el cuidado de su conciencia, sino para ser maldicientes, adúlteros, bebedores, opresores, etc., entonces piensan que el uso de estas sagradas ordenanzas no es asunto de gran importancia porque si lo fueran, hombres tan grandes y sabios no les darían tan poco valor.

Entonces piensan que la religión no es una necesidad; y por lo tanto, donde deberían, como los cristianos, remar contra la corriente de impiedad hacia el cielo, se dejan llevar con la multitud directamente al infierno, pensando que es imposible que Dios permita que tantos sean condenados: por lo tanto, si el dios de este mundo no hubiera cegado los ojos de sus mentes, las Sagradas Escrituras les enseñarían que "no muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles son llamados", etc. (1 Corintios 1:26;) pero que en su mayor parte los pobres reciben el Evangelio, y que pocos hombres ricos serán salvos (Mateo 11: 5; Mateo 19: 23-24;) y que, aunque a muchos se les llame, después de todo, los elegidos son pocos.

Como Dios les ha prestado a los hombres en grandeza por encima de los demás, Dios espera que ellos, en religión y piedad, vayan antes que los demás; de lo contrario, la grandeza abusada, en el momento de su mayordomía, se convertirá en su mayor condena en el día de sus cuentas. Aquella hora los hombres pecaminosos grandes y poderosos, así como los siervos y esclavos más pobres, desearán que las rocas y las montañas caigan sobre ellos, y los oculten de la presencia del Juez, y de su ira merecida (Apocalipsis 6: 15-16, etc.), será un consuelo miserable tener una gran compañía de grandes hombres que participen contigo de tus tormentos eternos. La multitud de pecadores no atenúa, sino que agrava el pecado, como en Sodoma. Por lo tanto, es mejor salvar a unos pocos en el arca que ahogarse en el diluvio con todo el mundo.

Camina con los pocos piadosos en el estrecho camino al cielo; pero no te amontones con la multitud impía en el camino ancho al infierno (Éxodo 23: 2). Que el ejemplo de los grandes hombres impíos no obstaculice tu arrepentimiento; porque su grandeza no puede eximirse en ese día de su más grande castigo merecido.

III.- EL TERCER OBSTÁCULO DE LA PIEDAD

El largo escape del castigo merecido en esta vida. "Porque la sentencia", dice Salomón, "no se ejecuta rápidamente contra un trabajador malvado, por lo tanto, los corazones de los hijos de los hombres están totalmente dispuestos a hacer el mal, sin saber que la generosidad de Dios los lleva al arrepentimiento". (Eclesiastés 8:11; Romanos 2: 4; 2 Pedro 3:10.) Pero cuando se abusa de su paciencia y los pecados del hombre maduran, su justicia comenzará de inmediato y pondrá fin al pecador (1 Sam 3: 12; Ezequiel 39: 8;) y él recompensará la lentitud de su retraso con la pena de su castigo.

Aunque se les permitió correr en su cuenta todos los días de su vida, sin embargo, se asegurarán de pagar el máximo en el día de su muerte. Y aunque se supone que están libres de juicio, ya están heridos con los más fuertes juicios de Dios: un corazón que no puede arrepentirse (Romanos 2: 5.)

Rechazan la aflicción de Cristo y su cruz; pero son apedreados por el verdugo del infierno hasta la muerte eterna. Debido a que muchos nobles y caballeros no están dolidos del juicio actual por su indigno juramento, adulterio, opresión, borrachera y descuido vergonzoso de la adoración y el servicio de Dios, comienzan a dudar de la providencia divina y la justicia, los cuales como dos ojos se fijarían de buena gana en Dios, pero nos pasa como a Sansón cuando los filisteos perforaron sus ojos. Por lo tanto, es de temer que provoquen al Señor a gritar contra ellos, como Sansón contra los filisteos (Jueces 16:21). Al ser negligentes a la ley y caminar tras sus propios corazones, expusieron sus mentiras a los ojos de su providencia y justicia; llévame, por lo tanto, a estas columnas principales (Jueces 16:26, etc.) sobre los cuales se encuentra esta casa, para que yo pueda ponerla sobre sus cabezas y ser vengado de ellos por mis dos ojos. No permitas que la paciencia de Dios obstaculice tu arrepentimiento; pero debido a que es tan paciente, por lo tanto, más bien arrepíentete.

IV.- EL CUARTO OBSTÁCULO DE LA PIEDAD

La presunción sobre la misericordia de Dios.

Porque cuando los hombres están con razón convencidos de sus pecados, inmediatamente se acercan a este escudo: Cristo es misericordioso, para que cada pecador haga de Cristo el dueño de sus pecados; como si Él hubiera venido al mundo para reforzar el pecado y no para destruir las obras del diablo (Juan 3:3).

De aquí en adelante el cristiano carnal presume que, aunque continúa un poco más en su pecado, Dios no acortará sus días. Pero ¿qué es esto sino ser un ateo implícito? Con la incertidumbre de que Dios no vea sus pecados; y si lo hace, que sea justo, porque si cree que Dios es justo, ¿cómo puede pensar que Dios, quien por el pecado castiga tan severamente a otros, puede amar al que todavía ama estar en pecado?

Es cierto que Cristo es misericordioso; pero ¿con quiénes? Solo con aquellos que se arrepienten y se vuelven de la iniquidad en Jacob (Isaías 59:20). Pero si algún hombre se bendice a sí mismo en su corazón, diciendo: "Tendré paz, aunque camine de acuerdo con la terquedad de mi propio corazón", agregando así más sed a la embriaguez, el Señor no será misericordioso con él, y así sucesivamente (Deuteronomio 29:19).

¡Oh, locos! ¡Quién se atreve a bendecirse, cuando Dios los declara malditos! Mira, por lo tanto, cuán lejos estás de encontrar arrepentimiento en ti mismo; y cuán lejos estás de encontrar alguna seguridad en la misericordia de Cristo. "Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus

pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar" (Isaías 55:7).

La desesperación no es nada tan peligroso como la presunción; porque no leemos en todas las Escrituras de los tres o cuatro anteriores a quienes derrocó la desesperación rugiente; pero la presunción con seguridad ha enviado a millones a la perdición sin ningún ruido. Como las damiselas de Israel cantaban en sus danzas, "Saúl mató a sus miles y David a sus diez miles" (1 Sam 18: 7); así también debo decir que la desesperación en la misericordia de Dios ha condenado a miles, pero la presunción en la misericordia de Dios ha condenado a diez mil, y los envió rápidamente al infierno.

Dios salvó al ladrón, pero no a su prójimo (San Lucas 18:43). Dios salvó a uno, para que ningún hombre pierda la esperanza; Dios salvó a uno solo, para que ningún hombre pueda presumir. Garantía alegre para un pecador que se arrepiente, no hay consuelo para el que permanece impenitente.

Dios es infinito en misericordia, pero solo para aquellos que se apartan de sus pecados, para servirlo en santidad, "sin la cual nadie verá al Señor" (Hebreos 12:14).

Para evitar que puedas presumir, recuerda que así como Cristo es un Salvador, Moisés es un acusador (Juan 5:45). Vive, por lo tanto, como si no hubiera evangelio; muere como si no hubiera ley. Pasa tu vida como si estuvieras bajo la conducta de Moisés: abandona esta vida como si no conocieras a nadie más que a Cristo, y a él crucificado. Si no lo haces así perecerás; pero si te arrepientes serás salvo.

V.- EL QUINTO OBSTÁCULO PARA LA PIEDAD

La compañía malvada, comúnmente llamada buena gente, pero, de hecho, los principales instrumentos del diablo, para obstaculizar al miserable pecador del arrepentimiento y la piedad.

La primera señal del favor de Dios para con un pecador es, darle gracia para abandonar a los malvados compañeros; aquellos que voluntariamente continúan en pecado, desprecian los medios de su llamado, se burlan de la sinceridad de la profesión en otros y avergüenzan a la religión cristiana por sus propias vidas profanas. Estos se sientan en la silla de los escarnecedores (Salmo 1:1). Porque tan pronto como Dios admite que un pecador es uno de su pueblo, lo invita a salir de Babilonia (Apocalipsis 18:4). Toda compañía lasciva es una Babilonia, de la cual cada hijo de Dios debe mantenerse fuera; y si está adentro, piense que escucha la voz de su Padre sonando en su oído: "Sal de Babilonia, hijo mío".

Tan pronto como Cristo miró con misericordia a Pedro, salió de la compañía que estaba en el salón del sumo sacerdote y lloró amargamente por su ofensa (Lucas 22:62.) David prometió (al recuperarse) una nueva vida, dijo: "Apartaos de mí, todos ustedes, hacedores de iniquidad" (Salmo 6:8), como si fuera imposible convertirse en un hombre nuevo, hasta que hubiera sacudido a todos los viejos compañeros malvados.

La prueba más verdadera de la religión de un hombre es la calidad de sus compañeros. Los compañeros profanos son los principales enemigos de la piedad y los que impiden nuestras acciones sagradas. Muchas veces el "pobre" Cristo (que ofrece ser recién nacido en ti) es empujado al establo (Lucas 2:7), cuando estos compañeros lascivos, con sus bebidas, juegos y bromas, ocupan las mejores habitaciones en la posada de tu corazón. ¡Oh, no permitas que la compañía de los pecadores terrenales te impida la compañía de los santos y de los ángeles celestiales!

VI.- EL SEXTO OBSTÁCULO DE LA PIEDAD

Un miedo presencioso, no sea que la práctica de la piedad haga que un hombre (especialmente uno joven) se vuelva demasiado triste y pensativo, mientras que, de hecho, nadie puede disfrutar mejor ni tener más motivos para regocijarse que los cristianos piadosos. Porque tan pronto como son justificados por la fe, tienen paz con Dios (Romanos 5:2), de lo cual no puede haber mayor gozo.

Además, ya ha descendido el reino de la gracia en sus corazones, como una garantía de que, en el buen tiempo de Dios, ascenderán a su reino de gloria.

Este reino de gracia consiste en tres cosas: Primero, Justicia (Romanos 14:17); por tener la justicia de Cristo para justificarlos ante Dios, se esfuerzan por vivir con rectitud ante los hombres. En segundo lugar, Paz; porque la paz de la conciencia sigue inseparablemente una vida justa. En tercer lugar, el Gozo del Espíritu Santo; cuya alegría solo se siente en la paz de una buena conciencia, y es tan grande que sobrepasa todo entendimiento (Filipenses 4:7).

Ninguna lengua puede expresarlo, ningún corazón puede concebirlo, sino solo el que lo siente. Esta es la plenitud de gozo que Cristo prometió a sus discípulos en medio de sus problemas, un gozo que ningún hombre podría quitarles (Juan 16:22).

El sentimiento de este gozo, David, sobre su arrepentimiento, suplicó tan fervientemente por la mano de Dios: "Devuélveme al gozo de tu salvación" (Salmo 51:12).

Y si los ángeles en el cielo se regocian tanto por la conversión de un pecador, la alegría de un pecador convertido debe ser extremadamente grande en su propio corazón (Lucas 15: 7, 10). Es la tristeza del mundo que nieva tanto sobre las cabezas de los hombres, y llena los surcos de sus corazones con las penas de la muerte (2 Corintios 7:10).

El dolor piadoso de los siervos (cuando Dios cree que es conveniente probarlos) produce en ellos el arrepentimiento, no por ellos mismos, pero lo hace, y promueve su salvación. Y en toda esa tribulación, se asegurarán de que el Espíritu Santo sea su consolador (Juan 14: 16-17), quien hará que nuestros consuelos abunden en Cristo, ya que los sufrimientos de Cristo abundarán en nosotros (2 Corintios 1:5).

Pero mientras un hombre viva en la impiedad, no tiene paz, dice Isaías (Isaías 57:21). Su risa no es más que locura, dice Salomón (Eclesiastés 2:9); sus riquezas no son más que arcilla, dice Habacuc (Habacuc 2:6); el apóstol los estima menos que el estiércol en comparación con el tesoro del hombre piadoso (Filipenses 3:8; Lucas 6:25); todas sus alegrías terminarán en desgracia, dice Cristo.

No permitas, por lo tanto, que este falso miedo te impida la práctica de la piedad. Mejor es ir enfermo con Lázaro al cielo; que lleno de alegría y placer, con el hombre rico al infierno. Mejor es llorar por un tiempo con los hombres, que ser atormentado para siempre con los demonios.

VII.- EL SÉPTMO OBSTÁCULO PARA LA PIEDAD

Y, por último, la esperanza de una larga vida: si fuera posible que un hombre malvado pensara que este año es su último año, este mes su último mes, esta semana su última semana, cambiaría y enmendaría su malvada vida. Usaría los mejores medios para arrepentirse y convertirse en un hombre nuevo. Pero como el hombre rico en el evangelio se prometió a sí mismo muchos años para vivir con tranquilidad, alegría y plenitud (Lucas 12:19-20), cuando no le quedaba una sola noche más para vivir; tantos epicúreos (una persona que disfruta especialmente de la buena comida y bebida) perversos se prometen falsamente la edad de muchos años, cuando el hilo de su vida ya casi se acaba. De modo que Jeremías atribuye a esto la causa de los pecados y las calamidades de los judíos, de modo que no recordaba su último fin (Lamentaciones 1:9).

El espacio más largo entre la llegada del hombre por el útero y la entrada a la tumba es breve, porque "el hombre que nació de una mujer tiene poco tiempo de vida" (Job 14:1) no tiene más que unos pocos días, y aquellos llenos de nada más que problemas. Y exceptuando la práctica de la piedad, ¿Qué estado es el mejor, el del niño que ayer nació y hoy está enterrado o el de Matusalén, que vivió novecientos sesenta y nueve años y luego murió? De los dos, más feliz era el bebé, porque había pecado menos y contaba con menos penas. ¿Y qué queda ahora de ambos, sino un simple recuerdo? ¿Qué confianza debe reposar en un hombre acerca de la larga vida? Ver toda la vida del hombre no es más que una muerte prolongada.

Escucha, ¡oh, firme compañero! tu vida no es más que una bocanada de aliento en tus fosas nasales; no confíes en ella (Isaías 2:22). Tu alma habita en una casa de barro, que caerá antes de que te des cuenta; así aparece la opacidad de los ojos, la sordera de los oídos, las arrugas en las mejillas, la podredumbre de los dientes, la debilidad de los nervios, el temblor de las manos, la fragilidad en los huesos, lo corto de su reposo en las noches.

Ven, déjanos entrar entre tanto caminas hacia el ataúd de tu padre, abre la tapa y mira, como se encuentra allí la corrupción; así como los gusanos quienes llamas tu madre y tu hermana (Job 17:14) ¿Ves cómo son? Así estarás pronto. ¡Tonto!

No sabes que tan rápido llegarás. Tu reloj de arena se agota rápidamente, mientras tanto la muerte te espera. Toda la vida del hombre, salvo lo que se invierte en el servicio de Dios, no es más que una tontería; porque un hombre vive cincuenta, sesenta años antes de que se sepa que es un tonto; y para entonces que ve su locura, su vida está terminada.

Escucha granjero, antes de que veas muchos más cultivos de cosecha, estarás maduro y la muerte te cortará con su hoz. Escucha comerciante, antes de que pasen muchos meses, tu último mes dará inicio después del cual ya no comerciarás más. Escucha; para el juez más severo, en unas pocas sentencias, se acerca el término de tu vida, en el que dejarás de juzgar a los demás y serás juzgado. Escucha, oh hombre de Dios, que subes al púlpito, predica este sermón como si fuera el último que debes hacer a tu pueblo. Escucha noble hombre, deja de lado la alta presunción de tu honor, ya que la muerte, antes de que suspires, pondrá tu honor en el polvo y te hará tan despreciable como la tierra que pisas bajo tus pies.

Escucha, tú que ahora lees este libro, asegúrate a ti mismo, antes de que suspires, y con el tiempo haya solo dos agujeros en donde ahora se colocan tus dos ojos, y otros vean la verdad de esta lección en tu cráneo pelado, esa verdad que has leído a lo largo de este pequeño libro. ¿Qué tan pronto? No lo sé, pero de esto estoy seguro: De que tu tiempo está establecido, tus meses están determinados, tus días están contados y tu última hora es limitada (Job 14:5,14; salmos 90:12, Daniel 5:26; 11:8), de la cual, no pasarás.

Porque entonces, el mensajero de la muerte, montado en su caballo amarillo (Apocalipsis 6:8) se posará en tu puerta, y a pesar de todas tus riquezas, de tu honor y de las lágrimas de tus seres más queridos; te llevará atado de pies y manos, como su prisionero, y mantendrás tu cuerpo bajo una carga de tierra, hasta que llegue ese día en el que debes ser traído para recibir, según las cosas que hiciste en ese cuerpo, ya sea buenas o malas (2 Corintios 5:10).

¡Oh, no permitas que la falsa esperanza de una vida incierta te impida convertirte en un practicante actual de la piedad! Dios ofrece gracia para hoy; pero ¿quién promete para mañana? (Salmo 95: 7; Hebreos 3:7,13.)

Ahora hay en el infierno muchos jóvenes que se habían propuesto arrepentirse en su vejez; pero la muerte los cortó en su impenitencia, antes de que pudieran llegar al tiempo que se propusieron para su arrepentimiento. Cuanto más tiempo corre el hombre con una enfermedad, más difícil es curarse; porque la costumbre del pecado engendra dureza de corazón, y los impedimentos que te estorban para arrepentirte ahora, te lo impedirán aún más cuando seas viejo.

Un hombre sabio que va a hacer un viaje lejano y difícil no impondrá la carga más pesada sobre el caballo más débil. ¿Y con qué conciencia puedes depositar la gran carga del arrepentimiento en tu débil y cansada vejez?

¿Es sabio para él navegar un viaje largo y peligroso, con la mentira de que puede estar acostado, jugando y durmiendo, mientras el viento es favorable, el mar está en calma, el barco firme, el piloto sano, los marineros fuertes, y luego cuando los vientos son contrarios, el clima tempestuoso, el mar embravecido, el barco descompuesto, el piloto enfermo y los marineros languidecen? Por lo tanto, oh alma pecaminosa, comienza ahora tu conversión a Dios, mientras dure la vida, la salud, la fuerza y la juventud, antes de que se acerquen esos años, cuando digas: "No tengo placer en ellos" (Eclesiastés 12:1).

Dios siempre requirió en su servicio al primogénito, y los primeros frutos; los que se le ofrecerían sin demora (Éxodo 13:2; Éxodo 22:29). Así que solo Abel ofreció a Dios sus primogénitos y corderos más gordos (Génesis 4:4); esta es una buena razón para que el Señor sea el primero en ser servido y atendido.

Por lo tanto, todos los siervos de Dios deben recordar servir a su Creador en los días de su juventud (Eclesiastés 12:12), y temprano por la mañana, como Abraham, para sacrificar a Dios al joven Isaac, el cual había tenido en su vejez (Génesis 22:3). "No verás mi rostro", dice José a sus hermanos, "excepto que traigas a tu hermano contigo" (Génesis 43:3).

¿Y cómo verás de nuevo el rostro de Jesús, si le das tus años más jóvenes al diablo y no le traes más que tu vejez ciega, lisiada y decrepita?

"Preséntalo a tu príncipe; ¿acaso se agradará de ti, o le serás acepto?", dice Malaquías (Malaquías 1:8). Si él no acepta que alguien así le sirva, ¿cómo admitirá el Príncipe de los príncipes a tal siervo? Si el rey de Babilonia quería que los hombres jóvenes (bien favorecidos y con la habilidad que tenían) estuvieran en su palacio, ¿acaso el Rey del cielo no tendrá a nadie en sus atrios sino ciegos y cojos, aquellos como el alma de David aborrecía? (Daniel 1:4; 2 Samuel 5:8).

¿Acaso crees, cuando has servido a Satanás en tus primeros años, satisfacer a Dios con tu senilidad? Presta atención para que Dios no te entregue a tu viejo señor otra vez; como has hecho todos los días de tu vida trabajando para él, al final sea él quien pueda pagarte tu salario.

¿Es ese el momento adecuado para comprometerse, mediante los serios ejercicios de arrepentimiento (que es el trabajo de las obras), convertir tu alma pecaminosa a Dios, cuando no eres capaz con todas tus fuerzas de llevar tus huesos cansados a una cama blanda?

Si te resulta tan difícil ahora, lo encontrarás mucho más difícil después. Porque tu pecado se volverá más fuerte, tu fuerza se debilitará, tu conciencia lo obstruirá, el dolor te distraerá, el miedo a la muerte te sorprenderá y la visita de amigos te perturbará tanto, que, si no te es provisto de antemano con una gran reserva de fe, paciencia y consuelo, no podrás meditar ni escuchar la palabra de consuelo de los demás; ni rezar solo, ni unirte a otros que rezan por ti.

Puede ser que asumas una insensatez mortal, que no recuerdes a Dios ni pienses en tu propio estado; ¿Y no mereces que Dios se olvide de salvarte en tu muerte, que ahora eres tan insensato para servirlo en tu vida? El miedo a la muerte hará que muchos den voces en ese momento, diciendo: ¡Señor, Señor! Pero Cristo protesta que no los conoce (Mateo 7:22-23).

Sí, entonces muchos, como Esaú, con lágrimas buscarán arrepentirse, y aun así no encontrarán ningún lugar de arrepentimiento (Hebreos 12:17). Porque el hombre no tiene libre albedrío para arrepentirse cuando lo desee, sino solo cuando Dios le brinde de su gracia.

Y si la misericordia se ha mostrado tan severa, que no abriría sus puertas a demandantes tan tiernos como vírgenes, porque llamaron demasiado tarde (San Mateo 25:11-12) ¿Crees que la misericordia, alguna vez te permitirá entrar por sus puertas, siendo tan impuro como un miserable que nunca piensa dejar el pecado, y que nunca has golpeado con los puños tu pecho con un corazón penitente?

Y justamente, la gracia niega abrir las puertas del cielo, cuando golpeas estando en medio de tu adversidad, aquel que en su prosperidad no le permitía a Cristo, mientras él tocaba, entrar por la puerta de su corazón (Apocalipsis 3:20). No confíes en el arrepentimiento tardío para una larga vida. No retrases tu arrepentimiento, porque hay mucho que temer, no sea que el arrepentimiento que proviene del miedo a la muerte muera al fallecer el hombre; y el hipócrita que engañó a otros en su vida, pueda engañarse a sí mismo en su muerte.

Dios no acepta más que sacrificios voluntarios, y el arrepentimiento que le agrada debe ser voluntario y no a la fuerza. No confíes en tener una larga vida, porque la vejez caerá sobre el cuello de la juventud; y como nada es más seguro que la muerte, tampoco hay nada más incierto que el momento para morir. Sí, a menudo cuando la madurez del pecado se acelera por la indignación de que continúa pecando, Dios repentinamente corta a tales vividores malvados, ya sea con la espada, la intemperancia, el lujo, el exceso o alguna otra forma de enfermedad horrenda.

¿No puedes ver que es el espíritu maligno el que te persuade a diferir tu arrepentimiento hasta la vejez, cuando la experiencia te dice que ninguno de los mil que siguen tu curso lo logra? Deja que el Espíritu Santo de Dios te mueva para no darte más tiempo para comer y beber con los borrachos, a fin de que tu Maestro no te envíe la muerte en un día en que no la busques, en una hora de la que no estés al tanto, y así de repente te corte y te nombre tu porción con los hipócritas, donde habrá lloro y crujir de dientes (Mateo 27:49-51).

Pero si tú quieres una larga vida, teme a Dios y anhela la vida eterna (Deuteronomio 30:16; Proverbios 3:2; Salmos 34:11). La vida más larga aquí en la tierra, al acabar; parecerá haber sido una historia contada, un vapor que se desvanece, una sombra que revolotea, parecerá un sueño, una flor gloriosa, creciendo y floreciendo por la mañana, pero al llegar la tarde fue cortada y se marchitó (Salmos 90:9; Santiago 4:14, Salmos 109:23, Salmos 76:5; Salmos 90: 5-6: 1 Pedro 1:24), o como la lanzadera volante de un tejedor, que va serpenteando aquí y allá rápidamente, hasta que al final se acaba (Isaías 38:12). ¡Es solo un instante!, dice Pablo (2 corintios 4:17). ¡Oh, locura del hombre, que por un instante de placer pecaminosa se arriesgará a la pérdida que tiene un peso de gloria eterna! (Hebreos 10:25; 2 Corintios 4:17).

Estos son los siete principales impedimentos de la piedad, que deben ser expulsados, como los siete demonios de María Magdalena, antes de que puedas convertirte en un verdadero practicante de la piedad, o tener una buena esperanza de disfrutar del favor de Cristo por gracia o de la comunión con él, en gloria (Marcos 16:9; Lucas 8:2).

CONCLUSIÓN

Para concluir todo. Por lo que vemos, sin Cristo no eres más que un esclavo del pecado, el vasallo de la muerte, y la comida de los gusanos; cuyos pensamientos son vanos, cuyas obras viles, cuyos placeres son escasos, cuyas miserias nunca terminan; ¿Qué hombre sabio incurriría en estos tormentos infernales? Aunque el pudiera continuar viviendo en pecado, comprarse para sí mismo por cierto tiempo el imperio de Augusto, las riquezas de Crespo, los placeres de Salomón, el consejo de Ahitofel, la comida voluptuosa y la ropa fina del hombre rico. Pero, ¿De qué le serviría, como dice nuestro Salvador, ganar el mundo entero por limitado y determinado tiempo para después perder su alma en el infierno para siempre?

Y en vista que de la misma manera puedes observar cuán grande es tu felicidad en Cristo, y cuán vanos son los obstáculos que te alejan de ella; ten cuidado, como exhorta el apóstol, del engaño del pecado (Hebreos 3:13); porque ese pecado, que ahora parece ser tan agradable a tu naturaleza corrupta, algún día demostrará ser el enemigo más amargo para tu alma angustiada, y mientras tanto de manera inesperada, endurece tu corazón impenitente.

El pecado, como una serpiente, parece hermoso a la vista, pero ten cuidado con la mordedura al darle la espalda, cuyos efectos venenosos, si tú conocieras, te harían huir con exagerado cuidado como si se tratase de la más venenosa de las serpientes.

Por lo que...

1. El pecado nunca hizo bien a ningún hombre: y cuanto más pecado ha cometido un hombre, más odioso se ha hecho a Dios, y ha odiado aún más a todos los hombres piadosos.

2. El pecado trajo sobre ti todo el mal, las pérdidas, las desgracias y las enfermedades que te sobrecogieron; "insensatos"; dice David, "a causa del camino de su rebelión y a causa de sus maldades, están afligidos" (Salmos 107:17). Jeremías en forma de lamento, hace la pregunta: "¿Por qué se lamenta el hombre viviente?" (Lamentaciones 3:39). El Espíritu Santo le responde: "El hombre sufre por su pecado". Entonces, el profeta retoma esa triste protesta contra el pecado, como la causa de todas sus miserias: "¡Ay de nosotros ahora que hemos pecado!" (Lamentaciones 5:16).

3. Si no te arrepientes rápidamente de tus pecados, te traerán plagas, pérdidas, vergüenzas y juicios aún mayores, que nunca has tenido hasta ahora (Levítico 26:18; Deuteronomio 28:15).

4. Y por último, si no desechas tu pecado; Dios, cuando la medida de tu iniquidad esté llena, te rechazará por tu pecado (Génesis 15: 6); porque como Él es justo, tiene poder para matar y echar al infierno a todos los pecadores endurecidos e impenitentes.

Por lo tanto, si evitas los efectos malditos del pecado en esta vida, y la ira eterna, para la vida venidera; ten por seguro que no eres de los que se entregan a una mente reprobada.

Entonces, ¡Oh, pecador, que mi consejo sea aceptable para ti!

Redime tus pecados con justicia, ¡Oh, que finalmente haya una curación de tu error! (Daniel 4:27). Natán usó solo una parábola, y David se convirtió (2 Samuel 12:13); Jonás predicó una vez a Nínive, y toda la ciudad se arrepintió (Jonás 3:5). Cristo miró una vez a Pedro, y este salió y lloró amargamente (Lucas 22:62).

Y ahora que eres, de manera frecuente y tan amorosamente suplicado, no por un profeta, sino por Cristo, el Señor de los profetas; sí, que Dios mismo, por sus embajadores, te ruega que te reconcilies con él (2 Corintios 5:20), deja tu adulterio como David; arrepíentete de tus pecados como un verdadero ninivita; y mientras Cristo te mira con misericordia, deja a tus malvados compañeros y llora amargamente por tus ofensas.

No te conformes con esa religión formal que los hombres no regenerados se han enmarcado para sí mismos, en lugar de la sincera devoción; porque en la multitud de opiniones, la mayoría de los hombres casi han perdido la práctica de la verdadera religión. No pienses que eres lo suficientemente bueno, porque haces lo máximo y no eres tan malo como lo peor. Ningún hombre es tan malvado que sea adicto a todo tipo de vicios, porque hay una antipatía entre algunos vicios; pero recuerda que Cristo dice: "Excepto que tu justicia exceda la justicia de los escribas y fariseos, en ningún caso entrarás en el reino de los cielos" (Mateo 5:20). Considera contigo mismo cuán lejos estás de los fariseos, en ayuno, en oración, frecuentando la iglesia y dando limosnas; piensa contigo mismo: cuántos paganos que nunca conocieron el bautismo, pero que, en virtud de la vida moral y honesta van mucho más allá de ti; ¿dónde está entonces la vida de Cristo tu maestro? ¿Y qué tan lejos estás de ser un verdadero cristiano?

Si te rindes voluntariamente a vivir en un grave pecado, no puedes tener un alma regenerada, aunque te reformes, como Herodes, de muchos otros vicios. Un verdadero cristiano debe tener respeto para caminar en la verdad de su corazón, en todos los mandamientos de Dios por igual (Marcos 6:20) "Porque", dice Santiago, "el que ofende en un punto de la ley" (deliberadamente) "es culpable de todos" (Santiago 2:10). Y Pedro nos pide que nos apartemos, no de algunos pecados, sino de "toda malicia, astucia e hipocresía", etc. (1 Pedro 2:1).

Un pecado es suficiente para condenar el alma de un hombre sin arrepentimiento. No sueña con ir al cielo, y si lo sueña piensa que es de una manera más cercana o más fácil de lo que Cristo nos ha enseñado en Su palabra: el camino al cielo no es fácil ni simple, sino angosto y estrecho (Mateo 7:14); sí, tan estrecho, que Cristo protesta que un hombre rico difícilmente entrará en el reino de los cielos (Mateo 19:23), y que los que entran son pocos (Mateo 7:14; Mateo 22:14), y que esos pocos no pueden entrar sino luchando (Lucas 13:24), y que algunos de los que se esfuerzan por entrar no podrán hacerlo. Todos los santos de Dios, mientras vivían aquí, lo sabían bien; cuando con mucha frecuencia ayunaban, por sus oraciones tan fervientes, constantes en escuchar la palabra y recibir los sacramentos, y con mucha abundancia de lágrimas, suplicaron devotamente a las manos de Dios, por el amor de Cristo, para ser recibidos en su reino.

Si no crees esta verdad, te aseguro que el diablo, que te persuade ahora de que es fácil alcanzar el cielo, te dirá más tarde que es el negocio más difícil del mundo. Por lo tanto, si deseas adquirir una garantía sólida de salvación para tu alma, sigue el camino correcto y seguro hacia el cielo, obtén de inmediato, como una virgen sabia (Mateo 25:1) el aceite de la piedad en la lámpara de tu hablar diario, para que puedas estar continuamente preparado para conocer al novio, ya sea que venga por muerte o por juicio.

Capítulo VIII

Cómo comenzar la mañana con meditaciones piadosas y oración.

Tan pronto como te despiertes por la mañana, cierra la puerta de tu corazón para que ningún pensamiento terrenal pueda entrar antes de que Dios entre; y que Él, antes que todos los demás, tenga el primer lugar allí. Entonces, todos los pensamientos malvados no se atreverán a entrar, o los más sencillos se mantendrán fuera; y el corazón saboreará más la piedad y la devoción todo el día completo.

Pero si tu corazón al despertar no está lleno de algunas meditaciones de Dios, su palabra, y vestido, como la lámpara en el tabernáculo (Éxodo 27: 20-21), todas las mañanas y tardes, con el aceite de oliva de La palabra de Dios, y perfumada con el dulce incienso de la oración (Éxodo 30: 6-7); Satanás tratará de llenarlo con preocupaciones mundanas o deseos carnales, a fin de que no sea apto para el servicio de Dios todo lo que resta del día, enviando nada más que el hedor de palabras corruptas y mentirosas, así como de pensamientos imprudentes y blasfemos.

Por eso, comienza la labor de cada día con la Palabra y la oración de Dios; ofrece a Dios sobre el altar un corazón contrito, los gemidos de tu espíritu y lo que nazca de tus labios, como tu sacrificio matutino, los primeros frutos del día (Salmo 51:17; Romanos 8:22; Oseas 13:2; Salmo 130:6) y tan pronto como despiertes, dile así: ¡Mi alma te espera, oh, Señor más de lo que los vigilantes esperan por la mañana! ¡Oh, Dios, por lo tanto, sé misericordioso conmigo, y bendíceme, haz que tu rostro brille sobre mí! Lléname de tu misericordia esta mañana, así me gozaré y me alegraré todos mis días.

MEDITACIONES PARA LA MAÑANA.

1. El Dios Todopoderoso puede, en la resurrección, levantar fácilmente su cuerpo de la tumba del sueño de la muerte, así como te ha despertado esta mañana en tu cama, para salir del sueño natural. Al amanecer en el día de la resurrección, Cristo vendrá a ser glorificado en sus santos; y cada uno de los cuerpos de los miles de sus santos, al igual que su cuerpo glorioso, brillará tan intenso como el sol (2 Tesalonicenses 1:10; Judas 14; Filipenses 3:21; Lucas 9:31); aún a todos los ángeles que brillan igualmente en su gloria, el cuerpo de Cristo los supera a todos en esplendor y gloria y en la divinidad de igual manera los supera. Si la salida del sol hace que el cielo de la mañana sea tan glorioso, ¡qué mañana brillante y gloriosa será esa! cuando miles y miles de cuerpos, mucho más brillantes que el sol, aparecerán y acompañarán a Cristo como su glorioso ejército, viniendo para impartir su sesión general de justicia y a juzgar a los ángeles malvados y a todos los hombres impíos (Hechos 17:31; 1 Corintios 6: 3; Judas 15); y no permitas que ningún beneficio transitorio, placer o vana gloria de este día te haga perder tu parte y porción de la dicha y gloria eterna que te corresponde en ese día; incluyendo lo que se denomina propiamente la resurrección de los justos (Lucas 14:14). Las bestias tienen ojos corporales para ver la luz ordinaria del día; pero esfuérzate con los ojos de la fe para ver en un futuro la gloriosa luz de ese día.

2. No sabes cuán cerca está el espíritu maligno que noche y día, como un león rugiente, anda

buscando devorarte (1 Pedro 5: 8; Job 1: 7) estuvo contigo mientras dormías y no pudiste ayudarte a ti mismo; y no sabes qué maldad te habría hecho, si Dios no te hubiera protegido a ti con su Providencia siempre despierta, y te guardó con sus santos y benditos ángeles (Job 1:10; Salmo 121: 4; Salmo 34: 7; Génesis 32: 1-2; 2 Reyes 6:16).

3. Si escuchas al gallo cantar, recuerda a Pedro, imítalo (Lucas 22:61 62); y recuerda ese sonido de gallo como la última trompeta, que te despertará de los muertos. Y considera en qué situación te encuentras, si sonara ahora, y te convirtieras en lo menos que querías ser, deseando nunca haber visto esto; y que maldigas el día de tu nacimiento natural, por falta del nacimiento en cual es por gracia espiritual (Jeremías 20:14; Job 3: 1; Tito 3: 5). Cuando el gallo canta, el ladrón se desespera de su propia confianza y abandona el trabajo de la noche; entonces el diablo deja de tentar, e intenta menos cuando escucha al alma devota, que se despierta con la oración de la mañana.

4. Recuerda que Dios Todopoderoso es tu reposo, él ve tu acostarte y tu levantarte, entiende tus pensamientos y conoce todos tus caminos (Salmo 139: 2-3). Recuerda también que sus santos ángeles, que te guardaron y cuidaron toda la noche, también contemplan cómo te despiertas y te levantas (Génesis 31:55; Génesis 32: 1-2). Haz todas las cosas, por lo tanto, como en la solemne presencia de Dios y a la vista de sus santos ángeles (Salmo 91: 5,11; Hechos 12:11).

5. Cuando te dispongas a vestirte, recuerda primero que las vestimentas se dieron para cubrir nuestra vergüenza por los efectos del pecado; y que están hechas de los despojos de las bestias muertas. Por lo tanto, respecto a la ropa, tienes tan poca razón para estar orgulloso de ella, porque tienes una gran causa para sentirte humilde al verla y usarla, ya que la ropa más rica no es más que una fina cobertura para nuestra vergüenza. Medita, más bien, que tu ropa sirve para cubrir tu vergüenza y guardar tu cuerpo del frío, así que debes tener tanto cuidado de cubrir tu alma con esa prenda de boda que es la justicia de Cristo (porque se encuentra en nuestra fe), llamada la justicia de los santos (Mateo 22:11; Romanos 13:14; 1 Corintios 1:30; Filipenses 3: 9; Apocalipsis 19: 8; Efesios 4:24); para que, no sea que estando ricamente ataviados ante los ojos de los hombres, se nos encuentre caminando desnudos (para que se vista toda nuestra inmundicia) a la vista de Dios (Apocalipsis 16:15). Pero, recordemos que, con su justicia, como una túnica, podemos cubrirnos de la vergüenza perpetua y proteger nuestras almas de ese frío vehemente que provocará el llanto eterno y el crujir de dientes (Mateo 22:13).

6. Considera cómo la misericordia de Dios se te renueva cada mañana, al darte, por así decirlo, una vida nueva (Lamentaciones 3:23; Salmo 19: 5), y al hacer que el sol, después de su incesante carrera, vuelva a salir para iluminarte. No permitas, entonces, que esta gloriosa luz arda en vano; sino que preceda más bien (tan a menudo como pueda) antes que salga el sol para dar gracias a Dios (Lucas 12:48); y arrodíllate junto a tu cama, saludalo con un soliloquio devoto por la mañana; que contiene una humilde confesión de tus pecados, busca el perdón de todas tus faltas, una acción de gracias por todos Sus beneficios y un anhelo de Su amable protección a Su iglesia, a ti mismo y a todos los que te pertenecen.

FIN